ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Nick West

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio del dragón

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 14

ePub r1.2

Titivillus 14.07.16

Título original: *The mystery of the coughing dragón*
Nick West, 1970
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Por

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Presentación de Alfred Hitchcock

De nuevo, estas líneas tienen por única finalidad informar a quienes no han leído tan interesante serie. Si ya conoces a los Tres Investigadores, no es preciso que sigas.

Los Tres Investigadores constituyen una dinámica asociación de jóvenes detectives, quizá sólo aficionados, pero muy efectivos en la resolución de los misterios.

Júpiter Jones es el jefe y el cerebro del trío. Pete Crenshaw, el miembro atlético, resuelve las misiones que exigen fuerza y destreza corporal. Bob Andrews se cuida del trabajo intelectual. Sin duda alguna, un equipo eficiente.

Residen en Rocky Beach, pequeña ciudad a unos cuantos kilómetros de Hollywood, junto al océano Pacífico. Su cuartel general se encuentra en un remolque transformado en Puesto de Mando, situado en el Patio Salvaje de los Jones, propiedad de los tíos de Júpiter. El remolque encierra una pequeña oficina con lavabo, una habitación oscura y diverso equipo reconstruido de chatarra acumulada en el patio de recuperación de trastos viejos. Al remolque se llega a través de ciertos pasajes secretos, sólo practicables para elementos juveniles.

Ahora que ya sabes lo preciso, te dejo en el camino de una auténtica diversión.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Misterioso principio

—Me gustaría saber —dijo Júpiter Jones una mañana—, qué sucedería si perpetrásemos el robo más singular ocurrible en esta comarca.

Sus dos amigos lo miraron atónitos. A Bob Andrews se le desmoronó el montón de tarjetas acabadas de preparar para la vieja imprenta. Y a Pete Crenshaw, que reparaba un aparato de radio, le voló el destornillador.

—¿Qué dijiste? —preguntó Pete.

—Nada. Que me gustaría saber cómo planearíamos el robo del siglo en esta comarca si fuésemos delincuentes profesionales.

—Mientras lo piensas —contestó Pete—, averigua también qué sucedería cuando fuésemos detenidos.

Bob Andrews recogió sus esparcidas tarjetas y opinó.

—No seríamos hábiles delincuentes. Al menos, yo no sirvo ni para introducir tarjetas en esta imprenta.

—Se trata de una simple idea —aclaró Júpiter—. Después de todo, somos investigadores, y nada nos ayudaría tanto como imaginar un plan audaz, si algún día ocurriera algo parecido. Entonces nos bastaría con un estudio del proceso imaginativo para situarnos en la posición mental del posible delincuente profesional.

Pete asintió.

—Eso es una idea expuesta con claridad, Jupe. Sin embargo, antes necesito conocer el proceso mental del último propietario de esta radio. Cuando intentó arreglarla, retorció todos los alambres. Si lo consigo, estaré en condiciones de jugar a profesional del delito.

Los tres amigos se hallaban en el taller de la chatarrería

reparando objetos adquiridos por Titus Jones. Así recaudaban fondos para sufragar los gastos de su organización, como el teléfono instalado en el Puesto de Mando.

Pete acabó de afirmar un tornillo de la radio y, orgulloso de su obra, se la dio a Júpiter para que la inspeccionase.

—Tu tío debiera pagarnos por este trabajo un mínimo de tres dólares —dijo—. Ahora puede venderla como una radio que funciona y no como chatarra inservible.

Júpiter se sonrió.

—Tío Titus no es propenso a despilfarrar su dinero. Por otra parte, debieras comprobar si estás en lo cierto.

Pete se encogió de hombros y movió una pequeña esfera.

—Funciona perfectamente. Escucha.

Primero fue un zumbido, y luego la voz de un locutor que transmitía noticias.

«… las autoridades aún no han resuelto los misteriosos sucesos de Seaside. En la pasada semana se denunció la desaparición de cinco perros. Sus propietarios ignoran qué ha sido de ellos. Ahora pasamos a informar sobre el extranjero, y les llevamos a…».

—Ciérrala, Pete —sugirió Jupe.

Pete giró el mando.

—¿Qué te parece? —preguntó—. Cinco perros perdidos. Sin duda se trata de un chiflado secuestrador de perros.

—Tal vez sea un delincuente del tipo que nos hablaba Jupe —intervino Bob, sonriéndose—. Robará todos los perros que pueda y arruinará el mercado. Luego, cuando la gente acepte sus precios, se hará rico.

Júpiter se pellizcaba el labio inferior, signo de que su maquinaria cerebral funcionaba a toda marcha.

—Extraordinario —articuló al fin.

—¿Qué resulta extraordinario? —preguntó Bob—. ¿El número de perros robados? Desde luego, cinco es un buen número.

Júpiter, sacudió la cabeza, fruncido el ceño.

—No, no es eso. Me refiero a las desapariciones denunciadas durante la semana. Estas desapariciones de canes son inusitadas, si bien referidas al corto espacio de una semana.

—Bueno, sucede lo que yo dije —repuso Bob—. Se trata de un delincuente con un plan premeditado para controlar el mercado

perruno. Quizá sólo pretenda forzar la baja de las hamburguesas, y obtener al mismo tiempo un beneficio en al venta de los perros.

Júpiter se sonrió.

—No está mal esa teoría, pero ¿por qué cinco perros en una semana? Y, ¿por qué no hemos sido llamados a investigar el caso?

—Quizá no sea importante —respondió Pete—. A veces, los perros vagabundean lejos de sus casas y precisan de cierto tiempo para regresar.

—De acuerdo, Pete —intervino Bob—. El locutor no dijo que los perros fueran valiosos. Simplemente, que habían desaparecido cinco.

Júpiter asintió.

—Quizá tengáis razón —admitió—. Puede darse una singular coincidencia, aunque me disgusta semejante conclusión.

Sus dos amigos se sonrieron. Júpiter solía expresarse de modo grandilocuente. Era un excelente investigador que gozaba de buena reputación.

—Me gustaría saber —continuó Jupe—, cómo podríamos resolver el misterio sin que nos lo solicite ninguno de los amos.

Bob y Pete lo miraron sin comprender.

—¿Qué misterio? —inquirió Pete—. Creí que se trataba de una singular coincidencia y no de un misterio.

—Bueno —insistió Jupe—, somos investigadores, y ya hemos buscado animales domésticos extraviados en otras ocasiones. Y siempre hubo misterio.

Sus camaradas asintieron. El gato de la señora Banfly les ayudó a resolver el «Misterio de la Momia». Y el papagayo perdido del señor Malcoln Fentriss, «Billy Shakespeare», les llevó a solucionar el «Misterio del Loro Tartamudo».

—Seaside se halla al Sur, no muy lejos de aquí —dijo Júpiter—. Y nuestra fama de investigadores parece estar en declive, pues nadie ha solicitado nuestros servicios. Hemos de hacer algo para remediarlo.

Bob continuó amontonando tarjetas sobre la imprentilla.

—Bueno, yo ya lo hago, Jupe —razonó Bob—. Este lote de tarjetas nos ayudará a propagar nuestra profesión y actividad.

—Sí ayudará —aceptó Júpiter—. Pero necesitamos ser más conocidos, de modo que cuando sucedan cosas extrañas, la gente

recuerde de inmediato a los Tres Investigadores de Rocky Beach, California.

Bob alzó los brazos.

—¡Repámpanos, Jupe! ¿Cómo pretendes conseguirlo? No disponemos de dinero para anunciarnos por televisión o contratar publicidad aérea.

—Lo sé —convino Júpiter—. Sugiero que vayamos de inmediato al Puesto de Mando a celebrar una reunión de estudio sobre cómo hacer famoso el nombre de los Tres Investigadores.

Se puso en pie sin esperar respuesta. Bob y Pete intercambiaron una mirada, se encogieron de hombros, y lo siguieron.

—Lo que más me gusta de ti, Jupe —dijo Peté son riéndose—, es el modo democrático que usas para decidir los asuntos. ¡Siempre gana tu voto!

Los chicos apartaron un trozo de reja de hierro oculta por la imprenta, dejando al descubierto la boca de una gran sección de tubo ondulado. Se introdujeron en él, volvieron a colocar la reja y luego avanzaron a gatas unos doce metros. El tubo descendía en un tramo del recorrido, y hubieron de salvar unas vigas de hierro retorcidas. El túnel conectaba con el remolque que los muchachos habían convertido en Puesto de Mando. Cuando Titus Jones se convenció de que nunca lo vendería, autorizó a Júpiter y sus amigos para usarlo. Luego se olvidó de él.

Los chicos empujaron una trampilla y treparon al interior de una diminuta oficina dotada de escritorio, sillas, máquina de escribir, archivo y teléfono. Así, sus amigos podían oír las conversaciones. El resto del remolque consistía en un pequeñísimo cuarto oscuro, como laboratorio, y un lavabo.

Al hallarse el remolque rodeado por montones de chatarra, su interior era penumbroso. Pete encendió la luz.

En aquel momento sonó el teléfono.

Los chicos se miraron.

Después del segundo timbrazo, Júpiter alzó el auricular, y giró el interruptor del altavoz.

—¿Júpiter Jones? —preguntó la voz de una mujer—. Alfred Hitchcock le llama.

—¡Repámpanos! —gritó Bob—. Quizá tenga algún otro caso bueno para nosotros.

Desde que el señor Hitchcock, famoso director de cine y televisión, supo de los Tres Investigadores, les había encomendado varios casos.

—¡Hola, Júpiter! —La voz optimista del señor Hitchcock llegó hasta ellos—. ¿Estáis ocupados en algún caso?

—No, señor —repuso Jupe—. Sin embargo, esperamos que así suceda dentro de poco tiempo, a tenor de la ley de probabilidades.

El señor Hitchcock se rió.

—Ciertamente hay una ley de probabilidades —comentó—. Bien, tengo algo para vosotros. Un viejo director de cine amigo mío podría necesitar de nuestra eficacísima ayuda.

—Nos encantaría, señor. ¿Cuál es el problema de su amigo?

—Se trata de un problema de perros. Me telefoneó hace un rato para decirme que había desaparecido el suyo.

Los ojos de Júpiter brillaron.

—¿Reside en la ciudad de Seaside, señor Hitchcock?

El célebre director tardó en contestar, como si hubiese sido sorprendido.

—Pues sí; vive en Seaside, joven Jones. ¿Cómo lo dedujiste?

—Sumando unas cuantas coincidencias.

—Encomiable. ¡Muy encomiable! —alabó el señor Hitchcock—. Eso demuestra que permaneces alerta y no permites que tu organización se oxide con la vanidad o el aburrimiento.

Júpiter se sonrió.

—Nunca lo permitiré, señor Hitchcock. Bien, su amigo tiene un problema de perros. Puso usted énfasis a la frase. ¿Lo hizo a propósito?

—Acertaste —repuso el señor Hitchcock—. Intuyo que el caso se sale de lo común. De hecho, ningún caso en que intervenga un dragón puede considerarse ordinario. ¿No estás de acuerdo?

Júpiter se aclaró la garganta.

—¿Un dragón?

—Sí, muchacho. La casa de mi amigo da al océano, y allí abundan las cuevas. La noche en que desapareció su perro, mi amigo insiste en que vió surgir del océano un enorme dragón que penetró en una cueva debajo de su domicilio.

Siguió un silencio aturdidor.

—Bueno, ¿qué dices, amigo mío? ¿Estáis dispuestos a intentar el

esclarecimiento del misterio?

Júpiter, entusiasmado, empezó a tartamudear.

—¡Por… por favor… deme el nombre y dirección de su amigo, señor! Quizá se convierta en nuestro caso más apasionante.

Anotó los datos que el señor Hitchcock le transmitió, prometió informarle de los progresos, y colgó. Miró a Pete y a Bob, triunfante.

—Cualquier cosa relacionada con un dragón viviente en nuestra época merece ser investigado. ¿De acuerdo?

Bob asintió. Pete se encogió de hombros.

—Parece que tienes algunas reservas, Pete —dijo Júpiter.

—Cometiste un error —habló Pete—. Dijiste al señor Hitchcock que podría resultar nuestro caso más apasionante.

—¿Y qué? —insistió Júpiter—. ¿No estás de acuerdo?

—No del todo.

—¿Qué hubieses dicho tú, pues?

—Dado que hay por medio un dragón, hubiera contestado: ¡Éste puede ser muestro «último» caso!

Capítulo 2

Horror procedente del mar

La ciudad de Seaside, donde vivía el director de cine amigo del señor Hitchcock, se hallaba a unos veinte kilómetros, siguiendo la autopista de la costa del Pacífico. Hans, uno de los dos ayudantes bávaros del Patio Salvaje, tenía que realizar una recogida de material en aquella zona, después del almuerzo. Júpiter consiguió permiso de su tía Mathilda para ir con sus amigos en el pequeño camión de transporte.

Luego de haber comido, los muchachos se apretujaron con Hans en la cabina, y no tardaron en deslizarse por la bien cuidada autopista.

—¿Hiciste averiguaciones, Bob? —preguntó Júpiter—. ¿Qué sabes de dragones?

—Un dragón es un monstruo mítico, generalmente representado como un enorme reptil con alas y garras, que respira fuego y humo.

—Yo no me he documentado —intervino Pete—. Sin embargo, sé que Bob se olvidó de algo importante. Los dragones no son amistosos.

—Lo sé —contestó Bob—. Y no lo he dicho, porque a Júpiter sólo le interesa la descripción física, pese a su irrealidad. De todos modos, poco importa el carácter amistoso o fiero de un ser que no existe.

—Exacto —aprobó Júpiter—. Los dragones viven en las leyendas del pasado. Si un día existieron, el proceso evolutivo de las especies debió eliminarlos.

—Eso me gusta —confesó Pete—. Pero, de ser cierto que no existen, ¿por qué diablos nos encaminamos a investigar las

andanzas de uno de ellos?

—Primero nos enteramos de la desaparición de cinco perros durante la última semana —explicó Júpiter—, y luego el señor Hitchcock nos dice que un amigo suyo perdió su perro y vio un dragón cerca de su casa. ¿Es que eso no te sugiere nada?

—Por supuesto que sí —contestó Pete—. Me sugiere un viaje hasta Rocky Beach en mi patín acuático, sobre las suaves olas, en vez de buscar un dragón.

—Si el señor Allen contrata nuestros servicios, resultará una aventura deliciosa —dijo Júpiter—. ¿Por qué no intentas apreciarlo desde este punto de vista?

—Lo intento, de veras que lo intento —repuso Pete.

—Tanto si hay dragón como no —siguió Júpiter—, algo misterioso ocurre. Y muy pronto habremos reunido datos suficientes para trabajar. Mientras, abordaremos la cuestión con mente despejada.

En las inmediaciones de Seaside, Hans aminoró la marcha. Luego empezó a buscar la casa que Júpiter le dijera. Al fin exclamó:

—Si no me equivoco, aquí está tu destino, Júpiter.

De momento, sólo descubrieron altos setos y palmeras. Si allí había una casa, debía hallarse oculta.

Pete localizó un letrero sobre un buzón pintado de blanco.

—H. H. Allen —leyó—. Éste parece ser el lugar.

Los chicos se apearon del vehículo.

—Esta investigación preliminar nos ocupará unas dos horas, Hans —dijo Jupe—. Entretanto, resuelva lo suyo y luego regrese a recogernos.

—De acuerdo, Jupe —accedió el bávaro.

El camión se alejó hacia el centro de la ciudad.

—Examinemos los alrededores —propuso Júpiter—. Así estaremos debidamente orientados cuando hablemos con el señor Allen.

Las casas aparecían alineadas sobre un alto risco frente al océano Pacífico. Era una vecindad solitaria, azotada por el viento. Los Tres Investigaciones caminaron por un terreno baldío próximo a la vivienda del director de películas. Luego de un trecho, se detuvieron a contemplar la playa.

—¡Bello y pacífico espectáculo! —opinó Bob, robada su atención

por el ir y venir de las olas que salpicaban de agua las rocas.

—Uniforme quietud —murmuró Pete—. Tal vez ya anochecido, cuando las olas cobran fuerza, sea la hora más propicia para el dragón, pues hallará mucha más protección.

Júpiter habló.

—Tienes razón, Pete, si es que existe el dragón —se asomó al borde del acantilado—. Según el señor Hitchcock hay cuevas, abajo. Claro que desde aquí no son perceptibles. Después de nuestra entrevista con él, descenderemos a examinarlas.

Bob miró la desierta playa en toda su extensión.

—¿Cómo bajaremos? —preguntó.

Pete señaló unos escalones hechos de madera, muy deteriorados por la acción del tiempo.

—No es muy seguro, empero podremos utilizar ese camino.

Júpiter señaló hacia otro lugar.

—Allí veo otras escaleras. Bien, creo que el descenso no será problema. Ahora oigamos al señor Allen.

Caminaron hacia la verja en el seto, Júpiter la empujó y pasaron. Al fondo de un camino serpenteante, vieron una casa de ladrillos color paja, rodeada de palmeras, arbustos y flores. El jardín se observaba algo abandonado, como el mismo edificio, que daba la sensación de hallarse colgado en la escollera barrida por el viento.

Júpiter alzó el picador y lo dejó caer.

Un hombre alto y grueso abrió la puerta. Tenía ojos tristes, cejas muy pobladas y barba canosa sobre su curtido y arrugado semblante.

—Entrad, muchachos —invitó tendiéndoles su mano—. Sin duda, sois los amigos de Alfred Hitchcock. Me aseguró que podríais ayudarme. ¿Sois investigadores?

—Sí, señor —contestó Júpiter, ofreciéndole una de sus tarjetas de negocio—. Hemos resuelto casos de diversa índole.

El hombre miró la cartulina sostenida entre sus dedos nudosos.

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Los signos de interrogación —explicó Júpiter—, representan nuestro símbolo y significan preguntas sin respuesta, enigmas sin resolver, misterios inexplicados, que nosotros tratamos de aclarar.

El señor Allen asintió con la cabeza, como satisfecho, y guardóse la tarjeta en un bolsillo.

—Pasad a mi estudio y hablaremos.

Los llevó hasta una gran habitación soleada. Los muchachos contuvieron el Aliento al mirar en rededor. Del techo al suelo, las paredes estaban cubiertas de cuadros que parecían disputarse el espacio. Aparte de las numerosas pinturas, había fotografías autografiadas de famosos actores de la pantalla, y de otras celebridades.

El enorme escritorio se hallaba repleto de papeles y pequeñas tallas de madera, y las estanterías atiborradas de extraños artefactos, entre ellos, pequeñas y grotescas figuras africanas que reflejaban crueldad o temor.

El hombre les señaló tres butacas, y él tomó asiento en el enorme sillón labrado detrás del escritorio.

—Sentaos, muchachos, y os explicaré por qué recurrí a mi viejo amigo Alfred Hitchcock. ¿Os ha dicho que soy director de cine?

—Sí —contestó Júpiter—. Mencionó este punto, señor.

El anciano se sonrió.

—«Fui» resultaría la palabra adecuada. Hace muchísimos años que no trabajo. Lo fui mucho antes de que Alfred Hitchcock se dedicara al cine. Yo también alcancé renombre en mi estilo. Practicamos la misma especialidad con la única diferencia de que Alfred trabaja sobre misterios lógicos del mundo real y yo iba más allá.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —preguntó Júpiter.

—Quizás así comprendáis por qué no puedo recurrir a la policía. Mis películas versaban sobre un mundo irreal de pesadillas y temores; monstruos, hombres lobos y seres de extrañas y horribles naturalezas y violentas emociones. ¡Mi especialidad, muchachos, eran filmes de horror!

Júpiter afirmó con la cabeza.

—Sí, ahora recuerdo su nombre, señor. Lo he visto en festivales artísticos y en museos.

—Bien —siguió el anciano—. Cuando os diga lo que vi surgir del agua la noche en que mi perro desapareció, comprenderéis por qué no he hablado de ello. Pese a mi reputación, hace años que no logro ningún trabajo. Así, resultaría natural que los estúpidos lo considerasen un intento mío de llamar la atención.

»En realidad ya no pienso en el trabajo. Tengo suficiente dinero para vivir en paz, sin preocupaciones ni temores… excepto…

—Excepto el dragón que ahora vive en la cueva debajo de su casa, ¿verdad, señor? —sugirió Júpiter.

El anciano hizo una mueca.

—Sí —miró atento a los muchachos—. Dije a Alfred que lo vi salir del mar. Pero omití decirle algo más: ¡Lo oí también!

Un repentino silencio envolvió a todos. Júpiter se encargó de ahuyentarlo.

—¿Oyó usted al dragón? ¿Qué es lo que oyó? ¿Dónde estaba usted en aquel momento?

El señor Allen se sacó del bolsillo un enorme pañuelo y lo pasó por su frente.

—Estaba en pie sobre la escollera, contemplando el mar. Quizá sólo fue una ilusión.

—Quizá —convino Júpiter—. Díganos exactamente lo que oyó. Eso podría ser una importante pista para esclarecer el misterio.

—¡Caramba! —exclamó el señor Allen—. Por supuesto que no existen los dragones; si los hubo debió de ser hace millones de años. En mis películas usábamos monstruos mecánicos, ruidos provocados y silbidos escalofriantes, que nos facilitaban el efecto apetecido, es decir, asustar al auditorio. Pero lo que oí no era nada parecido. Fue un sonido agudo, rasposo, de respiración dificultosa… como si tosiese.

—¿Y qué hay de la cueva debajo de su vivienda? —preguntó Júpiter—. ¿Es lo suficiente grande para un dragón u otro ser que pueda confundirse fácilmente con uno de ellos?

—Sí —afirmó el exdirector—. Hay una serie de cuevas debajo de este risco, hacia el norte y el sur, e incluso tierra adentro. En tiempos lejanos las habitaban los vagabundos, contrabandistas, fugitivos y piratas. Un corrimiento de tierras cubrió la mayor parte de lo que se conocía como Haggity Point. Pero las cuevas siguen debajo.

—Bien —murmuró Júpiter—. ¿Es la primera vez que ha visto u oído un dragón pese a los muchos años que lleva aquí?

El anciano asintió.

—Y tal vez no lo hubiera visto de no hallarme buscando a mi perro, «Red Rover».

—Háblenos de su perro y de las circunstancias en que desapareció, señor —Júpiter se volvió a Bob—: Toma nota, Tercero.

Bob se apresuró a sacar bloc y lápiz.

El señor Allen se sonrió ante aquel ejemplo de efectividad profesional de los Tres Investigadores.

—Durante los dos últimos meses he permanecido en el extranjero —dijo—. Aunque retirado del cine, aún me interesa mucho. Por regla general, recorro Europa cada año, y asisto a la mayoría de festivales cinematográficos de distintos países. Este año asistía a los de Roma, Venecia, París, Londres y Budapest. También visité a viejos amigos.

»Siempre que salgo de viaje dejo a “Red Rover” en una guardería de perros. Al regresar de mi última ausencia recogí a “Red Rover”; es un “setter” irlandés y bello ejemplar, muy amistoso. Le gusta correr y por eso cada noche lo soltaba. Hace dos días fue su última salida y no regresó.

»Lo tengo desde hace tres años; empero, ante la posibilidad de que hubiese tomado querencia a la perrería, lo busqué allí. No había ido, ni tampoco ha vuelto por aquí.

»Fue en una de esas búsquedas infructuosas por los alrededores, cuando vi… “aquello”.

—¿No descendió usted a la playa? —inquirió Júpiter.

El anciano sacudió la cabeza.

—No. Sufrí yo mismo esa sensación de pánico tantas veces

lograda en el público mediante mis filmes. Me resulta imposible narrar la sensación de que fui presa. No obstante, os diré que al temor de ser atacado por aquel terrible animal siguió el temor de estar perdiendo la razón. ¡Admitir que uno ha visto un dragón precisa de cierto tiempo, creedme!

—Usted no tomó ninguna decisión —siguió Júpiter—, excepto telefonear a su amigo Alfred Hitchcock.

El anciano secóse la frente.

—Sólo él podía ayudarme. Ahora la ayuda la espero de vosotros.

—Gracias, señor Allen —contestó Júpiter—, por su confianza. Si no estamos mal informados, en esta ciudad han desaparecido antes del suyo otros cinco perros.

El anciano asintió.

—Me enteré de la noticia después de la pérdida del mío. De haberlo sabido, nunca lo hubiera dejado pasear solo.

—¿Habló usted con algún otro propietario de perros? —inquirió Júpiter.

—No, todavía no.

—¿Todas las personas de los alrededores poseen perros?

El señor Allen se sonrió.

—Todos no. Por ejemplo, carecen de perro mi vecino de enfrente, el señor Carter, y el de mi derecha, señor Arthur Shelby. En realidad, apenas me relaciono con mis vecinos, pues llevo una vida pacífica, dedicado a mis libros y pinturas.

Júpiter se puso en pie.

—Nos vamos, señor Allen. Le informaremos de cualquier progreso que obtengamos.

El señor Allen les estrechó la mano y los acompañó hasta la puerta. Los chicos traspusieron la verja, y Júpiter seguidamente la cerró.

Pete se sonrió mientras su jefe ponía el gancho de seguridad.

—¿Tratas de impedir el paso del dragón, Jupe?

—Dudo que una verja cerrada o, incluso, una puerta, detenga a un dragón.

Pete, su segundo, tragó saliva.

—No me gusta cómo lo has dicho. —Observó la calle y consultó su reloj—. ¿Dónde estará Hans?

—Es demasiado temprano —dijo Júpiter—. Disponemos de

algún tiempo.

Sus ayudantes lo miraron cuando atravesó la calle.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Bob.

—Para visitar al señor Carter y al señor Arthur Shelby. ¿Acaso no os interesa conocer a hombres que viven en este solitario distrito sin necesidad de perros que los protejan?

—No, en absoluto —confesó Pete—. Sin embargo, me gustaría saber por qué demonios no he comprado un perro que me proteja a «mí». Uno grande que no tema a los dragones.

Júpiter se sonrió, mientras era seguido hasta el otro lado de la estrecha calle: la propiedad del señor Carter se hallaba bien atendida y su casa aparecía recién pintada.

Júpiter dijo a sus compañeros:

—Aquí los setos se ven pulcramente recortados y el césped bien cuidado. Los árboles han sido podados y los parterres están atendidos. Sin duda el señor Carter es hombre meticuloso.

Júpiter pulsó el timbre. La puerta se abrió de par en par y un hombre corpulento los miró con ojos inquisitivos.

—¿Qué deseáis, chicos? —preguntó.

—Le ruego nos disculpe, señor —empezó Júpiter, cortés—. Acabamos de visitar a su vecino, el señor Allen. Su perro, «Red Rover», ha desaparecido; quizás usted ya lo sepa. ¿Podría decirnos algo acerca de su desaparición?

Los ojos del hombre se entrecerraron mientras sus gruesas cejas se alzaban, para luego descender. En su boca apareció una sonrisa burlona.

—Vaya, también Allen ha perdido su perro como los demás vecinos. Bien, que los chuchos tengan suerte y sigan perdidos. ¡Los detesto!

Sus pupilas centellearon con furia casi demente. Sus manos se agarrotaron y, durante un instante, los chicos temieron ser atacados. Júpiter se mantuvo tranquilo e inalterable en su aspecto plácido.

—Sin duda tendrá sus razones para sentir esa animosidad contra los animales, señor. Nos gustaría saber qué le han hecho.

—¿Qué me han hecho? —repitió el hombre—. Lo que siempre hacen: ladrar a la Luna durante toda la noche, estropear mis parterres y mi prado, tumbar los cubos de basura junto al camino.

¿No es suficiente?

—Lo comprendo —admitió Jupe—. Sin embargo, tratamos de hallar el perro del señor Allen. Si éste causó daños en su propiedad, el señor Allen se lo abonará. Siente mucho la desaparición de su perro y haría cualquier cosa…

—¿Que haría cualquier cosa? —exclamó el hombre—. ¡Yo también! ¡Esperad!

Desapareció detrás de la puerta. Los chicos apenas tuvieron tiempo de intercambiar una mirada. La puerta volvió a abrirse en su totalidad y el señor Carter apareció en ella provisto de una escopeta. Furioso gritó:

—Y yo lo rellenaría de perdigones. Esta escopeta de doble cañón es un arma de gran alcance y si pongo mis ojos en el perro de Allen o en cualquier otro pestilente animal cerca de mi propiedad, le daré su merecido.

Alzó amenazadoramente el arma.

Capítulo 3

La prueba del terror

El señor Carter, realmente enojado, acentuó la presión de su dedo en el gatillo.

—Soy un buen tirador y nunca fallo. ¿Más preguntas?

Júpiter sacudió la cabeza, intentando no mostrarse acobardado por el arma a escasos centímetros de su rostro.

—No, señor. Lamento mucho haberle molestado. Buenos días, señor.

Los labios del hombre se atirantaron.

—Si vuelvo a veros por estos alrededores, os acordaréis de mí. ¡Largo de aquí!

Movió peligrosamente la escopeta y los muchachos retrocedieron precavidos.

—¡Daos la vuelta! ¡No sea que piséis mi césped!

Júpiter miró a sus dos compañeros y se encogió de hombros. El corazón les golpeaba cuando dieron la espalda al malhumorado escopetero.

—No corráis; caminad lentamente —susurró Júpiter.

Bob y Pete asintieron, temerosos de oír un disparo.

Un fuerte ruido los hizo brincar.

—Muchachos —dijo Júpiter—, el señor Carter ha cerrado su puerta.

Volvieron sus cabezas y luego emprendieron rauda carrera. Se detuvieron en mitad de la calle y de nuevo miraron atrás. Nadie los perseguía. La puerta del señor Carter permanecía cerrada.

—¡Repámpanos! —musitó Bob.

—¡Un tiro de escopeta de cañón doble! —exclamó Pete,

secándose el sudor.

—No tuvo semejante propósito —aclaró Júpiter—. Mantuvo siempre el seguro puesto y así, no había peligro alguno.

Sus amigos lo miraron furiosos.

—¡Lo sabías! —acusó Pete—. Así nada tiene de extraordinario tu calma.

—El señor Carter nunca hubiera disparado, pese a su mal humor. La verdad es que lo enfurecí al hablarle del único asunto que le saca de sus casillas: los perros.

—Me parece que tampoco le gusta la gente —comentó Pete.

Júpiter sacó el labio inferior, pensativo.

—Tendremos que ser más cautelosos la próxima vez que abordemos al señor Carter.

Pete sacudió la cabeza.

—No, señor. No habrá próxima vez. Tú eres libre de abordar al señor Carter cuando gustes, pero no cuentes conmigo. Olvidé decirte que poseo una piel muy delicada y soy alérgico a los perdigones.

—A mí me ocurre igual —saltó Bob—. Prefiero un disparo de pistola de agua a diez pasos.

—Cabe una posibilidad —prosiguió Júpiter—. Tal vez el señor Carter sea un consumado actor y tenga algo que ver con la desaparición de los perros.

—Parece razonable —admitió Bob.

—Bien —continuó Júpiter—. Ahora compararemos la irascible actitud del señor Carter con la del próximo sujeto a visitar.

—¿De qué habla éste ahora? —preguntó Pete a Bob.

El Tercer Investigador se encogió de hombros.

—El señor Allen nombró a dos de sus vecinos que no tenían perros —aclaró Júpiter—. Hemos visitado al señor Carter y ahora presentaremos nuestros respetos al señor Shelby.

Una verja de hierro que les llegaba al pecho les cortó el paso. Miraron por encima de ella y vieron la gran casa propiedad del señor Arthur Shelby.

—No se advierte nada sospechoso —dijo Bob—. Al menos no diviso el emplazamiento de ningún cañón.

Pete examinó detenidamente las ventanas de los pisos bajo y superior.

—Nadie nos vigila. Quizás el señor Shelby no esté en casa.

Júpiter retrocedió unos pasos.

—Es fácil averiguarlo. Sólo necesitamos saltar la verja y…

Se detuvo, con la boca abierta. Sus dos compañeros se quedaron asimismo perplejos. La verja se había abierto sin que Jupe la tocara.

—¿Cómo hiciste eso? —inquirió Pete—. ¿Es que desarrollas poderes mágicos?

—Puede ser que haya sido el viento —sugirió Bob.

Júpiter sacudió la cabeza, Extendió los brazos evitando que sus compañeros avanzaran, y retrocedió otro paso. La puerta volvió a cerrarse.

Júpiter avanzó de nuevo, y la puerta se abrió una vez más.

—Hay una explicación muy simple —dijo—. La puerta funciona por medio de una célula electrónica. Eso ya lo habéis visto en los aeropuertos, supermercados y otros edificios modernos.

Pete miró escéptico la verja.

—Por supuesto que sí. Pero nunca en una casa particular.

—Cualquier progreso o modernización es buen indicio —exclamó Jupe—. El hecho de que el señor Shelby use tal ingenio en su puerta, indica que no es supersticioso, acomplejado o convencionalista. Para mi es la clase de persona con la cual prefiero hablar de un tema tan espinoso como es el de un dragón en la vecindad.

Cruzó la entrada y sus amigos lo siguieron. Al otro lado vieron un reloj de sol en el centro del prado, y un hermoso túnel trenzado de flores que sombreaba el camino.

Tan pronto se hallaron bajo el túnel, éste se desmoronó, y los chicos se detuvieron golpeándose mutuamente. La parte frontal del florido artilugio quedó delante de ellos y la posterior cayó exactamente detrás.

¡Estaban atrapados en una enorme jaula de hierro decorada con flores!

—Espero que se trate de una broma —dijo Júpiter, pasándose la lengua por los labios, nervioso—. Se parece a un rastrillo.

—¿Qué es un rastrillo? —inquirió Pete, con voz ahogada por el pánico.

—Un enorme enrejado suspendido por cadenas que se bajaba mediante un torno para cerrar la entrada de un castillo o ciudad

fortificada —explicó Júpiter.

—Lo he visto en películas y también he leído algo sobre ello en la biblioteca —informó Bob, entusiasmado—. Suele ser la última barrerá defensiva situada entre el foso y el castillo.

—Pero aquí no hay ningún foso —se lamentó Pete.

Captaron un leve zumbido, y, tan repentinamente como habían caído los extremos del florido túnel, éstos se alzaron sobre sus cabezas.

Los muchachos se miraron con asombro.

—El señor Shelby tiene un agudo sentido del humor —dijo Júpiter, aliviado—. Sigamos.

Pete lo sujetó por un hombro.

—Te equivocas de camino. Es posible que no les interese nuestra presencia en el castillo.

Júpiter denegó con la cabeza.

—Primero la verja automática y después la jaula de flores electrónicamente accionada. Eso demuestra que el señor Shelby se interesa por los ingenios científicos. Bien merece la pena conocerlo.

Jupe avanzó decidido y sus compañeros lo siguieron con evidente disgusto. Se sonrió al pulsar el botón del timbre.

—¡Caramba! —gritó sacudiendo el brazo—. Este timbre pica. ¡Vaya sacudida!

—Bien, ya conocemos la clase de bromas que gasta el señor Shelby —dijo Pete—. ¡Voto por la cancelación de la entrevista!

—Y yo —exclamó Bob—. Presiento que el señor Shelby intenta convencernos de que no le es grata nuestra presencia.

—Opino lo contrario —afirmó Jupe—. Simplemente nos somete a prueba mediante el uso de alguno de sus trucos.

Y para reforzar lo dicho por el jefe del grupo, tras un leve chasquido, se abrió la puerta.

—Correcto —admitió Bob—. Dispone de un sistema bien montado.

Los muchachos penetraron en una estancia oscura y silenciosa.

Júpiter se aclaró la garganta en un intento de imprimir seguridad a su voz.

—Buenos días, señor Shelby. Somos investigadores en visita sugerida por su vecino el señor Allen. ¿Podemos pasar?

No hubo respuesta, pero sí un ruido apagado que se hizo más

audible por momentos. Localizaron su procedencia en la parte alta de la vivienda. Un repentino helor se adueño de sus cuerpos, al divisar la enorme masa oscura que se les acercaba con un escalofriante silbido.

¡Un gran pájaro negro parecido a un halcón chilló fiero, abierto el pico! ¡Sus ojos chispeaban amenazadores cuando se lanzó en picado contra ellos!



Capítulo 4

Una mano sorprendente

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Pete.

Sus dos amigos obedecieron.

El escandaloso pajarraco batió alas sobre ellos, con las garras amenazadoramente curvadas.

Luego desvió su vuelo y se alzó unos centímetros.

¡Y allí se quedó!

El estridente chillido del ave cesó de golpe.

Júpiter se había llevado las manos a la cara para protegerse los ojos. Espió precavido a través de los dedos. Luego se sentó en el suelo, y su expresión pasó del susto a la risa.

—Todo bien, ayudantes. No es un pájaro auténtico.

—¿Qué? —gritó Pete.

Incrédulos, el Segundo y Tercer investigadores, alzaron la cabeza.

El oscuro pajarraco colgaba inofensivo, balanceándose al final de un alambre de cobre. Sus ojos amarillos brillaban con expresión mortecina.

—Es un juguete —explicó Júpiter, que alargó un brazo y lo tocó —. Parece ser de plástico y alambre.

—¡Oh! —exclamó Pete, malhumorado.

De la oscuridad brotó una carcajada rasposa, incontrolada. Luego se encendieron las luces.

Un hombre alto y delgado, con un oscuro guardapolvo, en pie, los miraba. Tenía el pelo corto y rojizo.

—Bienvenidos al Castillo del Misterio —dijo con voz profunda y sepulcral.

Luego se dobló, riéndose. Sus carcajadas fueron interrumpidas por un acceso de tos.

—Seguro que posee un agudo sentido del humor —murmuró Pete.

El hombre se enderezó lentamente.

—Soy Arthur Shelby. Bien, retiraré mi pájaro antes de que os pique.

Los chicos se pusieron bien de un salto. El señor Shelby desenganchó los alambres que sujetaban al inerme pájaro. Júpiter miró el techo y se sonrió.

—Lo hizo deslizarse por aquellas ranuras de allá arriba —dijo—. Como si se tratase de un tren eléctrico de juguete.

Bob y Pete miraron las guías en el techo.

—Prefiero los trenes eléctricos —clamó Pete—. Al menos un tren no me asusta.

El señor Shelby se sonreía.

—Os engañé, ¿eh? Lo lamento. Me divierte construir ingenios locos.

Su mano señaló hacia un cuarto detrás de ellos.

Los chicos vieron un gran taller de herramientas, maderas y alambres.

El señor Shelby colocó el pájaro sobre una mesa de trabajó. Su voz adquirió un timbre normal, ni profundo ni fúnebre.

—¿Qué os trae aquí, chicos? —preguntó.

Júpiter le entregó una de sus tarjetas de negocios, de las que siempre iba provisto.

—Eso puede explicarlo, señor. Nos gusta resolver misterios.

El caballero pelirrojo estudió la tarjeta, y no hizo comentario alguno acerca de los interrogantes. Luego la devolvió sonriéndose.

—Sin duda los misterios que nos rodean son los perros desaparecidos, ¿verdad?

—Cuando conozcamos los detalles —contestó Júpiter— quizá sepamos que sólo hay un misterio. Intentamos ayudar al señor Allen a que recupere su «setter» irlandés. Sin embargo, sospecho que está relacionado con los otros perros desaparecidos en Seaside.

—Podría ser —admitió el señor Shelby—. No tengo mucho trato con mis vecinos, pero supe del suceso a través de la radio. Allen se había ausentado y yo ignoré su regreso hasta oír que «Red Rover»

había desparecido también. Ojalá lo encontréis.

—Ésa es nuestra misión —convino Júpiter—. Claro que necesitamos alguna información, y por eso decidimos hablar con los vecinos del señor Allen. Ya lo hicimos con el señor Carter. ¿Lo conoce usted?

Shelby se sonrió.

—¿Y quién no lo conoce? Yo tengo el pelo rojo y él malas pulgas. ¿Os mostró su escopeta?

Júpiter se encogió de hombros.

—Intentó asustarnos. Por fortuna tenía el seguro puesto cuando nos amenazó. Dice que los perros invaden su propiedad, y no ocultó su odio hacia ellos.

Shelby se sonrió de nuevo.

—Carter odia cuanto le rodea.

—Usted atemoriza a la gente de modo bien distinto —intervino Pete.

El hombre miró al Segundo Investigador divertido.

—Me extrañó que os acercaseis a mi casa. No odio a la gente, pero si ser «molestado» por ella. Mis artilugios sirven para alejar a pedigüeños y otras visitas molestas. ¿Conseguí asustaros?

—El sistema resultó —musitó Pete.

Shelby se rió.

—Soy ingenioso y me encantan los inventos. Me divierte construir ingenios. Claro que son inofensivos. —Consultó su reloj—. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Se le ocurre algo que pueda sernos útil en el asunto de los perros? —preguntó Júpiter.

El señor Shelby denegó con la cabeza.

—Lo siento. Sólo sé cuanto se ha dicho de su desaparición. Sería mejor que habléis con los propietarios.

—Hemos hablado con el señor Allen —contestó Júpiter—. Nos dio una pista, pero es difícil de creer.

—¿Ah, sí? —Las pobladas cejas del hombre se alzaron—. ¿Por qué?

Júpiter frunció el ceño.

—No sé si debo hablar de ello.

—¿Por qué no?

—Tal vez no guste al señor Allen que se divulgue. Lo siento,

señor Shelby.

Éste se encogió de hombros.

—Imagino que es obligado el secreto en tu profesión. Particularmente las confidencias del cliente, ¿verdad?

Júpiter asintió.

—Sin embargo, usted vive contiguo a él, y nada de particular tendría que hubiese visto cualquier fenómeno misterioso, de producirse en las inmediaciones.

Él señor Shelby se sonrió.

—Eres un excelente retórico. Sin duda, sabes expresarte con más claridad cuando te interesa.

—No se equivoca —intervino Pete—. Jupe intenta «no» decirle que el señor Allen vio un dragón saliendo del océano la pasada noche.

—¡No debiste hacer eso, Pete! —reconvino Júpiter—. Debemos guardar reserva sobre lo que un cuente nos confía.

—Lo siento —murmuró Pete—. Quizá sea que me pone nervioso pensar en ello.

—¿Un dragón? —inquirió Shelby—. ¿Es eso lo que el señor Allen vio?

Júpiter vaciló. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, ahora ya está dicho.

El señor Shelby sacudía la cabeza.

—¡Imposible!

—También lo oyó —intervino Bob—, cuando entró en la caverna debajo de su casa.

Júpiter sopló con las mejillas infladas.

—Debo aceptar que no sabemos guardar un secreto, señor Shelby. De todos modos, si realmente hay un dragón, o algo peligroso allá abajo, también debe saberlo.

—Gracias por la buena intención —contestó el señor Shelby—. En realidad pocas veces bajo a la playa. No soy nadador. Y en cuanto a las cuevas, aprendí hace tiempo que es mejor no penetrar en ellas. Son peligrosas.

—¿Qué las hace peligrosas? —interrogó Bob.

El señor Shelby se sonrió.

—Son peligrosas sin necesidad de que alberguen dragones. Los corrimientos de tierra son frecuentes en esta zona. Entrar en las

cuevas es arriesgarse a quedar enterrados vivos.

—Según dicen, fueron usadas por contrabandistas y fugitivos —dijo Júpiter.

El hombre asintió.

—De eso hace muchísimo tiempo. En cuanto a los aludes, si pasáis por la escollera veréis cómo la tierra ha cedido muchas veces, incluso arrastrando casas enteras.

Luego de una breve pausa, añadió:

—Comprendo vuestro sentir. A vuestra edad la noticia de que existe un dragón me hubiera inducido a comprobarlo. Bien, no olvidéis que esas cuevas son muy peligrosas.

—Gracias, señor Shelby —respondió Júpiter—. De todos modos, usted opina que no existe el dragón.

El hombre se sonrió.

—¿A ti qué te parece?

Júpiter alzó las manos.

—Bueno…

El señor Shelby volvió a reírse.

—De acuerdo —aceptó Júpiter—. Gracias por sus informes. Puede ser que lleguemos a averiguar qué vio el señor Allen.

—Así lo espero —animó el señor Shelby—. Mi vecino dirigió muchos filmes de terror en su época. No me extrañaría que alguno de sus amigos, o enemigos, trate de experimentar con él los mismos efectos que un día persiguiera.

—Es posible —admitió Júpiter.

—Lamento no seros útil, muchachos.

Los acompañó hasta la puerta y la abrió. Mientras desfilaban al exterior, detuvo a Júpiter, ofreciéndole la mano.

—Buena suerte, muchacho.

Júpiter aceptó la mano que se le tendía.

—Gracias, señor.

La puerta se cerró suavemente tras él.

El muchacho se quedó con la boca abierta, y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

¡La mano derecha del señor Shelby se hallaba en la suya!

Capítulo 5

Problemas en la playa

—¡Ooooh! —exclamó Júpiter.

La mano del señor Shelby parecía verdadera. ¡Incluso «sentía» su calor!

Aquello era demasiado hasta para la mente equilibrada de Júpiter, que, estremeciéndose otra vez, la soltó.

Sus amigos, percatados del suceso, se acercaron con evidente asombro.

—¡Canastos! ¿Qué es eso? —gritó Pete.

—¡Repámpanos! —musitó Bob.

Júpiter, recuperada la voz, dijo:

—¡Es la mano del señor Shelby! ¡Se… se soltó al estrechar la mía!

—¿Qué? —manifestó Pete, asombrado.

—¡Se desprendió! —aclaró Júpiter.

De repente, oyeron una risotada procedente del interior de la casa, seguida de sonidos de ahogo y tos.

Júpiter se sonrojó.

—¡Qué imbécil soy, amigos! Me olvidé de cuan bromista es el señor Shelby.

Alzó la mano ante Bob y Pete. El Segundo Investigador se echó atrás, pero Bob la cogió.

—¡Parece real al tacto! —afirmó—. Quizá tengo un brazo artificial y la mano se desprendió por casualidad al ser estrechada.

Júpiter denegó con la cabeza.

—¿No has oído cómo se desternillaba de risa hace un momento? Sin duda alguna se trata de otra de sus bromas. Eso es todo.

Digamos que es su modo peculiar de burlarse de la gente.

—Ya —dijo Pete, sarcástico—. Muy peculiar. Bien, salgamos de aquí antes de que se le ocurra obsequiarnos con otra de sus genialidades.

Bob tiró la mano y corrieron hacia el camino sin pensárselo más.

—¡Recordad la trampa de las flores! —gritó Pete, siempre prevenido.

Dieron un rodeo y no tardaron en hallarse ante la verja. La puerta se abrió sin ruido, como antes, y los Tres Investigadores se apresuraron a trasponerla.

—De todos modos resulta una afición inofensiva —comentó Bob sin dejar de correr—. Al menos la puerta no nos ha mordido al salir.

—Sigamos —murmuró Pete—. Le daré las gracias cuando esté más lejos.

Al cabo aminoraron la marcha y se detuvieron a recobrar aliento.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Bob—. ¿Esperamos a que Hans nos recoja?

—Yo sugiero seguir corriendo hasta Rocky Beach —expuso Pete —. ¿Qué son veinte kilómetros cuando a su término nos aguarda una confortable seguridad?

Júpiter se pellizcó el labio inferior. Consultó su reloj de pulsera.

—Aún queda tiempo. ¿Qué os parece si hacemos una breve visita a la cueva, antes de volver a casa? ¿Estamos de acuerdo?

Pete miró hacia la escollera.

—¿Te refieres a la supuesta guarida del dragón? Emitiré un voto monosílabo: «¡No!».

Júpiter miró al Tercer Investigador.

—¿Cómo te sientes tú, Bob?

—Como Pete —repuso el más joven de los tres—. Ya oíste al señor Shelby: aquello es peligroso. Ignoro cómo se comporta un dragón, empero yo me sentiría más feliz debajo de un alud.

Júpiter caminó hacia la escollera, y apoyó una mano en la vetusta baranda de la escalera que bajaba enhiesta a la playa.

—Sugiero que demos un vistazo —dijo—. Luego, cuando regresemos a casa, sabremos con mayor seguridad lo que tenemos por resolver.

Descendió un peldaño y no tardó en desaparecer del campo

visual de sus amigos.

Pete miró a Bob.

—¡Siempre se olvida de nuestro voto!

Bob se encogió de hombros.

—Sencillamente, es más terco que nosotros. Seguro que tú y yo somos más simpáticos.

—Sí —murmuró Pete—. Pero de nada nos sirve. Vamos. Será mejor que lo sigamos antes de que el señor Shelby nos mande un objeto volante, o que el señor Carter decida desde la acera de enfrente hacer prácticas de tiro.

Pete inició el descenso. Bob lo siguió. Los peldaños eran estrechos y viejos. Mientras bajaban, se cogían a la baranda. Luego, ya más confiados, sólo la tocaban de vez en cuando.

Júpiter escuchó las pisadas, volvió la cabeza, y seguro ya de la presencia de sus amigos, aceleró el descenso.

No era tan ágil como los otros, empero podía hacer un esfuerzo cuando se lo proponía. Sin vacilar, empezó a saltar de dos en dos los peldaños.

Repentinamente, sin advertencia alguna, un peldaño cedió bajo su peso. Al eludirlo, cayó con más fuerza sobre el siguiente, que crujió y se rompió también. Intentó pararse sujetándose a la baranda. Ésta no resistió.



Júpiter, tras un grito de angustia, se precipitó al vacío.

Bob y Pete oyeron el grito demasiado tarde. La escalera empezó a desmoronarse cual baraja de naipes. La baranda, cerca del lugar por donde se cayera Júpiter, parecía ser la única posibilidad de salvamento ante ellos. Saltaron hacia ella.

¡Y se derrumbó!

Así fue como se produjo una lluvia de muchachos y tablones.

La mente de Júpiter no se paralizó en el descenso. El muchacho sospechó, alarmado, que aquello no era un accidente casual.

¿Sabotaje?

¡Alguien quería evitar que los Tres Investigadores realizasen pesquisas para descubrir el misterio del dragón en la playa!

Su cuerpo aterrizó violentamente, y con no menos violencia se vio sepultado por otros cuerpos y tablones.

Capítulo 6

Trampa inesperada

—Jupe, ¿estás bien?

El jefe abrió los ojos para ver confusamente los rostros de Pete y Bob, que, ansiosos, lo contemplaban.

Gruñó y se incorporó. Abundante arena cubría su faz. Se limpió escrupulosamente antes de contestar:

—Por supuesto que estoy bien. Claro que vuestro aterrizaje sobre mi persona no me ha confortado en lo más mínimo. Como tampoco el dejarme sin respiración con la cara enterrada en la arena.

Pete se sonrió.

—Está perfectamente. Aún sabe explicarse.

—Eso parece —añadió Bob—. Como de costumbre, hace que la culpa sea nuestra. Sin embargo, fue su peso lo que rompió el primer peldaño. ¿Y acaso esperaba que volásemos por encima de él?

Júpiter se puso en pie. Dio una patada a un montón de maderos y luego cogió un trozo y lo observó. De nuevo se agachó para coger otro y comprobarlo con el primero. Asintió como si estuviera satisfecho.

—Dices bien, Tercero. Mi peso rompió el primer escalón, aunque no sin ayuda. Los peldaños habían sido manipulados para que cedieran a la más ligera presión.

Ofreció las maderas a sus dos amigos.

—Si os fijáis, la cara superior parece partida de modo irregular, mientras que la inferior se ve rota con más uniformidad. Da la sensación de haber sido aserrada antes de que nosotros pisásemos los peldaños.

Bob y Pete examinaron las tablas.

—Es posible que tengas razón —admitió Bob—. Pero ¿quién sabía que nosotros íbamos a bajar?

—Exacto —intervino Pete—. Tal idea sólo es una suposición tuya, Jupe. Si no llegamos a bajar nosotros, el accidente lo hubiera sufrido cualquier otra persona de la vecindad. Sólo conocemos al señor Carter, al señor Allen y al señor Shelby. Pero sin duda son muchos más los que utilizan esta escalera.

Señaló la playa y añadió:

—Hay mucha distancia hasta la otra.

Júpiter suspiró.

—Bien, no disponernos de equipo para examinar los tablones y averiguar si realmente fueron aserrados o no. Tal vez mi deducción sea errónea.

Pete y Bob se miraron. Resultaba extraordinario que el jefe admitiera una posible equivocación suya.

Júpiter apretó los labios.

—De acuerdo —continuó—. Pero no abandonaremos nuestro propósito por un simple accidente. La finalidad principal de este descenso era examinar la playa y la cueva del dragón. ¡Adelante, pues!

Sin una duda, Júpiter se encaminó hacia el océano.

—Buscaremos huellas que se dirijan del mar a la cueva. Según el señor Allen, lo que sea hizo este recorrido.

Bob y Pete se unieron a él, y los tres avanzaron lentamente por la arena. La amplia extensión de playa aparecía desierta. Encima de ellos, unas cuantas gaviotas chillaban.

Pete señaló hacia las aves.

—Tal vez sea recomendable interrogar a una de ésas por si ha visto un dragón. Nos ahorraría mucho trabajo.

—Excelente idea —dijo Bob—. Y si no quieren hablar, interroguemos a los ocupantes de aquel bote que navega a un kilómetro de distancia.

Señaló la rudimentaria embarcación.

—No parece que tengan prisa en llegar a ninguna parte. Quizá vayan a la pesca del dragón.

Júpiter denegó con la cabeza.

—No ha de preocuparnos lo que se halla tan lejos. De momento

sólo nos interesa descubrir cuanto hay en la línea costera.

Calculó la distancia de la cueva al agua.

—En esta zona debiera haber huellas. Bien, despleguémonos.

Separados, caminaron lentamente por la playa, inspeccionándola palmo a palmo.

—Sólo distingo algas marinas amontonadas —dijo Bob.

—Y yo igual —aseveró Pete—. También hay conchas y maderos podridos arrojados por el mar.

Bob sacudió la cabeza.

—No hay señales de huellas en ninguna parte, Jupe. ¿Las borró, acaso, la marea?

Jupe se pellizcó el labio.

—En la orilla pudo suceder. Pero la arena se extiende hasta la entrada de la cueva. Comprobemos allí.

—¿Es necesario? —preguntó Pete—. ¿Y si el dragón está en la cueva? ¿Qué haremos si está allí? ¿Luchar contra él sin arma alguna?

—No será necesario luchar contra nada, Pete —dijo Júpiter—. Nos acercaremos cautelosamente a la entrada de la cueva, y no penetraremos en ella a menos que estemos seguros de que ningún peligro acecha.

Pete se agachó y cogió un largo palo.

—Bueno, no sé si me servirá de mucho, pero me sentiré más seguro con algo contundente en las manos.

Bob cogió el mango de un remo.

—Tu idea es acertada, Pete —aseguró—. Recuerdo haber visto grabados a San Jorge y el dragón. El tío usó estacas. Fue un tipo listo que supo usar una preciosa y larga lanza.

Blandió su largo trozo de remo y miró a Júpiter.

—¿Tú no quieres un arma? Si retrocedes hallarás restos de baranda con clavos largos.

Júpiter se sonrió.

—Bueno; eso no perjudica.

Recogió un madero, y con él sobre el hombro, miró a sus compañeros.

Ellos lo observaron con semblante mustio. Luego, decididos, se encaminaron hacia la oscura entrada de la escollera. De pronto Júpiter se agachó.

—¡Aquí hay algo!

Bob y Pete vieron unas marcas en la seca arena.

—Este dragón debe ser un tipo moderno —aventuró Bob—. Se desplaza sobre ruedas.

Júpiter asintió. Examinó la playa de arriba abajo.

—No veo nada. Sin embargo, esto sugiere alguna clase de vehículo. A veces los salvavidas utilizan un *jeep* para patrullar la costa.

—Es posible —aceptó Bob—. Sólo que sus huellas irían de norte a sur, paralelas a la costa, y no rectas a la cueva.

—Estás en lo cierto, Tercero —aceptó Júpiter.

Se arrodilló y estudió las hendiduras.

Bob, alerta, vigilaba la orilla.

—No lo comprendo —dijo—. Si las huellas se ven aquí, ¿por qué no cerca del agua?

—Una ola grande pudo borrarlas —sugirió Júpiter.

Pete se sonrió.

—Sin duda, los cansados ojos del señor Allen no merecen demasiado crédito. En vez de un dragón, debió ver un *jeep* u otro vehículo.

—Es posible —contestó Júpiter—. De todos modos lo sabremos cuando estemos en la cueva.

A diez metros de la gruta, las huellas desaparecían por completo. Los chicos se miraron sorprendidos.

—¡Otro misterio! —exclamó Pete.

Llegaron a la boca de la cueva. Parecía desierta.

—Esta entrada es casi tan grande que admitiría el paso de un autobús —comentó Bob—. Daré un vistazo al interior y veré cuánto tiene de profundidad.

Júpiter se asomó.

—Bien, Bob. Pero quédate a distancia que te podamos oír. Pete y yo nos reuniremos contigo tan pronto hayamos reconocido el suelo de la entrada.

Bob blandió su arma parecida a una lanza y se adentró en la caverna.

—¿Qué lo hace tan valiente de repente? —inquirió Pete.

Júpiter se sonrió.

—Una vez comprobado que las huellas son de vehículo y no de

un ser fantástico, cualquiera se envalentona.

Inclinó la cabeza como si escuchara.

—Quizá sepamos por el eco de la voz de Bob cuan grande es la caverna. —Alzó la voz—. ¡Bob! ¿Cómo están las cosas por ahí?

Pete se inclinó en actitud de escucha. Los dos oyeron un chasquido.

Luego fue la voz de Bob, lejana y débil, aterrorizada:

—¡Auxilio!

Capítulo 7

Una advertencia misteriosa

Júpiter y Pete contemplaron con ojos desmesuradamente abiertos, la caverna apenas iluminada. De nuevo oyeron el grito de Bob.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme!

—Bob se halla en apuros —exclamó Pete—. ¡En marcha!

Pete, el musculoso y atlético investigador, se lanzó como una flecha al interior de la cueva. Júpiter intentó mantener su ritmo.

—¡No tan aprisa, Pete! No está demasiado lejos y debemos evitar que…

No completó la frase. En la penumbra de la cueva tropezó con algo duro que lo dejó sin respiración. Se cayó de rodillas.

Entonces oyó a Pete…

—¡Jupe! ¡Lo encontré!

—¿Dónde? ¡No veo nada!

Júpiter parpadeó. Sus ojos no tardaron en habituarse a la oscuridad de la cueva. Pete, agachado, se hallaba delante de él.

—Ha caído en un hoyo —informó el Segundo Investigador—. Yo me detuve con el tiempo justo.

—No veo nada —dijo Júpiter, que intentaba mirar sobre el hombro de su amigo—. ¡Bob! ¿Dónde estás?

La voz de éste se oyó tan próxima que Júpiter dio un respingo.

—¡Aquí! ¡Estoy en una especie de pozo, que me absorbe hacia abajo!

—¡Canastos! —exclamó Pete—. ¡Arenas movedizas!

—¡Imposible! —gritó Júpiter—. Las arenas movedizas se hallan normalmente en países tropicales.

Giró alrededor de Pete, palpando cauteloso el piso de la cueva.

—Aún no te veo, Bob. ¿Nos ves tú?

—Sí. Estoy casi exactamente debajo de vosotros.

Se oyeron amortiguados y confusos ruidos.

—¡No puedo salir! —gritó Bob—. ¡Siempre que lo intento, me hundo más!

—Tiende tu pedazo de remo —sugirió Pete—. Jupe y yo te sacaremos en un segundo.

—¡Imposible! —exclamó desesperado Bob—. Lo perdí al caerme.

Pete miró su trozo de madera y gimió.

—El mío es demasiado débil para aguantar tu peso.

Júpiter se deslizaba cauteloso alrededor del pozo.

—Aguanta, Bob. Estoy rodeando el hoyo para tener una idea de su tamaño.

—¡Date prisa! —chilló el Tercer Investigador—. Ahora no es momento de tomar medidas.

—Tengo que hacerlo. Sólo así podremos rescatarte.

Siguió su recorrido a gatas, provocando la caída de tierra al hoyo.

—¡Cuidado! —gritó Bob—. Originarás un corrimiento de tierras.

—Lo siento. Pero no te asustes. Se trata de tierra suelta.

Al fin llegó hasta donde se hallaba Pete.

—Creo saber la solución. Bob, ¿puedes decirnos si tocas fondo?

Oyeron sonidos de esfuerzos, chapoteos, seguidos de tos y escupir.

—Aún no —contestó Bob—. Aunque tal vez para cuando tu genio dé fruto ya estaré en él.

—Si me sujetas por los pies, Jupe, quizá logre cogerlo —propuso Pete—. No disponemos de tiempo para fantasear.

Júpiter sacudió la cabeza.

—Usaremos mi madero. Pero no para tirar de él. Lo cruzaremos en el pozo.

—¿Y de qué sirve eso? —inquirió Pete—. Bob no lo alcanzará.

—Lo conseguirá desde el ángulo adecuado —afirmó Júpiter—, si lo hacemos por el lado opuesto.

Pete miró el delgado madero de Júpiter. Se humedeció los labios.

—Quizá resulte, si aguanta el peso.

Júpiter se asomó por el borde.

—Intentaremos alcanzar tu cabeza, Bob. Es cosa tuya que los extremos del madero encajen en lugar firme para que sostenga tu cuerpo. Pero si resbalarse perderá contigo.

—Gracias por tus palabras de aliento —contestó Bob—. Daos prisa. Me hundo centímetro a centímetro.

Júpiter se fue al otro lado, se tendió sobre el borde y extendió el madero.

—Lo bajo ahora —gritó a su amigo—. Ignoro si puedes verlo, pero no tardará en estar sobre tu cabeza.

Al fin resonó un grito de esperanza.

—¡Ahora lo veo! —exclamó Bob.

La primera alegría se tornó en desesperanza.

—¡No lo alcanzo! ¡Está demasiado alto!

—Espera —lo tranquilizó Júpiter—. Intento hallar el ángulo preciso donde ajustarlo.

Bajó el madero unos centímetros más.

—Lo haces bien, Jupe. Sigue, no te detengas.

Esperó el próximo movimiento de Júpiter, y le llegó un sonido ahogado.

—¡Vamos, Jupe! ¿Qué te ocurre?

—¡No… no puedo! ¡Empiezo a resbalar también!

—¡Oh, no! —gimió Pete.

Se alzó de un salto y corrió al lado opuesto. Los pies de Júpiter se clavaban desesperadamente en el resbaladizo terreno. Su cuerpo inclinado sobre el oscuro hoyo, se deslizaba perceptiblemente. La tierra cedía bajo su peso.

Pete se lanzó sobre las piernas de Júpiter, sujetándolo. Al fin consiguió cogerlo por el cinturón.

—Tranquilo, Jupe. Ya eres mío.

Y el recio muchacho recuperó el equilibrio.

—Gracias, Pete. Si logras sujetarme unos segundos más, podré…

El jubiloso grito de Bob cortó la frase.

—¡Lo conseguiste, Jupe!

—¡Estupendo! Pete y yo lo sujetamos. Pero es cosa tuya subirte sobre él. ¿Lo alcanzas?

Tras breve silencio, la víctima respondió:

—¡Lo tengo!

—Muy bien, Bob —dijo Júpiter—. Vamos, pues.

—¡Carámbanos! —gritó Bob.

Oyeron un crujido. El madero fue agitado.

—¡Ahí viene! —gritó Pete.

El madero se cimbreaba. Júpiter, medio colgado, lo sujetaba con todas sus fuerzas.

—Puede romperse —susurró a Pete—. Disponte a coger a Bob.

Notaron cómo éste respiraba con dificultad.

—Bueno —jadeó—. Yo estoy aquí. Ahora, ¿qué hago?

Pete se inclinó:

—¡Coge mi mano, Bob!

La mano de Bob salió disparada en la dirección salvadora. Durante un breve instante consiguió coger la de Pete. Luego el enlace se deshizo. Bob, desesperado, volvió a coger el madero.

—Es más difícil de sujetar que un cerdo engrasado, Jupe —se lamentó Pete—. ¿Quieres intentarlo tú?

Éste sacudió la cabeza negativamente.

—No lo haría mejor que tú. Tendremos que intentarlo entre los dos.

Bob los miró enojado desde abajo, mientras hacía equilibrios sobre el inseguro madero.

—¡Por todos los infiernos juntos! ¿Queréis dejaros de conciliábulos y sacarme de aquí? Estoy tan pesado por el lodo que apenas puedo mantenerme erguido. ¡Mis manos resbalan!

Los ojos de Jupe recorrieron el interior de la cueva.

—Necesitamos una cuerda —dijo— para enlazar su cuerpo.

—No hay cuerdas —murmuró Pete—. Y carecemos de tiempo. Sólo nos falla por unos centímetros. Tiene que haber algo…

Repentinamente las pupilas de Júpiter relampaguearon.

—¡Lo tengo!

Sus manos se fueron a la hebilla del cinturón. Velozmente se lo quitó. Pete contempló boquiabierto cómo formaba un lazo.

Jupe lo introdujo en el pozo.

—Hice un pequeño lazo en mi cinturón, Bob —dijo—. Déjalo pasar por tu mano. Tu peso lo ajustará.

Lo deslizó, sin prisas, y esperó notar que lo recogían desde el fondo.

—¡Lo tengo! —gritó Bob—. ¡Tira!

Júpiter suspiró aliviado. Pete se sonrió y cogió también el

extremo del cinturón. Juntos tiraron hacia arriba.

Algo oscuro, mojado y cubierto de fango emergió del pozo.

Capítulo 8

Retirada forzosa

La húmeda visión junto a ellos jadeaba pesadamente.

—Gracias, amigos.

—Fue idea de Jupe —reconoció Pete, que observó su propio cinturón—. Yo también llevo uno y jamás se me hubiera ocurrido emplearlo.

—Quizá se deba a que no eres hombre de peso como yo —se sonrió Jupe—. Por otra parte, mi cintura es de mayor envergadura que la tuya y, así, mi cinturón resulta ser más largo.

Bob se limpió el lodo de la cara.

—Hizo un buen servicio, Jupe. Nunca más volveré a reírme de tus kilos sobrantes. —Miró de reojo el pozo, apartando la vista con un estremecimiento—. Gracias a eso no sigo ahí dentro.

—Todo va bien cuando acaba bien —sentenció Pete—. Ahora, ¿qué hacemos?

—Volver a casa —decidió Jupe con firmeza—. Bob está mojado y precisa cambiarse de ropa. Lo siento, fue culpa mía por insistir en investigar la cueva sin llevar linternas.

—La idea era excelente —reconoció Bob—. Pero fui un atolondrado al internarme en la oscuridad de la cueva sin observar dónde pisaba.

Júpiter frunció el ceño.

—Me sorprende ese hoyo tan cerca de la entrada. Claro que sirve para persuadir a los curiosos.

—No si hacen las cosas a mí modo —contradijo Bob, sonriéndose débilmente—. Mi sistema retendría a muchos curiosos «dentro».

—¡Claro! —saltó Pete—. Tal vez sucedió eso al perro del señor Allen y a los otros que faltan. Si se cayeron en el pozo, terminaron tragados.

Júpiter movió la cabeza.

—Es una posibilidad. Pero buscábamos huellas antes de que Bob gritara ayuda, y no hallamos ninguna.

—¡Oh! —exclamó Pete—. ¿Es eso lo que hacíamos? —miró detrás de él—. Será mejor que salgamos de aquí en cuanto podamos. Este lugar me asusta.

Salieron presurosos.

Júpiter volvió a observar la cueva. Rocas gigantes destacaban en su interior.

—Me gustaría saber qué profundidad tiene —dijo pensativo—. Según la leyenda, fue refugio de contrabandistas y forajidos.

—¿Y qué? —preguntó Pete.

—Lo que de ella conocemos no se presta a ocultar cosas. Además de su amplitud, tiene acceso fácil.

—Es posible que haya pasadizos —dijo Bob—. A veces el agua erosiona y arrastra las piedras más blandas. Claro que eso precisa de millones de años. Pero esta zona pudo estar sumergida en el océano hace mucho tiempo. Y en tal caso habrá infinidad de túneles naturales.

—Probablemente —concedió Jupe—. Ahora no disponemos de tiempo para investigar eso. Lo haremos en otra ocasión.

—De acuerdo —aceptó Pete, entusiasmado—. Lo importante es poner punto final por hoy.

—Bien, ya está decidido —contestó Júpiter—. Sin embargo tenemos otro problema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete.

Júpiter señaló hacia el océano. Sus compañeros miraron hacia allí. ¡No era posible!

Algo oscuro y reluciente emergía del agua.

—No puedo distinguir qué es —susurró Bob.

—Es una cabeza pequeña y oscura… como la de un dragón —afirmó Pete, presa de temblores.

Una enorme ola se abatió sobre la oscura forma, cubriéndola.

Los muchachos, petrificados, observaban atentos.

La ola se rompió en la playa. Mientras el agua en remolinos

retrocedía, volvieron a ver la oscura visión.

Ésta, erguida, delgada, negra, brillante, con extremidades en forma de aletas, avanzaba lentamente hacia la playa.

—Es un buceador —exclamó Pete aliviado—. Lleva mascarilla y aletas. ¡Diablos! ¿Por qué nos hemos asustado? ¡Vámonos ya!

Cuando se giraban, Júpiter dijo suavemente:

—¡Alerta roja! Lleva fusil lanza arpones.

Pete se rió.

—¿Y qué? Es lógico si se halla de pesca.

Júpiter sacudió la cabeza.

—Se encamina hacia aquí.

De repente, el hombre de la mascarilla y traje negro se puso de rodillas y apuntó.

—¡Oh! ¡Mirad! —gritó Bob—. ¡Nos apunta!

—¿Por qué? —preguntó Pete—. ¿Por qué a nosotros?

Dio un respingo y su rostro palideció.

—¡Bob está en lo cierto! —se giró en redondo—. Sin duda alguna es a nosotros. No hay nadie más aquí.

Júpiter Jones calculó que el hombre se hallaba a menos de treinta metros de distancia. El arma, decididamente, apuntaba a ellos.

El Primer Investigador, dueño de una mente privilegiada, capaz de pensar a velocidad de relámpago, valoró la situación y frunció el ceño.

—¡Alerta roja! —gritó—. ¡Dispersaros y corred!

Corrieron hacia la escalera, empero a medida que se acercaban a ella comprendieron que era inútil. En su excitación habían olvidado que la escalera quedó destruida cuando descendieron por ella. Vieron el montón de maderos y barandas rotos. Detrás sobresalía el muro de la escollera, que se alzaba recto. ¡Imposible escalarlo!

Jupe miró hacia la próxima escalera. ¡Demasiado lejos! Necesitaban de un largo desplazamiento sobre la movediza arena que haría lenta la marcha. Y ellos serían fácil blanco en playa abierta.

Sin pensarlo, ordenó:

—¡Sólo nos queda una posibilidad! ¡Volvamos a la cueva!

Cambiaron de dirección y saltaron hacia la abertura de la caverna. Corrían desesperadamente, esperando que en cualquier

momento se oyera el agudo sonido de un disparo de arpón o sentir el duro y mortal acero en su carne. La arena volaba debajo de sus pies.

—¡Llegamos! —jadeó Júpiter—. ¡Cuerpo a tierra!

Se lanzaron de cabeza hacia la entrada de la cueva. Luego, a rastras, buscaron protección detrás de las rocas.

—¡Conseguido! —gruñó Pete—. ¿Y ahora qué?

—Nos ocultaremos —decidió Júpiter, luchando por recuperar el aliento—. Ahora hay que trazar un plan.

—Bueno, tal vez sea el momento adecuado para dar un vistazo a los otros pasadizos —propuso Bob.

Júpiter asintió, con las mejillas rosadas por la emoción.

—De acuerdo, Bob. Antes esperaremos a que él haga el próximo movimiento. Si viene hacia aquí, nuestra situación exigirá una solución de emergencia.

Pete miraba por encima del hombro de Jupe. Su voz resultó tensa.

—¡Tendremos que hacerlo, Jupe! ¡Ahí viene!

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. No tengo ganas de volver a aquel pozo.

Júpiter, de espaldas a la pared rocosa, dijo:

—¡Mirad!

En la pared había tablones que llegaban hasta el techo de la cueva.

—¡Castañas! —gritó Pete—. ¿Cómo no lo advertimos antes?

—La arena y el polvo casi lo ocultan —aclaró Júpiter.

Golpeó los tablones y obtuvo un sonido de hueco.

—Debe de ser un pasadizo secreto —empujó los maderos—. ¿Estaban lo suficiente sueltos para moverlos? Pete, comprueba si el buceador se encamina hacia aquí.

El Segundo Investigador se asomó, y, rápidamente, se ocultó de nuevo.

—Tenemos problema doble —anunció temblándole la voz—. ¡Ahora son dos hombres!

Júpiter frunció el ceño.

—¿Dos? En tal caso debemos trabajar aprisa. ¡Ayudadme!

Empujaron las tablas.

—¡Es inútil! —dijo Bob—. ¡Demasiado bien acopladas!

Júpiter sacudió la cabeza.

—Tiene que haber un medio —sus ojos brillaron de contento—. ¡Estúpido de mí!

Pateó la arena suelta debajo de los tablones.

—Será suficiente con remover la base. Así se aflojarán.

De rodillas, empezaron a cavar con las manos la arena. Un ancho tablón se movió.

—Eso es —dijo Júpiter—. Ahora bastará con desplazarlo.

Tras breve forcejeo consiguieron girarlo. Bob y Pete pasaron. Luego tocó el turno a Júpiter, que se esforzó en introducirse por la estrecha abertura.

—¡No puedo! —se quejó—. ¡Estoy demasiado gordo!

Bob y Pete se agacharon para quitar arena por el otro lado. El tablón cedió un poco más y Júpiter pudo pasar.

—Dejemos una pequeña ranura para ver —sugirió.

Volvieron a colocar el pesado tablón en su sitio, asegurándose de que no ajustara demasiado bien.

De rodillas, en la oscura oquedad, percibieron voces.

El primer buceador encendió una linterna.

—Hubiera jurado que los chavales corrieron hacia aquí, Harry. Fue una pena que aquella ola te arrastrara y yo tuviera que apartar mis ojos de ellos.

—Pronto averiguaremos quiénes son si están aquí —contestó el otro—. Si se fueron, podemos ponernos a trabajar.



Los Tres Investigadores contenían el aliento mientras el primer buceador paseaba su linterna por la cueva. Júpiter mantenía pegado el rostro a la ranura, Bob y Pete agachados sobre él, procuraron ver con un ojo a través de la misma ranura.

Los hombres de trajes negros se alejaron. La luz perdió intensidad y él sonido de sus pies calzados con aletas de nadador se hizo más débil.

La voz ronca del segundo nadador resonó cerca del hoyo.

—Fueron imaginaciones tuyas, Jack. No hay nadie aquí. Quizá se largaron por la otra escalera.

Captaron un postrer sonido amortiguado, y luego se hizo el silencio. Júpiter apartó su rostro del tablón. El polvo y la arena le hacían cosquillas en la nariz. Se preguntó si sus compañeros sufrirían los mismos síntomas. Un estornudo resultaría catastrófico.

—¡Nada de estornudos! —ordenó en voz baja—. Cubrios las narices.

Obedecieron la orden y esperaron nerviosos. La cueva permanecía en silencio y oscura. Finalmente, Júpiter se puso en pie.

—Se han ido —susurró—. Salgamos ahora que podemos.

Volvieron a quitar la arena y empujaron el tablón.

—Pasa tú antes, Jupe —murmuró Pete—. Si tú «pasas», Bob y yo lo haremos fácilmente.

Júpiter aceptó la sugerencia con una sonrisa.

Se deslizaron por la abertura y escucharon. La caverna apareció silenciosa. De nuevo colocaron el tablón en su sitio y echaron arena hasta afianzarlo.

Júpiter se puso en pie. El corazón le latía con violencia. Consultó su reloj.

—Han transcurrido más de tres horas —murmuró—. Hans nos aguarda.

Capítulo 9

Mensaje de un fantasma

—Bien, ¿qué opinas de todo lo sucedido?

La pregunta fue formulada una hora después del regreso en camión al Patio Salvaje. Bob se hallaba en su casa bajo la ducha y Pete y Júpiter permanecían solos en el Puesto de Mando.

Pete se encogió de hombros.

—Carezco de imaginación. Ignoro quiénes son los buceadores, excepto sus nombres: Harry y Jack. También ignoro por qué Harry, o Jack, nos apuntó con su arma. Tampoco sé por qué nos siguieron hasta la cueva, ni por dónde se marcharon. Pero mucho menos me imagino cómo salimos de allí y seguimos con vida.

Júpiter se pellizcó el labio y asintió con la cabeza.

—Añade a eso el incidente de la escalera que se desmoronó, y resultará obvio que tenemos un cúmulo de preguntas incontestadas antes de resolver el misterio del perro desaparecido.

—Se me ocurre algo que puede ayudar —dijo Pete.

—¿De veras? —Júpiter giró en redondo su silla, con ojos iluminados por el interés—. ¿Qué?

Pete señaló el teléfono del escritorio…

—Descuelga el auricular y llama al señor Ellen. Dile que hemos decidido no buscar su perro. Y que nosotros mismos hemos estado a punto de desaparecer. Dile que estamos dispuestos a olvidarlo todo.

Júpiter hizo caso omiso de semejante sugerencia.

—Nuestro primer problema consiste en saber quiénes eran los buceadores y qué hacían en la cueva.

Pete sacudió la cabeza.

—¿Por qué preocuparse por dos individuos tan duros? Nosotros

también estábamos allí, aunque sigo sin saber por qué.

—Buscábamos huellas del dragón —contestó Júpiter—. Y el «setter» irlandés del señor Allen.

—Y no hallamos nada, excepto aquel pozo —replicó Pete—. En realidad, lo encontró Bob.

—Te olvidas del pasadizo detrás de los tablones. Podría ser un túnel secreto, o uno de los escondites utilizados por delincuentes y contrabandistas.

—No alcanzo a comprender qué relación tiene eso con nosotros —contestó Pete—. Allí no estaba el perro del señor Allen.

Júpiter frunció el ceño.

—Nuestra obligación de investigadores es regresar y examinar con mayor detenimiento la cueva. ¿Estás de acuerdo?

Pete negó huraño:

—Por supuesto que no. Sin embargo, me sorprende que los dos buceadores no se cayeran de cabeza en el pozo. ¿No probará eso que conocen el camino?

—Es posible. De todos modos tenían una linterna —recordó Júpiter—. En cuanto al porqué de su visita, quizá cuando volvamos provistos de linternas descubramos…

El teléfono interrumpió a Júpiter.

Los dos amigos lo observaron sin decidirse a cogerlo.

Volvió a sonar.

—Bien, contesta —animó Pete.

Júpiter lo descolgó.

—Diga. ¿Diga?

Mantuvo el auricular cerca del micrófono, de modo que Pete oyera la conversación.

Les llegó un ruido ronco.

—¿Diga? —insistió.

No obtuvo resultado.

—Algún despistado que se equivoca de número —repuso Pete.

—No lo creo —denegó Júpiter—. ¡Escucha!

El extraño ruido se repitió. Semejaba ser el esfuerzo de una persona con dificultades de respiración.

Los sonidos se trocaron en voz estrangulada, como si su emisor estuviera en estado afónico.

—Aguarda —dijo.

Luego, como si realizase el más tremendo esfuerzo, continuó:

—¡Alejaros! ¡Alejaros!

Volvió a oírse la dificultad respiratoria.

—Alejarnos, ¿de qué? —preguntó Júpiter.

—¡De mi cue… cueva!

Nueva y larga búsqueda de aire y silencio.

—¿Por qué? —inquirió Júpiter—. ¿Quién es usted?

La voz sonó muy profunda.

—¡Los muertos… no… no hablan… en… broma!

Terribles ahogos, y silencio.

Júpiter colgó. Durante un momento, ambos adolescentes miraron el teléfono. Al fin, Pete se puso en pie de un salto.

—Acabo de recordar que comemos temprano hoy. Será mejor que regrese a mi casa.

Júpiter saltó también.

—Lo mismo digo. Tía Mathilda quiere que limpie el patio.

Rápidamente abandonaron el remolque. No habían tenido dificultad alguna en comprender lo que la voz fantasmal les dijera. El mensaje era muy sencillo:

«¡Alejaos de mi cueva!».

«¡Los muertos no hablan en broma!».

El señor Allen les habló de un dragón en la cueva, empero no mencionó ningún muerto o fantasma.

Capítulo 10

La muerte de Seaside

Bob llegó a la biblioteca de Rocky Beach, donde trabajaba algunas horas al día.

La señorita Bennet, la bibliotecaria, le recibió con una sonrisa.

—Hola, Bob. Me alegro muchísimo de verte. Hoy es uno de esos días agobiantes. Demasiados lectores, y demasiados libros que ordenar en los estantes. ¿Quieres encargarte de ese trabajo?

—No faltaría más.

Cogió un gran montón de libros y los ordenó uno tras otro. Luego se dirigió a las mesas de la sala de lectura, y recogió los allí abandonados. Uno tenía por título «Leyendas de California». Hojeó indiferente sus páginas, hasta leer «Seaside, el sueño de una ciudad que murió».

—Vaya —se dijo—. Eso podría resultar interesante.

Lo apartó pensativo. Fue un afortunado hallazgo. Deseoso de su lectura, se dio prisa en ordenar todos los libros esparcidos.

Terminado este trabajo, la señorita Bennet le encomendó la reparación de algunas encuadernaciones estropeadas. Se llevó los volúmenes afectados al almacén y aseguró las tapas con cinta adhesiva. Poco después decía:

—Todo en orden, señorita Bennet. Deseo hacer unas comprobaciones, si usted no me necesita.

La señorita Bennet accedió con un movimiento de cabeza, y Bob se precipitó a la mesa de lectura. No sabía mucho de Seaside. Lo mismo ocurría a Júpiter y Pete: ninguno de ellos había oído hablar de una ciudad «que moría».

Abrió el libro por el capítulo relacionado con Seaside. Empezaba

así:

> «Hay ciudades perseguidas por la mala fortuna, como sucede a las personas. Los sueños de Seaside, una comunidad de esparcimiento, se convirtieron en humo hace cincuenta años».
>
> «La brillante y bulliciosa ciudad planeada por unos hombres que invirtieron gran parte de sus fortunas, nunca llegó a ser una realidad. Los canales construidos a imitación de Venecia, fueron cegados para dar asiento a las fábricas. Los elegantes hoteles fueron cerrados, o bien demolidos para facilitar masivas construcciones de norte a sur».
>
> «Quizás el más amargo desconsuelo de Seaside fuera el fracaso de su ferrocarril subterráneo, el primero de la Costa Oeste. Los inversionistas, y también el público en general, recibieron con frialdad los proyectos de un rápido sistema de comunicación entre la Costa de Seaside y la zona comercial, u otras comunidades cercanas. Así, la red subterránea no fue completada, y sus escasos kilómetros de túnel permanecen tapiados con tablones, y olvidados. Así nació el caro fantasma de una ciudad que murió antes de crecer».

—¡Repámpanos! —musitó Bob.

La ciudad de Seaside significaba mucho para él, ahora. Hacía más de cincuenta años que había muerto. De no haberse encontrado accidentalmente el libro, probablemente nunca hubiera sabido la historia del lugar visitado.

Tomó notas de los principales pasajes acerca de Seaside y apartó el libro. Luego se sentó pensativo. Tenía mucho que contar a Júpiter, pero lo haría después de la cena. Ya se acercaba la hora y sentíase hambriento.

Se despidió de la señorita Bennet y pedaleó hasta su hogar. Su madre disponía la cena y su padre leía el periódico, mientras fumaba su pipa. Éste saludó a Bob con una sonrisa.

—Hola, hijo. Según me entero volviste a casa con suficiente barro para poner a prueba nuestra lavadora automática.

—Cierto, papá. Caí dentro de un pozo. Al principio temí que se tratara de arenas movedizas, pero resultó ser barro y agua.

—No hay arenas movedizas en esta zona, que yo sepa.

—No en Rocky Beach, papá. Fue en Seaside. Investigamos un caso que nos llevó allá, y quisimos reconocer una de las cuevas.

Su padre asintió.

—La mayoría de cavernas de Haggity Point fueron refugio de bandidos y de contrabandistas, y, antes, de piratas.

—Eso tengo entendido. Precisamente he hallado un libro en la biblioteca sobre Seaside, la ciudad que murió antes de formarse. ¿Lo sabías?

Su padre, periodista, era un archivo de conocimientos. Volvió a asentir.

—Muchísimas personas perdieron hasta la camisa cuando se proyectó esa ciudad. El gran incendio del parque de atracciones fue causa de su muerte.

—Sin embargo, yo la encontré aceptable —comentó Bob—. Es tan grande como Rocky Beach.

El señor Andrews se sonrió.

—Desde entonces han tenido cincuenta años para reconstruirla. Ahora es una ciudad bulliciosa y próspera. Pero no lo que se intentó que fuese: un gran centro de esparcimiento. Hoy es sólo un lugar más, donde vivir y ganar dinero.

—Leí que habían iniciado la construcción de un «metro», pero nunca consiguieron terminarlo.

El señor Andrews se inclinó hacia delante.

—Esa suspensión costó la vida a uno de los primeros accionistas del proyecto. Se suicidó después de arruinarse. —Frunció el ceño y aspiró de su pipa—. No recuerdo su nombre, empero fue un gran soñador. Si otros capitalistas hubiesen compartido su convicción y entusiasmo, Seaside habría sido lo que él soñó.

Les interrumpió la voz clara y firme de la señora Andrews.

—La comida está servida.

Bob siguió a su padre hasta la mesa. Tenía mucho que decir a Júpiter.

* * *

—Debemos olvidar todo lo relacionado con la búsqueda, del perro desaparecido del señor Allen —decía Pete—. Para él será su

favorito, pero yo lo veo como un auténtico dragón y dos buceadores armados con fusil submarino, enemigos de los chicos. Eso sin mencionar el pozo lleno de fango que absorbe a sus presas, y la escalera que se derrumba cuando uno desciende por ella, o el desconocido que habló por teléfono invitándonos a huir de la cueva. ¡Buen consejo dado por un difunto!

Los ojos de Bob se agrandaron.

—¿De qué hablas?

Una hora después de la cena los chicos se habían reunido en el Puesto de Mando.

—Después de irte a tu casa —informó Júpiter—, recibimos una misteriosa llamada.

Repitió el mensaje palabra por palabra.

—Eso me suena a tomadura de pelo —dijo Bob, que, no obstante, se humedeció los labios—. Alguien trata de persuadirnos para que no volvamos a la cueva.

El rostro de Jupe mostraba su peculiar terquedad.

—Nada prueba la existencia del dragón. ¡Propongo que regresemos esta noche a dar un vistazo!

—¡Votemos! —gritó Pete—. ¡Voto por el abandono del caso! Gritad conmigo: ¡Sí! ¡Sí!

—«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!» —repitió agudamente «Barbanegra», el pájaro mina cuya jaula colgaba cerca del escritorio del Puesto de Mando.

—¡Tú te callas! —saltó Pete—. Tú no eres miembro del club. Sólo te permitimos vivir aquí.

—«¡Los muertos no bromean!» —repitió «Barbanegra», que se rió.

Bob se volvió a Júpiter.

—¿No oirías a este… a «Barbanegra»?

Júpiter sacudió la cabeza.

—No, Bob. Procedía de alguien que parecía tener dificultad de respiración. Si lo hizo deliberadamente para crear el efecto de un hombre agonizante, e incluso de un fantasma, lo consiguió. Realmente atemorizaba, ¿verdad, Pete?

Éste se encogió de hombros.

—No más que otra de las muchas cosas que nos han sucedido hasta ahora —se echó atrás el pelo—. Si aún no tengo canas, quizá me salgan mañana.

Júpiter se sonrió.

—No estás más asustado que nosotros, Pete. Simplemente lo finges.

—¿Quieres apostar? —propuso Pete.

Júpiter descolgó el teléfono.

—Cuando Worthington venga a recogernos en el «Rolls-Royce» querrás acompañarnos.

Transcurrida una hora, Pete miró por la ventana del lujoso «Rolls-Royce», de suave y equilibrado movimiento y reluciente exterior con adornos dorados. Avanzaba casi silencioso a lo largo de la autopista de la Costa del Pacífico hacía Seaside. Worthington, el alto y cortés chófer inglés, al volante, conducía con su destreza habitual.

—A veces he deseado que no hubieras ganado el concurso que puso a nuestra disposición este coche, Jupe —se lamentó Pete—. ¡En cuántos jaleos nos has metido desde entonces!

—De cuántos nos «saca» querrás decir —terció Bob—. Cuando finalizó el período de treinta días, no parecías muy feliz si mal no recuerdo.

Un joven inglés, agradecido por la ayuda que le prestaran, concertó una operación financiera para que ellos pudieran continuar usando el automóvil. Así, los Tres Investigadores disfrutaban de un derecho sin límites sobre el «Rolls-Royce», servido al volante por Worthington.

Pete se apoyó contra la tapicería de pie y se sonrió.

—Reconozco sus ventajas sobre el camión, o nuestras piernas.

Júpiter se inclinó sobre el hombro del coger.

—Deténgase, Worthington, y espérenos aquí.

—A la orden, «master» Jones —replicó el hombre.

El «Rolls-Royce», con sus enormes faros antiguos reluciendo en la noche, se estacionó a un lado de la carretera.

Los chicos salieron en tropel. Júpiter retiró el equipo del automóvil.

—Linternas, cámara fotográfica, una grabadora —dijo—. Así estaremos preparados para cualquier emergencia y podremos recoger pruebas documentadas.

Entregó a Bob la grabadora.

—Registra cualquier sonido de dragones, Bob, o de fantasmas

con dificultades respiratorias o de dicción.

Pete cogió una de las tres potentes linternas. Jupe colgó un rollo de cuerda sobre su hombro.

—¿Para qué sirve la cuerda? —preguntó Pete.

—Siempre resulta conveniente —dijo Júpiter—. Hay treinta y cinco metros de nilón ligero. Nos servirá si las otras escaleras están impracticables y tenemos que descender la escalera por nuestros propios medios.

Caminaron por la quieta y oscura calle hacia la escalera elegida para el descenso.

Se detuvieron junto al borde de la escollera y miraron abajo. La playa aparecía desierta. La luna creciente lanzaba un mortecino resplandor a través de ligeras nubes. El suave susurro de las olas que lamían la playa era periódicamente ahogado por el ruido de las que se alzaban oscuras y amenazadoras más allá.

Pete se humedeció los labios, nervioso, se cogió al pasamanos de la vieja escalera y se quedó inmóvil un momento, a la escucha. Bob y Jupe lo imitaron.

Sólo percibieron el sordo bramido en los rompientes y el latido de sus corazones.

—Bien, buena suerte para todos —deseó Pete.

Al empezar el descenso tuvieron la sensación de que el bramido del mar se incrementaba como gritándoles funestos presagios.

Capítulo 11

Noche angustiosa

En la oscuridad de las escaleras el salado aire nocturno azotaba sus rostros. El farallón de la escollera se proyectaba sobre el océano, lanzando tenebrosas sombras sobre la arena iluminada por el astro selenita.

La escalera soportó el peso. Los últimos peldaños los salvaron confiados, saltando a la arena con suspiros de alivio.

Júpiter alzó la vista. Luces aisladas ardían en las casas, a lo largo del risco.

Corrieron por la húmeda arena, y al aproximarse a la entrada de la cueva, se detuvieron, escuchando. No advirtieron ningún movimiento dentro o fuera. Jupe volvió a mirar hacia arriba. La escollera se alzaba pétrea, pero no vio su cima. Se estremeció al intuir que eso era importante, si bien ignoraba por qué.

Al fin dijo:

—Camino despejado.

Se deslizaron rápidamente al interior. El jefe se detuvo a escuchar. Pete lo miró intrigado. Jupe se comportaba como si estuvieran bajo una amenaza.

—¿Por qué tanto cuento? —murmuró Pete.

—Detesto las imprudencias —contestó Jupe.

Pete enfocó su linterna hacia las paredes de la cueva, y la bajó hasta el piso delante de ellos. Contuvo el aliento, sorprendido.

—¿Veis lo que yo? —preguntó—. La cueva termina aquí mismo, exactamente detrás del pozo. ¿Por dónde se fueron los buceadores?

Júpiter avanzó lentamente.

—La cueva es más pequeña de lo que yo esperaba —dijo

pensativo—. Y eso es una gran pregunta, Pete. ¿Por dónde pudieron desaparecer?

Palparon los muros.

—Sólido —habló Pete—. ¡Resulta fantástico!

—¿A qué te refieres, Pete? —inquirió Bob.

—¿No lo comprendes? —respondió el Segundo Investigador—. ¿No observas cuan reducida es la cueva? Y el pozo también es pequeño. En una palabra, aquí no encaja el dragón.

Jupe terció en la conversación.

—El señor Allen vio entrar un dragón en esta cueva, procedente del mar —observó el pozo—. Los buceadores no pudieron evaporarse. Hemos de suponer que hay otra cueva cuya entrada está por aquí. Tiene que haber otros pasadizos mayores.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. Acabo de recordar algo.

Rápidamente explicó a sus compañeros lo leído en la biblioteca y lo dicho por su padre.

Los ojos de Júpiter se tornaron pensativos.

—¿Túnel, dices?

Bob asintió.

—Se construyó para el primer ferrocarril subterráneo de la Costa Oeste. Nunca se terminó, pero sí una parte. Es algo así como una carretera fantasma.

—Muy interesante, Bob —convino Júpiter—. Pero ese túnel podría hallarse a kilómetros de distancia. Ignoramos si llega, o se inició aquí.

Bob se desanimó.

—Temo estés en lo cierto, Jupe.

—No obstante lo buscaremos —decidió el jefe—. Claro que un mapa nos ayudaría a encontrarlo. Seguramente podremos conseguirlo en la oficina de Proyectos de la Ciudad de Seaside.

—¿Al cabo de cincuenta años? —se rió Pete—. Quien lo confeccionase debió fallecer hace mucho tiempo. Y aun cuando se conservase algún ejemplar, se hallará sepultado bajo montones de papeles viejos y polvo.

Júpiter asintió.

—Puede que sí, Pete. Ahora bien, ya que estamos aquí, y a la vez que investigamos, nada nos cuesta buscar el túnel. Quizás el pasillo que descubrimos detrás de los tablones resulte ser una buena

pista.

Sus ayudantes aceptaron la idea y lo siguieron al lugar referido. Jupe apartó algo de arena, dejando al descubierto una gran tabla. Mientras lo hacía, Bob observó que los ojos del jefe brillaban de entusiasmo.

—¿Qué ocurre, Jupe?

La respuesta no se hizo esperar.

—No estoy seguro; empero yo diría que es madera chapeada.

—¿Chapeada? —repitió Bob.

—Eso creo —contestó Júpiter palpando la tabla—. Ya veremos si guarda alguna relación con el misterio. De todos modos, sigamos apartando arena para sacar esas tablas.

Al fin movieron una pieza y consiguieron una estrecha abertura. Se deslizaron al interior y de nuevo taparon el paso. Sus linternas iluminaron el lugar.

Era una cueva reducida y estrecha, de bajo techo, con espacio justo para permanecer en pie sin agacharse. Había humedad y se deslizaba en brusca pendiente hasta un rellano de roca.

—Otra ratonera sin salida —musitó Pete—. No conduce a ninguna parte.

Júpiter se encogió de hombros.

—De todos modos resulta un escondite ideal para contrabandistas y piratas. Imagino debió ser utilizado con mucha frecuencia. Las tablas atestiguan que intentaron mantenerlo secreto.

Bob enfocó el piso de la cueva.

—¿Piratas, eh? Quizá dejaron olvidados unos cuantos doblones de oro.

Pete y él, a gatas, palparon cuidadosamente la fina película de polvo en busca del tesoro.

Pete fue el primero en renunciar.

—Nada —dijo decepcionado—. Si alguna vez moraron aquí, se aseguraron de recogerlo todo antes de irse.

Bob continuó su búsqueda hasta un extremo de la caverna.

—Quizá barrieron hacia este rincón —murmuró.

Júpiter enfocó su linterna hacia la parte superior de las tablas, rascó suciedad y arena, y, de repente, oyó el grito de Bob.

—¿Qué sucede, Bob? —preguntó.

La respuesta fue un ruido sordo. Júpiter se giró.

El Tercer Investigador había desaparecido.

—¡Bob!

El jefe caminó hacia el ángulo de la galería y se detuvo atónito.

—¿Qué pasa? —inquinó Pete.

Su compañero señaló el muro por donde desapareciera Bob.

—Hace un segundo estaba aquí. ¿No lo viste? Y parece como si la pared se lo hubiera tragado.

—¿Qué? —Pete saltó hacia el muro—. No comprendo —murmuró examinando el piso—. No hay ningún pozo.

Al agacharse para examinar de nuevo el piso, captó un nuevo ruido sordo. Sus ojos se agrandaron. Inconscientemente apretó con fuerza su linterna. Miró a Júpiter y se sorprendió al verlo sonreír.

—Correcto —dijo Júpiter—. Ya regresa.

Pete se volvió a tiempo para ver el movimiento de la pared. Una pequeña sección giraba. Bob apareció de rodillas.

—¿Qué pasó? —exclamó Bob—. ¡Repámpanos! ¡Es un panel giratorio! Me apoyé y, ¡pam!, se abrió.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó. Jupe.

La mandíbula de Bob se contrajo.

—No tuve oportunidad de observarlo, Jupe. Sucedió demasiado aprisa. Veamos si podemos abrirlo otra vez.

Se acuclilló junto a la pared. Al principio no sucedió nada. Se encogió de hombros.

De repente oyeron un ruido y la roca se giró empujando al muchacho.

—¡Desaparezco! —gritó—. ¡Aprovechad ahora que está abierta!

Pete y Jupe lo siguieron.

—¡Tomate! —exclamó Pete—. ¡Esto sí que es bueno!

Esta cueva resultó ser ancha y de alto trecho. Se extendía hasta donde alcanzaban sus linternas, penetrando tierra adentro paralela a la primera cavidad.

Los Tres Investigadores se pusieron en pie.

Un nuevo ruido les obligó a volverse. Pero fue demasiado tarde. La roca había cerrado la entrada.

—¡Oh! —musitó Pete—. ¡La hicimos!

—A Bob le sucedió lo mismo. Sin duda podremos manipularla cuando lo deseemos —explicó Jupe—. Probablemente sea un sistema de contrapeso. Olvidémoslo de momento mientras

inspeccionamos este lugar.

Bob alzó la vista hacia el techo en forma de bóveda.

—¡Caramba! —exclamó aturdido—. Fíjate en su tamaño, Jupe. Podría tratarse del túnel.

Júpiter asintió.

—Posible, Bob. Pero las paredes y techos son toscos, de roca y sin pulir, como las de cualquier cueva. El túnel del cual nos hablaste, se hallaba terminado. Posiblemente con paredes de obra y pavimento.

»No, esto parece una gran cueva natural. Bien, sigamos este curso debajo de la escollera, quizá nos lleve al viejo túnel.

—Una cosa me gusta —dijo Pete—. No se comunica con la otra cueva. Esto significa impedimento de paso para dragones.

—Y también que tenemos suerte —le sonrió Júpiter—. De todos modos, es lo suficiente grande para contener un dragón u otro animal gigante.

—Gracias por recordármelo —musitó Pete—. Casi me sentí seguro durante medio segundo.

El piso de la cueva, liso y nivelado, les permitió avanzar sin riesgo. Al fin se detuvieron.

El pasillo terminaba en una pared vertical y gris.

—Final de camino —dijo Pete.

Júpiter se pellizcó el labio inferior.

—¿Qué te parece, Jupe? —preguntó Bob.

—Este muro tiene algo anormal.

Bob y Pete enfocaron las linternas.

—Lo veo como un simple muro —opinó Bob—. Naturalmente, me siento tan desconcertado como tú. Me gustaría…

Jupe, con los ojos entrecerrados, no le prestaba atención. De repente, golpeó con los nudillos en la pared.

—Suena raro, Jupe —dijo Bob.

El Primer Investigador frunció el ceño, retrocedió hasta la pared de la cueva y repitió los golpes.

—Existe una diferencia —exclamó—. Pero no sé explicarla.

—Vamos, Jupe —insistió Pete—. Si no eres capaz de ver que es una pared, quiere decir que lo es. Salgamos de aquí. Siento frío.

El rostro de Júpiter se iluminó.

—¡Eso es! —gritó—. Frío. La pared no está fría. Pero los lados

de la cueva sí. Comprobad vosotros mismos la diferencia.

Bob y Pete se apresuraron a hacerlo.

—Tienes razón —admitió Pete—. No es tan fría como los lados de la cueva. Pero ¿qué prueba eso? Quizás estemos debajo de alguna de las casas que siguen al borde de la escollera. Si el calor baja de ellas, calentará la pared.

—La temperatura sube en algunos puntos, Pete —anunció el Primer Investigador.

—¿Y si hay otra bolsa o pasaje en el interior? —aventuró Bob—. Esto también provocaría calor.

Júpiter movió negativamente la cabeza, y sus cejas formaron la terca línea tan conocida de sus amigos cuando no coincidían en sus opiniones.

Se sacó una navaja del bolsillo y empezó a rascar la tosca pared.

Pete se rió.

—Conseguirás embotar el filo de la hoja y no cortar la roca. Te iría mejor un cartucho de dinamita.

Júpiter se desentendió de las ironías de Pete y continuó su tarea. Examinó la hoja de la navaja y halló partículas grises pegadas a ella.

Se volvió a sus compañeros. Su boca se abrió en triunfante sonrisa. Pero al mirar por encima de ellos, la sonrisa se desvaneció.

—¡La cueva! —exclamó roncamente—. ¡Se está abriendo detrás de nosotros!

Sus compañeros se giraron incrédulos. No habrían observado abertura alguna antes. ¿Cómo podía ser que se abriera ahora?

Con pupilas expectantes contemplaron lo que parecía imposible. La cueva seguía abriéndose lentamente. Sintieron penetrar la brisa.

Permanecieron callados, con los corazones latiéndoles desacompasadamente, mientras la abertura se agrandaba. A través de ella vieron la arena y, más allá, la oscura línea del océano.

Júpiter consiguió hablar.

—¡De prisa! ¡Regresemos a la cueva pequeña!

Los Tres Investigadores corrieron hacia la pequeña roca que antes se abriera para ellos.

Bob, frenético, la presionó con ambas manos. La golpeó con el hombro. Luego miró a sus compañeros, temblorosa la voz.

—Olvidé… olvidé cómo lo conseguí antes. ¡No puedo abrir!

—¡Imposible! —gruñó Júpiter—. Tiene que ser un sencillo sistema de balanceo. Busquemos su punto exacto.

Se unió a Pete y presionó la resistente roca, mientras Bob continuaba su propia investigación por donde lo consiguiera antes.

De repente, la luz inundó la caverna. Se sintieron helados. La abertura se ampliaba. Algo se movía cerca de ellos. ¡Algo enorme y oscuro procedente del mar!

Pete sujetó el hombro de Júpiter.

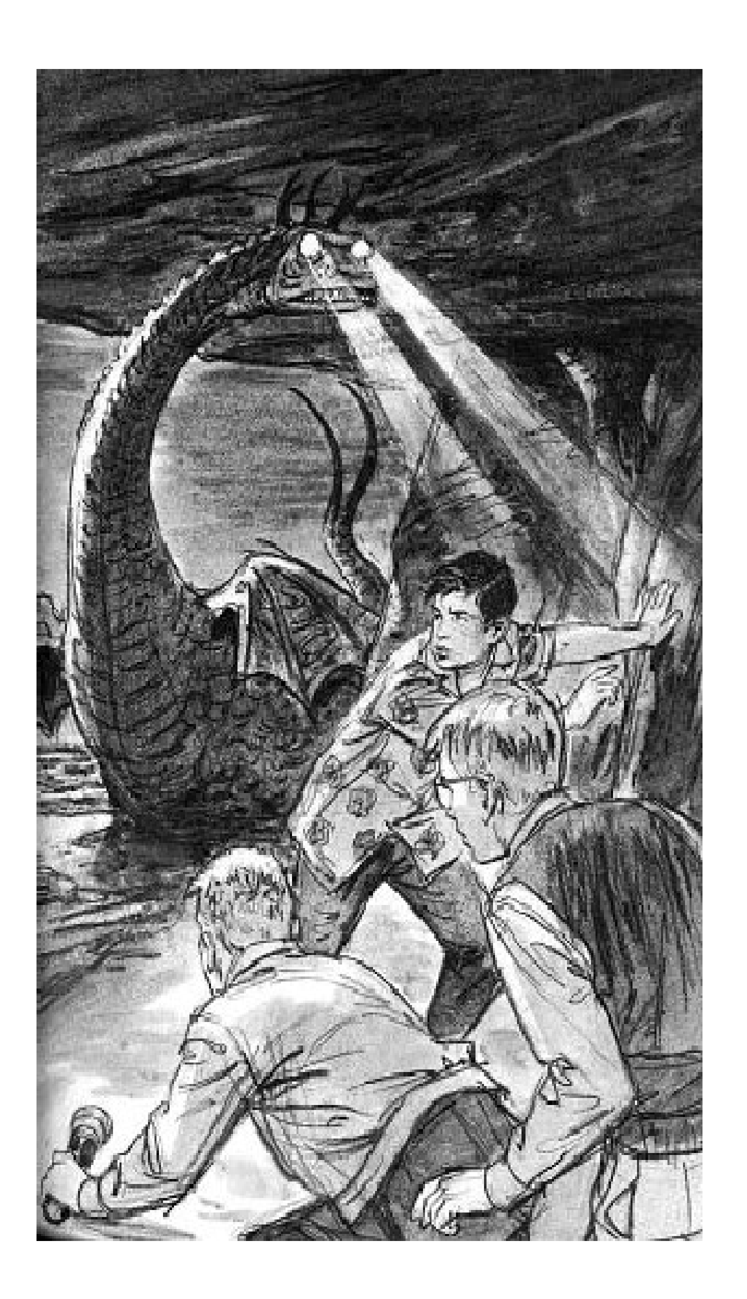
—¿Veo visiones? —consiguió pronunciar.

Júpiter, anonadado, movió la cabeza. Su boca estaba seca y sus ojos parpadearon.

—No… —dijo gravemente—. No… es un dragón, exactamente.

La monstruosa forma serpenteante se acercó más, y pudieron apreciar el brillo de su oscura piel mojada. La cabeza, pequeña y triangular, emergía altiva sobre su cuello cimbreante y curvado. Sus ojos amarillos, fijos en la cueva cual focos gemelos, parecían taladrar la oscuridad. En su avance producía un raro zumbido.

No tardó en hallarse lo bastante cerca para bloquear la entrada. Bajó la cabeza y mostró a los chicos su larga lengua en forma de horquilla que entraba y salía, como si degustara por anticipado el sabor de ellos. Su zumbido semejaba un suspiro de añoranza. Desesperados, redoblaron sus esfuerzos para escapar de la cueva.



—¡«A… a… aag»!

El monstruo entró en la gruta. Los Tres Investigadores percibieron su bronca respiración.

De espaldas, presionaban desesperados la roca. El pavoroso dragón se irguió majestuoso ante ellos. Balanceó el largo cuello curvado y agachó la oscura cabeza con enormes ojos inmóviles.

Al abrir sus grandes mandíbulas, observaron sus dientes, increíblemente largos y resplandecientes. Volvió a respirar ronco, tosió y se detuvo.

Júpiter había leído que el tigre de la jungla tose cuando se dispone a saltar sobre su presa. Nunca prestó demasiada atención a ese detalle. Al recordarlo, se estremeció.

Miró fijamente la oscura cabeza del monstruo. Éste se balanceaba hacia delante y hacia atrás de modo hipnótico. Luego, repentinamente, se inclinó sobre ellos. Júpiter sé apretó contra sus compañeros buscando sus manos nerviosas el resorte de abertura de la tozuda y desobediente roca.

Las mandíbulas del monstruo se acercaron tanto, que aterrados, sintieron su ardiente respiración.

Al fin la roca se movió con un temblor. Júpiter se giró y vio caer a Bob. Pete, sentado, se hallaba paralizado por la visión de la bestia. Júpiter lo sacudió y lo empujó detrás de Bob. Luego, conteniendo el aliento se introdujo por la estrecha abertura.

La roca hizo su acostumbrado ruido sordo, y los chicos suspiraron aliviados.

Oyeron el ahogado y furioso rugido del dragón. Después tembló la roca como si la pesada garra de la bestia se hubiera apoyado en ella por el otro lado.

Capítulo 12

La tenaza del pánico

—¡Nos persigue! —gritó Pete.

El ensordecedor ruido creció. La roca tembló de nuevo, al ser golpeada. Arena y pequeñas piedras se desprendieron del techo. El aire se enrareció debido al polvo seco.

—¡Un alud! —gritó Pete.

—¡Estamos cogidos! —musitó Bob—. ¡Nos ahogaremos!

Júpiter recordó cuanto les dijeran sobre un posible peligro de corrimiento de tierras y ser enterrados vivos. Arthur Shelby no había bromeado.

Cayeron más rocas. Los golpes y rugidos se sucedían crecientes. Jupe sacudió su cabeza, intentando desembarazarse.

Asustado, comprobó que sus ojos estaban fijos en los tablones de la cueva. ¡Naturalmente! Resulta increíble cómo el miedo perturba la razón.

—¡Los maderos! —gritó—. Salgamos por el mismo lugar que entramos.

Los tres asustados investigadores se precipitaron hacia las tablas. Jupe y Bob se agacharon para apartar arena. Pete, en pie, golpeó el grueso madero, intentando moverlo. Momentos después, les pareció una eternidad, el paso quedó abierto. Lo traspusieron.

Volvieron a equilibrar el tablón y precipitadamente echaron arena para afianzarlo. Se miraron, jadeantes.

—Ahora corramos con todas nuestras fuerzas —ordenó Júpiter.

Pese a que no tenía la intención de ser el primero en salir de la cueva, sus piernas decidieron por él y no tardó en sentir la crujiente movilidad de la arena en la playa.

Detrás iba Pete, el atleta, y quien más corría. Bob cerraba la marcha. En circunstancias normales ambos hubieran adelantado a Júpiter.

Su linternas formaban erráticos puntos luminosos mientras corrían. Pasaron por delante de la escalera rota, y presto se hallaron ante los peldaños de la segunda, que escalaron hasta lo alto del risco.

Worthington los esperaba, y también el potente «Rolls-Royce» que los conduciría a la seguridad. Detrás quedaba la rugiente fiera emergida del mar que, furioso, los buscaba.

Se detuvieron en la cumbre, jadeantes, a recuperar aliento. Sorprendidos, comprobaron que el dragón no les perseguía.

Delante vieron las parpadeantes luces de Los Ángeles. Y estacionado muy cerca, el coche con Worthington al volante.

Corrieron de nuevo hasta el bello automóvil cuyos adornos brillaban a la luz de la luna. Abrieron la puerta y se precipitaron en su interior.

—¡Worthington! —jadeó Júpiter—. ¡A casa!

—En seguida, «master» Jones —contestó el chófer.

El enorme automóvil ronroneó suavemente. Adquirió velocidad y no tardó en hallarse en la autopista de la Costa del Pacífico.

—Ignoraba que corrieras tanto, como te he visto, Jupe —comentó Pete.

—Y yo —replicó el jefe con las mejillas hinchadas—. Quizá… sea porque… porque nunca vi… un dragón.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob, recostado cómodamente en el asiento tapizado de piel—. ¡Jamás me alegró tanto disponer de este coche!

—Te creo —afirmó—. Pero ¿qué pensáis de ese dragón después de haber decidido que no podía existir?

—¡Me niego a recordarlo! —protestó Júpiter, respirando con dificultad.

—Bueno, si estableces conclusiones, no me las digas —rogó Pete —. Bastante me costará olvidar cuanto he visto esta noche.

—¿Cómo explicarlo? —intervino Bob—. Según todos los textos que he leído, los dragones se extinguieron. ¡Ya no existen!

Júpiter sacudió la cabeza.

—No lo sé —frunció el ceño y se pellizcó el labio inferior—. La

respuesta obvia sería que no lo hemos visto. Si no existen, resulta imposible que lo hayamos visto.

—¿Bromeas? —preguntó Pete—. Si nuestros ojos no han contemplado uno, ¿qué era aquella cosa que penetró en la cueva y nos lanzó lenguas de fuego?

—Seguro que era un dragón —afirmó Bob.

Worthington ladeó la cabeza.

—Les ruego me disculpen, jóvenes caballeros, pero no pude evitar oír su conversación. ¿Les he entendido correctamente, o sea, han visto un dragón esta noche?

—Sin la menor duda, Worthington —contestó Pete—. Surgió del mar y se encaminó directamente a una cueva que nosotros investigábamos. ¿Ha visto usted alguna vez uno?

El chófer negó.

—Ciertamente nunca he sido tan afortunado. En Escocia existe algo igualmente escalofriante, pero sólo contadas personas tuvieron el privilegio de verlo. Se trata de una enorme serpiente de mar. La llaman el monstruo de Loch Ness, y cuentan que aún se aparece de vez en cuando.

—¿La llegó usted a ver alguna vez, Worthington? —preguntó Jupe.

—No, «master» Jones, pese a que de niño estuve allí. Para mí ha constituido la más grande desilusión de mi vida no haber visto el monstruo de Loch Ness. Dicen que mide unos treinta metros de largo.

—¡Hum! —Júpiter meditó—. ¿Tampoco ha visto un dragón?

—De verdad, no —contestó sonriente—, pero sí esos que desfilan en los grandes festejos.

—¿Grandes festejos? —inquirió Bob.

El chófer asintió:

—Me refiero a la cabalgata anual de Nueva York, parecida a la que ustedes celebran aquí, en Pasadena, con sus carrozas de flores.

—Pero lo que vimos hace un momento, no estaba hecho de flores —saltó Pete—. ¿Verdad, Jupe?

—Bueno —contestó el Primer Investigador—. Definitivamente no estaba hecho de flores. Era todo un señor dragón. —Vaciló—. Por lo menos estuvimos de acuerdo en que «parecía» uno de verdad.

—Celebro que estéis de acuerdo, aunque sólo sea por una vez —

dijo Pete.

Júpiter lo miró de reojo. Se apretaba el labio inferior con el pulgar y el índice, signo inequívoco de hallarse sumido en profunda meditación. No contestó.

* * *

El «Rolls-Royce» llegó al Patio Salvaje de los Jones. Júpiter agradeció a Worthington el viaje.

—Soy yo el agradecido, «master» Jones —dijo Worthington—. Fue un placer para mí, después de llevar opulentas y maduras señoras y comerciantes afortunados. Antes de marcharme espero no le importará responder a una pregunta que me tiene intrigado acerca del dragón.

—Con mucho gusto. Hágala.

—Bien, señor. Parece ser que usted ha tenido el privilegio de contemplar un dragón verdadero y vivo, de carne y hueso. ¿Lo vio de muy cerca?

—¡Demasiado cerca! —intervino Pete—. ¡Estuvo casi encima de nosotros!

—En tal caso —insistió con su habitual cortesía Worthington—, no dudo que mis jóvenes caballeros lo observarían con detenimiento. ¿Es cierto, según la leyenda, que ese monstruo arroja fuego?

Júpiter sacudió la cabeza.

—No. En todo caso era humo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué lástima! Me hubiera complacido saber que gozaron de una visión completa.

Pete reaccionó casi intemperante:

—¡Nosotros tuvimos más que suficiente! ¡Nunca lo olvidaré! Sólo hablar de ellos me pone la carne de gallina.

El chófer hizo una leve inclinación, y el coche se alejó. Júpiter penetró con sus compañeros en el patio. Tío Titus y tía Mathilda ya se habían acostado. Vivían en una casita aneja al patio.

Júpiter se encaró a sus amigos.

—Quizá no os guste, pero tendremos que regresar a la cueva, con dragón o sin dragón.

—¿Qué? —aulló Pete—. ¿Ignoras acaso la suerte que hemos

tenido de regresar vivos?

Jupe mostró sus manos vacías.

—Mi linterna sigue en mi cinturón, como las vuestras. Pero con el pánico olvidamos todo el equipo en la cueva. La máquina de fotografiar, la grabadora, la cuerda. Eso justifica un regreso allí.

—Sí, claro —accedió Pete—, quizá sea un motivo, aunque no muy convincente. ¿Qué otra razón hay?

—El propio dragón. ¡Dudo que sea de verdad!

Sus socios lo miraron perplejos.

—¿Que no es real? —saltó Pete—. ¿Acaso intentas decirnos que aquella cosa que nos asustó y nos sacó de quicio no es real?

Júpiter asintió.

Bob sacudió la cabeza.

—Si resulta no ser un dragón de verdad, me comeré la camisa.

—La semblanza era exacta —dijo Júpiter.

Pete se mostró enojado.

—Entonces, ¿de qué hablas?

—Admito que parecía de verdad. Pero no «actuó» como uno de verdad.

—No me convences —negó Pete.

—Es demasiado tarde para discutir eso ahora —dijo Jupe—. Mañana os explicaré por qué dudo de la autenticidad del dragón. Y si la próxima vez se demuestra que estoy equivocado, haré lo que Bob amenaza: ¡me comeré «mi» camisa!

—No tendrás que hacerlo —respondió Pete—. El dragón se la comerá por ti.

Capítulo 13

Una broma pesada

Bob tardó en conciliar el sueño. Cansado después de los precipitados acontecimientos en la cueva de Seaside, no había cerrado aún los ojos cuando ya soñaba que era perseguido de cueva en cueva por un dragón. Se despertó con el corazón exaltado. El sueño había sido una sucesión de persecuciones y escapatorias casi milagrosas. En la última estuvo a punto de ser atrapado con sus amigos. Eso le mantuvo despierto, tembloroso y espantado.

Entonces pensó en lo que Jupe dijera sobre la autenticidad del dragón. Sin embargo, él no concebía algo que fuese más real.

Al fin consiguió dormirse. Su madre lo despertó a la hora del desayuno. Se vistió lentamente con los sucesos de la pasada noche en la mente. Trataba de hallar un indicio de que el dragón era un engaño. No pudo encontrarlo. Aún lo veía, lo escuchaba y hasta lo olía. Ningún dragón falso se comportaría como aquél. Jupe estaba en un error.

El señor Andrews acababa su desayuno cuando Bob llegó a la mesa. Saludó a éste y consultó su reloj.

—Buenos días, hijo. ¿Te divertiste anoche?

—Sí, papá. Bueno, algo parecido.

El padre se puso en pie dejando la servilleta sobre la mesa.

—Me alegro. Quizá consideres interesante saber cómo se llama el hombre que se arruinó al construir Seaside. Ayer conseguí recordarlo.

—¿Ah, sí? ¿Quién fue, papá?

—Labron Carter.

—¿Carter? —Bob pensó al instante en el señor Carter que

conociera el día anterior.

—Sí. Enfermó cuando el ayuntamiento le negó el permiso para hacer de Seaside la ciudad de diversión que él había soñado. Perder la salud, la fortuna y la reputación fue demasiado. ¡Se suicidó!

—¡Qué lástima! ¿Tenía familia?

—Su esposa falleció poco después, y su hijo es el único superviviente —el señor Andrews se quedó pensativo unos minutos —. Bueno, si es que aún vive. Recuerda que han transcurrido cincuenta años.

Bob despidió a su padre, que se marchó a las oficinas del periódico donde prestaba sus servicios. Luego escribió las últimas noticias en su libro de notas. Se preguntó qué diría Júpiter cuando le informase de que aún vivía una persona conocedora del túnel original, y con motivos para odiar a la ciudad que rompiera el corazón de su progenitor.

Sin embargo, el Tercer Investigador no podía imaginar cómo el señor Carter intentaría vengarse. Se guardó el libro de notas, terminó su desayuno y salió apresuradamente.

Quizá Jupe lograse desentrañar incógnitas una vez reunidos en el Patio Salvaje de los Jones.

—¡Rábanos picantes! —exclamó Pete—. Las noticias de Bob sobre la familia Carter seguro que tienen sentido, Jupe; al menos más que tu versión del falso dragón.

Los Tres Investigadores se habían reunido en el Puesto de Mando. Bob abrió la sesión de trabajo leyendo sus notas relativas a Labron Carter. Pero aún guardaba más sorpresas para sus amigos.

—Recordé lo que dijiste anoche acerca del dragón —comentó Bob—. Y antes de venir aquí me acerqué a la biblioteca en busca de datos útiles para nuestra información.

Júpiter observó los papeles que su ayudante sostenía en las manos.

—Ganaríamos tiempo si prescindieras de circunloquios, Bob. Veamos, ¿existen o no realmente los dragones?

Bob sacudió la cabeza.

—No, no hay ni un solo libro que admita la posibilidad de existencia de dragones en la actualidad.

—¡Menuda ignorancia! —estalló Pete—. Esos autores no saben lo que escriben. Si se pasearan por los alrededores de cierta cueva

en Seaside durante la noche, averiguarían que hay uno. ¡Y bien grande!

Jupe alzó la mano.

—Sugiero que escuchemos el informe de Bob. Luego discutiremos. Continúa, Tercero.

El Tercer Investigador consultó sus notas.

—Lo más parecido a un dragón que existe hoy, es un enorme lagarto llamado el Dragón de Komodo. Este lagarto, con ser inmenso, llega a medir tres metros de largo, no se aproxima ni con mucho al tamaño del dragón que vimos.

—Quizás el nuestro tomó vitaminas de más —comentó Pete.

Bob continuó:

—El Dragón de Komodo no respira humo, y vive en una pequeña isla de las Indias del Este. Y, desde luego, no se parece a nuestro monstruo. Así, pues, podemos afirmar rotundamente que ya no existen dragones vivos.

»Pero sí encontré un montón de animales que atacan, matan e incluso se "comen" al hombre. —Miró a sus compañeros—. ¿Queréis que continúe?

Jupe asintió.

—Por supuesto. Siempre interesa conocer cuáles son enemigos naturales, como también a los que fingen serlo para engañarnos. Sigue, Tercero.

—Bien, prosigo —Bob leyó—: «Un millón de personas mueren cada año por enfermedades transmitidas por insectos. Cuarenta mil por mordeduras de serpiente; dos mil por tigres; mil comidos por cocodrilos y otros mil por tiburones».

Alzó la cabeza.

—Fíjate en estas estadísticas, Pete —dijo Jupe—. No mencionan para nada los dragones. Continúa, Bob.

—Eso es lo más importante —contestó Bob—. Si bien hay otros muchos casos debidos a elefantes, hipopótamos, rinocerontes, lobos, leones, hienas y leopardos. También menciona las muertes causadas por los caníbales, y los crímenes cometidos por el hombre civilizado.

»Pero según el libro "El hombre es la presa", de James Clarke, los peligros de algunas bestias suelen exagerarse. Sucede así con los osos polares, pumas, águilas y lagartos. Las tarántulas son

inofensivas, los osos pardos causan poco daño y los simios tienen la suficiente inteligencia para apartarse del hombre. Los lugares propicios para servir de banquete es el África Central y el subcontinente indio. En cambio, afirma que en Irlanda lo más peligroso es sin duda un abejorro.

Bob dobló sus notas.

—¿Comentarios? —preguntó Jupe.

Pete sacudió la cabeza.

—Hemos de admitir que Seaside es un lugar muy seguro —comentó—. Pero tendrás que convencerme de que el dragón no es verdadero.

—De acuerdo —contestó Jupe—. Empezaré diciéndote que jamás vimos…

Le interrumpió el teléfono.

Jupe estiró el brazo, luego vaciló.

—¡Vamos, cógelo! —animó Pete—. Tal vez sea otra llamada del difunto o fantasma. Quizá le haya dicho al dragón que no entre en su cueva.

Júpiter se sonrió. Descolgó el teléfono.

—¿Diga?

Como de costumbre mantuvo el teléfono junto al micrófono a fin de que Bob y Pete oyeran la conversación.

—¡Hola! —se oyó una voz familiar—. Aquí Alfred Hitchcock. ¿Es el joven Júpiter?

—Sí. ¿Cómo está usted, señor Hitchcock? Supongo que me llama para saber el curso de nuestra investigación sobre el caso de su amigo.

—Aciertas —replicó la acogedora voz—. He asegurado a Allen que vosotros aclararíais el misterio de su perro desaparecido. Y os llamo para comprobar si estoy en lo cierto. ¿Habéis encontrado el perro?

—Aún no, señor Hitchcock —contestó Jupe—. Hemos de resolver antes el misterio de un dragón que tose.

—¿Un dragón que tose? —repitió el señor Hitchcock—. ¿Hablas en serio? ¿Dices que tose? ¡Qué raro! Parece ser que los misterios humanos son inacabables. Bien, si la presencia de un dragón os confunde, os sugiero que lo tratéis con el hombre más experto en la materia.

—¿A quién se refiere? —preguntó Júpiter.

—A mi viejo amigo el señor Allen. Me sorprende que no os lo dijera. Empleó más dragones en su trabajo que nadie.

—Sí, nos dijo algo de eso —afirmó Júpiter—. Sólo que no parece haber asimilado la presencia de uno en la playa. De todos modos, gracias por su consejo, señor Hitchcock. Pienso informar de nuestros progresos al señor Allen. Lo telefonearé ahora mismo.

—No es preciso —dijo el señor Hitchcock—. Lo tengo en otra línea de mi oficina. Acaba de llamarme para decirme que le impresionasteis favorablemente. Mi secretario os pondrá en comunicación con él.

Después de breve pausa, los chicos oyeron la voz del viejo director de cine.

—Hola, ¿eres tú, joven Jones? —preguntó.

—Sí, señor Allen. Lamento no haber hallado hasta ahora pista alguna de su perro. Pero no renunciamos.

—No te preocupes, muchacho —contestó el señor Allen—. En realidad no esperaba un resultado relámpago. Quizá mi perro haya sido recogido por algún forastero. Como os dije, es un animal extraordinariamente amistoso.

—Tenemos presente esa posibilidad, señor —dijo Jupe—. ¿Sabe si alguno de sus vecinos ha recuperado su perro?

—No —replicó el señor Allen—. Comprendo tu pensamiento, jovencito. Realmente es una coincidencia sospechosa que todos desaparecieran casi al mismo tiempo.

—Tiene usted razón —aseveró Jupe.

—¿Hablaste con alguno de mis vecinos?

—Con los mencionados por usted, pero que no tienen perros: el señor Carter y el señor Shelby.

—¿Dijeron algo?

—Son personas muy raras, señor Allen. El señor Carter se molestó mucho y nos amenazó con una escopeta. Le disgustan los perros. Parece ser que estropeaban su jardín y se alegra de la desaparición de todos ellos.

El señor Allen se rió.

—Sólo fanfarroneaba, jovencito. Carter habla mucho pero es incapaz de disparar a un indefenso animal. ¿Y Arthur Shelby?

Jupe contestó:

—Algo mejor; pero no mucho. Empleó métodos propios para asustarnos.

El anciano director se rió de nuevo.

—¿Te refieres a los ingenios instalados alrededor de su casa para espantar a los invasores de su propiedad y a los pedigüeños? Debí advertiros que Arthur Shelby es un bromista.

—Dile que eso ya lo averiguamos —susurró Bob.

—Quizás intenta demostrar que no soy el único capaz de asustar a la gente —continuó el señor Allen—. Conoce mis antiguos filmes de horror, y procura darme una dosis de mi propia medicina, —volvió a reírse—. En realidad, Shelby tiene un sentido del humor muy peculiar. Eso le hizo perder un importante puesto. Las autoridades locales no lo aprecian.

Júpiter miró a sus compañeros, que acercaron sus sillas para oír mejor.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jupe.

—Eso fue hace dos años. Shelby es ingeniero y trabajaba en la oficina de Proyectos de la Ciudad. Sin duda, sabe muy bien cómo funciona la ciudad. Un día decidió aprovecharse de sus conocimientos.

—¿Cómo? —preguntó Jupe—. ¿Qué hizo?

El señor Allen se rió de nuevo.

—Fue en uno de sus cumpleaños. Shelby decidió gastar una de sus bromas. En realidad no sucedió nada grave. Desconectó las luces de tráfico. Según su idea, quería tener un pastel de cumpleaños sin velas. Ya comprenderéis la que se armó en la zona central de tráfico. ¡Fue un caos! No hubo persona que llegase a tiempo a su cita o centro de trabajo.

»Aunque temporal este contratiempo, pues duró unas horas, provocó muchísima indignación que alguien se atreviese a una cosa semejante en una ciudad laboriosa y moderna como la nuestra. Gente muy importante, enojadísima, resolvieron buscar el responsable. No fue necesario: el mismo Shelby lo proclamó. Dijo que lo había hecho para celebrar su cumpleaños… y reírse un poco.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Jupe.

—Lo despidieron. También se aseguraron que nunca más lograse un trabajo seguro en la ciudad. En cierto modo se parece a mí. Es un hombre a quien se le ha negado la convivencia.

—¿Supone eso que no puede ganarse la vida? —preguntó Júpiter.

—No ha sido fácil para él —admitió el anciano—. A veces realiza trabajos para alguna empresa comercial. No muchos. Bueno, está purgando su propia broma.

—¿Y qué hay de la Cabalgata de la Rosa? —preguntó Jupe—. ¿Hizo el señor Shelby algún trabajo para este desfile?

El señor Allen pareció meditar. Al fin dijo:

—Que yo sepa, no. Las carrozas son fantasías hechas de flores y el señor Shelby es además un mecánico. Además, la gente se toma muy en serio la Cabalgata de la Rosa. No, joven; dudo mucho que un bromista de su reputación sea contratado para un trabajo de esa naturaleza.

—¡Lástima! —dijo Jupe—. De todos modos, hace muchísimas cosas para divertirse, aunque no causa daño a nadie.

—A ciertas personas les desagrada esa clase de bromas, muchacho. Bien, te dejo ahora. Hasta pronto.

—Una pregunta, señor Allen —rogó Jupe—. ¿Está usted seguro de que el dragón tosía?

—Seguro —corroboró el anciano—. El sonido era de tos.

—¿Y lo vio usted desde lo alto del acantilado cuando entraba en la escollera inferior?

—Sí, hijo. Estoy seguro de eso también. Era ya tarde, pero aún no he perdido mis facultades, pese a la falta de patrocinadores de películas mías. Conservo una visión perfecta.

—Gracias, señor Allen. Nos pondremos en contacto con usted.

Jupe colgó el teléfono. Luego volvió el rostro a sus amigos.

—¿Comentarios? —preguntó.

Bob y Pete se encogieron de hombros.

—Se olvidó decirnos que Shelby era un bromista —dijo Pete—. Claro que no tardamos en saberlo. Su pajarraco me asustó tanto como el dragón en la cueva.

—Lo actuado hasta ahora nos lleva a la siguiente conclusión —habló Jupe—. Luego de conocer al señor Allen, para quien trabajamos, la impresión predominante es su falta de claridad.

—¿Qué? —Pete no ocultó su sorpresa ante la afirmación del jefe.

—Intenta decirnos que el señor Allen miente —explicó Bob.

—¿Y por qué no emplea tus mismas palabras? —preguntó Pete,

molesto. Miró a Jupe—. Procura decirme en términos llanos en qué miente.

Jupe asintió.

—Según él se hallaba en lo alto de la escollera cuando vio cómo el dragón penetraba en la cueva.

Pete se mostró intrigado.

—Y ¿qué hay de malo?

—La cornisa de la escollera sobresale. Así resulta imposible que nadie desde arriba vea la caverna, o algo que entre en ella. Lo comprobé anoche.

Pete se rascó la cabeza.

—No sé… quizá tengas razón.

Júpiter insistió.

—Os lo demostraré esta noche cuando volvamos a la cueva. Quizás entonces pueda desentrañar la falsedad del señor Allen. Y el engaño del dragón.

»No olvidéis la existencia de varios sospechosos. Son hombres que tal vez conozcan el túnel y sienten fobia hacia las personas. El señor Allen y el señor Shelby perdieron sus empleos y se les negó el trabajo. Si el señor Carter es hijo del constructor del túnel, conocerá su trazado y tendrá motivos para desear la venganza. Ahora bien, ¿cómo liga todo eso con el dragón y la cueva que descubrimos? Lo ignoro. Sin embargo, quizá descubramos algo esta noche.

—¿Quieres decir —preguntó Pete—, que vamos a regresar a la cueva esta noche, sabiendo lo que hay y lo que nos aguarda?

Júpiter no contestó. Se puso a escribir en su bloc de notas. Luego alzó el auricular telefónico.

—Primero averiguaré una cosa —dijo—. Debió ocurrírseme antes.

Capítulo 14

La caza del dragón

—Por favor, póngame con el señor Alfred Hitchcock. Dígale que llama Júpiter Jones.

Pete y Bob se miraron sin comprender. El primer Investigador se desentendió de ellos, mantuvo el teléfono con una mano y continuó escribiendo con la otra.

Al fin le llegó la amistosa voz del famoso director de películas.

—Aquí Alfred Hitchcock. ¿Supone tu llamada que habéis resuelto ya el enigma de los perros desaparecidos de Seaside?

Júpiter se sonrió.

—No del todo, señor Hitchcock. Necesito una aclaración sobre lo que dijo hace un rato, respecto a que su amigo es experto en dragones, y que los usaba para sus filmes de horror.

—Ciertamente —replicó el director—. Usaba murciélagos, vampiros, lobos, lechuzas, zombies, dragones; todo bicho capaz de impresionar al género humano. Lástima que sus películas se hicieran mucho antes de nacer vosotros. Os aseguro que los aficionados aún tiemblan sólo al pensar en sus trucos.

—Eso tengo entendido —replicó Júpiter—. Al señor Allen esos monstruos que usó debieron de parecerle auténticos.

—Por supuesto que sí —afirmó el señor Hitchcock—. No es fácil asustar al público con débiles imitaciones, muchacho. Esas bestias han de parecer y actuar exactamente como las verdaderas.

Júpiter se alertó.

—¿Quién las hace?

El señor Hitchcock se rió.

—Disponemos de profesionales muy inteligentes. A veces un ser

horrendo se anima mediante ingenios mecánicos en su interior. Otras, según lo que se pretenda, empleamos una técnica diferente. Se le mueve un poquito cada vez y lo fotografiamos hasta conseguir el efecto deseado. A eso lo llamamos técnica de «movimiento de paro». Una vez filmada la escena, la acción se ve continua.

—Comprendo —dijo Jupe—. ¿Y qué pasa con los monstruos después de terminada la filmación de la película?

—Depende. Hay veces que se guardan para otra ocasión, o bien se subastan. También suelen ser destruidos. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—Sí —reconoció Jupe—. ¿Dígame otra cosa? ¿Dispone usted de alguna película del señor Allen que pudiéramos presenciar? Una sobre dragones.

—Me sorprende tu deseo —exclamó el director después de una pausa—. De todos modos te diré que hallé en nuestra filmoteca una película suya titulada «El Ser de la Cueva». Pienso en estudiarla a fondo para un filme en proyecto. Por supuesto que no se trata de plagiar al señor Allen —añadió apresuradamente—, sólo quiero asegurarme que mi película supera la suya.

—Nos ayudaría mucho, señor Hitchcock —dijo rápidamente Jupe—, si pudiéramos verla. Me gustaría ver cómo se supone que actúa un dragón de verdad.

El señor Hitchcock respondió sin vacilar.

—Venid a mi estudio dentro de una hora. Me encontraréis en la Sala de Proyecciones número 4.

La línea quedó muerta. Júpiter volvió el teléfono a su sitio y miró a sus ayudantes.

—Vamos a ver lo que se supone un dragón auténtico. Prestad atención al filme. Tal vez descubráis algo útil para un caso de peligro, más tarde.

—¿Qué podría ser? —preguntó Bob.

Jupe se puso en pie y se desperezó.

—Sigo con mi teoría de que el dragón de Seaside es falso. Quizá me equivoque. En tal caso, nuestro dragón será verdadero.

* * *

Una hora después el fantástico «Rolls-Royce» dejaba a los Tres

Investigadores en el edificio de Hollywood señalado como la Sala de Proyecciones número 4. El señor Hitchcock, sentado junto a su secretaria, los saludó con una inclinación de cabeza.

—Muchachos, acomodaos en las butacas delanteras. Voy a dar la señal y empezará la película.

Pulsó un botón sobre un asiento próximo al suyo y la habitación quedó a oscuras. Una luz parpadeó en el pequeño orificio de una cabina detrás del director.

El señor Hitchcock comentó:

—Esta película se filmó hace mucho y la copia que pasaremos es quizá la única que se conserva. Se ha proyectado muchas veces y será oscura y difusa en ciertos trozos. Eso no puede evitarse.

»Y ahora empieza. ¡Adelante!

Los chicos se olvidaron de donde estaban. El señor Hitchcock no había exagerado. El filme resultó ser tan intrigante como supusieran. El tema retuvo la atención general, y no tardó en llegar el momento de horror que la destreza del viejo director había logrado.

La imagen se difuminó en una cueva. Pero luego surgió con toda su fuerza. Los jóvenes corazones palpitaban desacompasadamente cuando vieron el dragón.

Llenaba la pantalla al entrar en la cueva aquel ser grotesco, enorme y terrorífico. Sus cortas alas se alzaban, mostrando largos músculos en movimiento, semejantes a serpientes vivas bajo su piel húmeda y escamosa. Luego la pequeña y oscura cabeza se alzó y largas y poderosas mandíbulas se abrieron mientras rugía.

—¡Caracoles! —susurró Pete, retorciéndose involuntariamente en su cómodo asiento—. ¡Parece ser verdadero, sí señor!

Bob miraba fijamente el monstruo que se acercaba más y más en la pantalla. Sus manos se agarraron con fuerza a los brazos de la butaca. Júpiter permaneció tranquilo, observando cada movimiento del dragón.

Siguieron intrigados toda la película hasta el final. Cuando la sala de proyecciones fue repentinamente inundada de luz, ellos continuaron tensos y temblorosos.

Al fin se dirigieron hacia la parte de salida, con piernas flojas.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. Me rindo. Fue como anoche. Me olvidé que sólo veía una película.

Júpiter asintió.

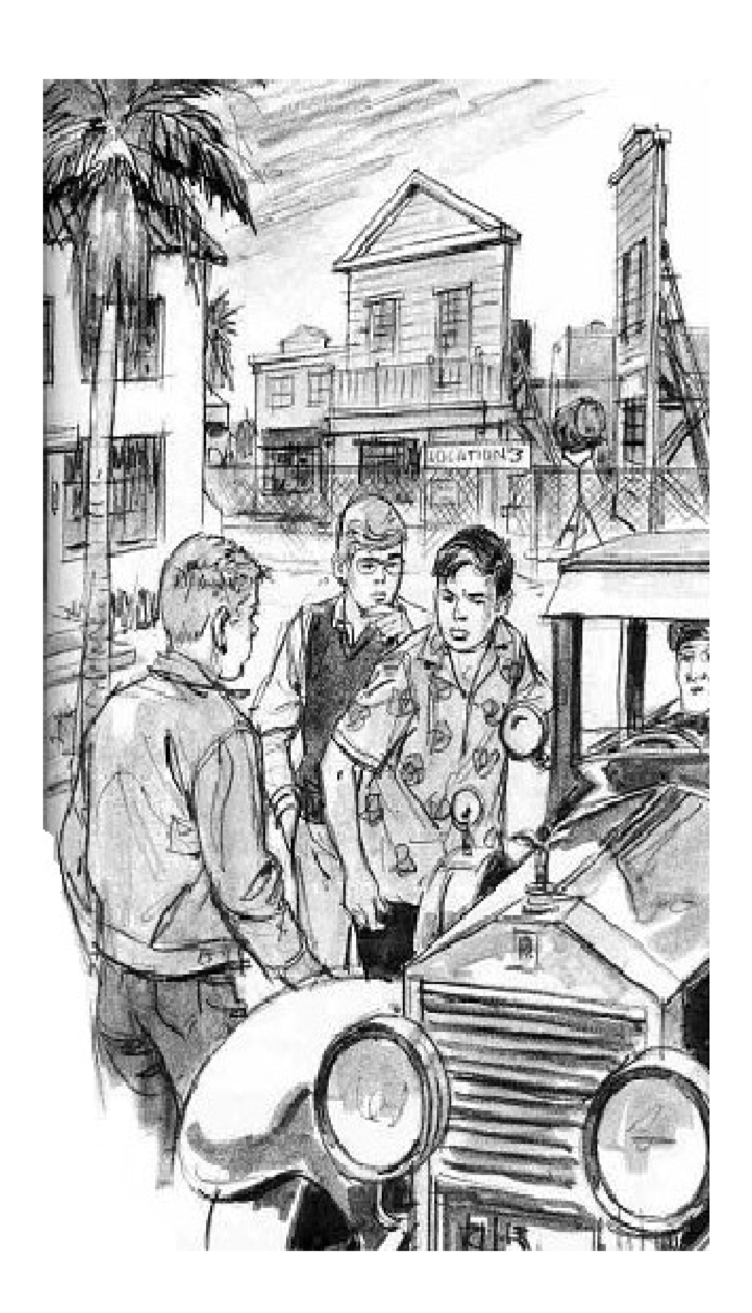
—He ahí la prueba de cómo un maestro en escenas de horror puede lograr tales efectos. El señor Allen poseía la destreza de conseguir vivencia natural. Nos asustó con un dragón falso hecho para una película. ¡Consiguió su propósito! Eso es algo que debemos recordar.

—¿Y bien? —preguntó Alfred Hitchcock—. ¿Comprendéis ahora por qué mi amigo fue en tiempos reconocido como el rey de las películas de terror?

Júpiter movió afirmativamente la cabeza. Hubiera hecho muchas preguntas al célebre director, empero éste se hallaba ya ocupado en dictar a su secretaria que tomaba apuntes. Se limitó a darle las gracias.

—Ya habéis visto lo que deseabais —siguió Alfred Hitchcock—. Aguardaré con verdadero interés la solución al misterio de Seaside.

Los Tres Investigadores regresaron al brillante «Rolls-Royce», con Worthington al volante, y se acomodaron en los asientos de piel. El chófer condujo lentamente hacia la verja de salida.


LOCATION 3

—Dijiste que prestásemos mucha atención al dragón —habló el Tercer Investigador—. Pues bien, no advertí ninguna diferencia entre éste y el nuestro. ¿Y tú, Pete?

El Segundo Investigador sacudió la cabeza.

—Sólo que éste rugía mejor que el nuestro.

—Yo no opino así —replicó Bob—. En todo caso el nuestro parecía toser mucho.

Júpiter se sonrió.

—Exacto —comentó.

—¿Qué quieres decir con eso, Jupe? —preguntó Pete.

—Aparentemente el dragón de Seaside es más sensible al mal tiempo. Quizá se haya resfriado.

Bob miró a Jupe, que mostraba aspecto satisfecho. No le engañó. Sabía por experiencias pasadas que Jupe había captado algo inadvertido por Pete y él mismo.

—¿Cómo puede constiparse un dragón? —preguntó—. Se supone que viven en cuevas húmedas y en el agua.

—¡Exacto, Tercero! Dentro de unas horas sabremos por qué nuestro dragón tose. Si mi teoría es correcta, averiguaremos también por qué se nos permitió abandonar la cueva, sin daño.

Pete frunció el ceño.

—Eso suena muy bien, Jupe. Pero ¿y si tu teoría no es correcta?

Júpiter infló las mejillas.

—Será mejor que no me equivoque.

Capítulo 15

Preguntas y respuestas

Pete se rebeló.

—Ya es tiempo de que dejes de ser tan misterioso, Jupe, y nos digas qué pasa. Constituimos Los Tres Investigadores para resolver enigmas y misterios inexplicados, pero no para ser pilotos suicidas. Me gusta la vida, y supongo a Bob satisfecho de la suya. ¿Es así, Bob?

Éste movió la cabeza, sonriéndose.

—¡Claro que sí! Además, si la pierdo, ¿quién se encargará de traeros los informes? —se volvió al jefe—. Pete está en lo cierto, Jupe.

Éste se encogió de hombros.

—No estoy aún del todo seguro. Naturalmente, no pienso en arriesgar nuestras vidas. Sólo que a veces es necesario tomar una decisión.

Pete movió, terco, la cabeza.

—¡Oh, no lo harás! Antes, convénceme. La otra noche vi en casa una película en la cual el héroe tomó una decisión, y me disgusta contaros lo que sucedió.

Jupe frunció el ceño.

—¿De qué se trataba?

Pete se sonrió.

—De cucarachas.

—¿Cucarachas?

—Sí, hormigas y escarabajos que invaden el mundo —explicó Pete—. Una de esas películas de ciencia-ficción. Creedme, asustaba tanto como esa vieja película que acabamos de ver. Aquellos

insectos medían de quince a treinta metros de altura, tan altos como edificios.

—¿Cómo hicieron eso? —preguntó Jupe.

—Emplearon insectos de verdad.

—Vamos, Pete —dijo Bob, sarcástico—. ¡Insectos de verdad tan altos como edificios!

Pete movió la cabeza afirmativamente.

—Mi padre me explicó la técnica. Es distinta de la del señor Hitchcock. Fotografías insectos reales a través de un cristal de aumento y los vuelven a fotografiar sobre fotos de edificios. Naturalmente, parecen de verdad y asustan porque «son» reales. Así hacen las películas sobre monstruos del espacio.

Júpiter se pellizcaba el labio inferior, con ojos meditabundos.

—¿Aún tienes la película en tu casa?

—Estará allí una semana más. Papá supuso que os gustaría verla. Estáis todos invitados a contemplarla cualquier noche.

Júpiter se mostró impaciente.

—Tendrá que ser antes, Pete —consultó su reloj—. ¿Tu proyector funciona con baterías?

Pete asintió.

—Por supuesto. Funciona de ambos modos.

Júpiter sacó el labio inferior.

—¿Es de tu propiedad?

—¡Claro que sí! Es de mi padre, ¿qué pasa?

—Se trata de no arriesgar nuestras vidas y resolver el misterio al mismo tiempo. ¿Nos prestaría tu papá el proyector y la película por una noche?

Pete parpadeó.

—¿Quieres decir llevárnosla?

—Así es —confirmó Júpiter—. Es la clase de película que me gustaría enseñar a cierta persona.

Pete se frotó la nariz, y luego se encogió de hombros.

—No sé. Creo que sí, Jupe. Tendré que pedirle permiso.

—¡Eso es fantástico! —gritó Júpiter.

—Pero antes de hablar con mi padre quiero saber dónde vamos esta noche, y por qué. Estoy harto de ir a ciegas.

Bob hizo una señal de asentimiento.

Ambos miraron a Júpiter Jones, que intentó desentenderse de la

presión ejercida por sus ayudantes. Luego se encogió de hombros y extendió sus manos abiertas.

—Está bien —dijo—. Esperaba mantener mis pistas y deducciones en secreto porque no estoy seguro de nada, y ni siquiera a donde conducen. Esta investigación se inició para localizar un perro. Desde entonces han surgido más misterios. Ninguno de ellos parece hallarse relacionado con los canes desaparecidos en Seaside. El señor Allen nos contrató para hallar el suyo, «Red Rover». Pero siempre supuse que el misterio de los otros se aclararía cuando encontrásemos a «Red Rover». Eso lo pensé antes de que viéramos al dragón.

—¿Qué pasa con el dragón? —inquirió Bob—. Has dejado bien sentado que no es auténtico.

—Por supuesto —siguió Jupe—. Aun cuando me asusté y corrí tanto como vosotros, tengo varias razones para dudar de su autenticidad.

—Dinos una —sugirió Pete—. ¿En qué te fundas?

—En varias cosas. La cueva no es natural. El viejo túnel tampoco. Después de eso resulta lógico sospechar que el dragón sea falso.

—No observé nada de cuanto dices —objetó Bob.

—Empieza con la primera cueva en que penetramos —contestó Jupe—. Hallamos varias tablas y apartamos una para entrar en el refugio de los contrabandistas.

—Recuerdo que nos parecía un poco raro —admitió Bob—. Pero ¿dónde está lo falso?

—Supusimos que se trataba de una cueva vieja, escondite de contrabandistas y piratas. Las tablas eran viejas… por lo menos alguna de ellas.

—¿Alguna? —preguntó Pete.

—El tablón que nosotros apartamos, por ejemplo. Pero otro era de contrachapado. No olvides que éste es un proceso de fabricación reciente, y por ello desconocido en tiempos de piratas y contrabandistas.

Pete frunció el ceño.

—Bueno, eso no prueba nada.

Júpiter continuó:

—Pasemos a la siguiente cueva. La grande que descubrimos

cuando Bob halló la roca que se movía. Aún no sabemos quién hizo posible aquello. Recordad que avanzamos por ella sin encontrar una salida.

»Tuvimos que detenernos ante lo que parecía un muro sólido. En realidad esperábamos hallar un camino hacia el viejo túnel que Bob había descubierto en sus investigaciones.

Sus ayudantes asintieron.

—Recuerdo que empezaste a rascar con tu navaja —dijo Pete, sonriente—. ¿Qué averiguaste además de que la roca puede estropear las hoja de un buen cuchillo?

Júpiter se sacó la navaja que guardaba en un bolsillo.

—Fijaos en las partículas grises adheridas a la hoja. ¡Oled!

Obedecieron.

—¡Pintura! —exclamaron al unísono.

Jupe asintió.

—Los muros de las cavernas no están pintados. Mientras rascaba, la hoja de mi navaja tropezó con una grieta. Así llegué a la conclusión de que la pared no era de piedra, sino de planchas de madera o yeso, pintado de gris, con arena y piedrecillas sobre la superficie para simular una cueva de verdad. Ambos procedimientos, planchas de madera o yeso, pertenecen a una época industrial reciente, y de uso común en tabiques de casas u oficinas.

»La persona que hizo aquella pared intenta ocultar un descubrimiento fascinante o valioso.

—¿Como qué? —preguntó Bob.

—Algo importante —dijo Jupe—. Algo como el viejo túnel original.

—¡Eso! —exclamó Pete—. Alguien descubrió el viejo túnel y lo cerró para que nadie lo pudiera encontrar.

—Lo comprendería —objetó Bob—, si hubiesen cerrado la primera entrada.

—El tablero prefabricado no tenía cincuenta años —recordó Júpiter.

—Quizá no —replicó Bob—. Pero desconocemos cuándo cerraron el túnel. Tal vez lo hicieron en época reciente para que los chicos y animales se mantuvieran alejados.

Luego de breve reflexión, Jupe concedió:

—Posiblemente, Bob. Pero lo dudo. Bien, consideremos el tercer

suceso misterioso. Estábamos junto a la pared. Yo me volví a mostraros lo que había en la hoja de mi navaja, y, entonces…

Pete asintió y tragó saliva.

—¡La cueva se abrió para dar paso al dragón! Comprendo tu sospecha, Jupe —se rascó la cabeza—. Por lo menos, eso creo. Pero, será mejor que lo digas.

—Bien —convino Júpiter—. La cueva se abrió. ¿Cómo? ¿Qué lo hizo posible? No vimos ninguna salida antes. De haberla, la hubiéramos encontrado y en vez de entrar por la cueva donde Bob se cayera en el hoyo, hubiéramos utilizado aquélla.

—Bien —convino Bob—. Cierto que no vimos abertura alguna. Pero el dragón, sí. ¿Cómo la abrió? Quizá sea mucho más listo que nosotros.

Jupe alzó la mano.

—Mi teoría se basa en que todo es falso y preparado, incluido el dragón. Y si es más listo que nosotros, se debe al ingenio humano.

Pete se volvió a Bob.

—¿Qué está diciendo?

Bob sacudió la cabeza.

—Afirma que nuestro dragón es un robot y no un dragón, ¿verdad, Jupe?

—No estoy seguro aún —admitió Júpiter—. Puede ser un robot, o un dragón de los usados por el señor Allen en un filme antiguo. Lo averiguaremos a su debido tiempo.

»Pero estoy seguro, no obstante, de que la entrada de la cueva no es auténtica. Si la examinamos de cerca averiguáremos que es una entrada construida de algún material ligero a imitación de un decorado de cine o teatro, con apariencia de real. Cualquiera pudo construir una imitación de roca y tapar la verdadera entrada a la cueva. Y si él desea entrar, o que pase su dragón, aparta a un lado la roca falsa desde fuera.

»Comprenderéis que si las autoridades de Seaside taparon una enorme cueva o túnel, no emplearían madera y rocas falsas. Lo hubieran hecho con materiales sólidos.

Pete miró a través de la ventana del automóvil. Frunció el entrecejo y comentó:

—Quizá tengas razón. Si volvemos esta noche lo comprobaremos. Sin embargo, no son las rocas lo que me asusta.

Ahora me interesa saber por qué el dragón no es un animal auténtico.

Júpiter Jones se recostó, cruzándose de brazos.

—Nos hallábamos a la misma distancia los tres, por lo tanto, las imágenes nos llegaron al mismo tiempo y nuestros oídos oyeron a la vez. Pero ¿qué oímos? ¿Qué vimos?

Pete y Bob, silenciosos, pensaron.

—Oí un zumbido —dijo Bob—. Luego lo vi.

—Yo una luz brillante. Eran sus ojos que resplandecían —añadió Pete—. El zumbido… sí… creo que lo oí. Y fue antes de que rugiera.

—¿Cómo se movía? —interrogó Jupe.

—¿Cómo? —exclamó Pete—. ¡Muy de prisa!

Jupe se volvió a Bob.

—¿Qué dices?

—Estoy pensando —el muchacho se secó la frente—. Estoy de acuerdo con Pete. Entró muy de prisa. Como si se deslizara.

Jupe lo miró fijamente y preguntó:

—¿Como el dragón de la película? ¿Observaste si se movía igual?

Bob negó con la cabeza.

—El dragón del señor Allen parecía caminar. El nuestro sencillamente se deslizaba.

—También fue ésa mi impresión —dijo Júpiter—. No movía los pies, se deslizaba. Luego lo construyeron con el solo propósito de que pareciera un dragón y así conseguir un efecto sobresaliente.

»Explicar su deslizamiento es muy sencillo. Era empujado, o conducido mediante ruedas. ¿No recordáis las huellas de ruedas sobre la arena?

Pete y Bob se quedaron boquiabiertos.

—¿Un dragón sobre ruedas? —repitió Pete—. ¿Quieres decir que nos asustamos simplemente de eso?

—Recuerdo algo más —dijo Bob—. El dragón del señor Allen rugía. El nuestro, parecía toser.

—¡Exacto! —se sonrió Júpiter—. A eso me refería cuando hablé de la parte humana detrás de él. O mejor si digo parte humana en su interior.

—¿De qué estás hablando ahora? —gimió Pete.

Júpiter se sonrió.

—El hombre en el interior del dragón estaba constipado.

La voz de Worthington los interrumpió.

—Llegamos al Patio Salvaje de los Jones, «master» Jones. ¿He de aguardar?

—Sí, Worthington. Pete hará una llamada y luego iremos a su domicilio a recoger algo. Esta noche volveremos a Seaside.

Miró a sus compañeros.

—¿Voy bien, hasta aquí?

Pete hizo una mueca.

—¡Espero que vayas mejor cuando volvamos a ver el dragón que tose!

Capítulo 16

Vuelta al peligro

El respeto de Jupe hacia el padre de Pete se incrementó cuando el señor Crenshaw concedió permiso para usar su proyector y el nuevo filme sin preguntar nada.

—Ni siquiera nos advirtió que tuviésemos cuidado —dijo Jupe —. ¡Confía en nosotros!

—De todos modos —contestó Pete—, soy yo quien vive con él. Y si algo sucede a la película o a la máquina, seré «yo» quien responda.

Los muchachos se hallaban en el hogar de Pete, en el estudio que el señor Crenshaw utilizaba para proyectar sus películas. Pete enrollaba el carrete de toma. Júpiter se había empeñado en ver la película para juzgar su efecto.

—Todo dispuesto —gritó Pete—. ¡Apaga las luces, Bob!

La habitación quedó a oscuras, pulsó el botón y empezó la filmación. La pantalla se iluminó y pronto los muchachos descubrieron que Pete no había exagerado. Los insectos fotografiados resultaban terroríficos cuando se les sometía a proporciones gigantescas.

De pronto dejaron de oír sonidos. Pete quitó la imagen.

—¡Luces, por favor! —gritó—. Lo siento, me equivoqué. Este carrete se proyecta después. Supongo que papá lo pasaría de nuevo para comprobar sus efectos.

Buscaba entre un confuso montón de latas cilíndricas numeradas cuando Jupe lo detuvo.

—No importa, Pete. No es preciso que veamos la película entera. Esta muestra de los insectos es exactamente lo que me interesaba.

—Pero éste es el carrete seis —objetó Pete—. La parte en que las hormigas en las colinas y playa, se disponen a invadir nuestras ciudades —cogió otra lata—. En este carrete aparece el ataque a las ciudades, donde se ve que son tan altas como edificios.

Júpiter insistió.

—No mostraremos edificios o ciudades. Les haremos creer que las hormigas gigantes invaden la cueva.

Bob y Pete miraron a Jupe.

—¿Es allí donde vamos a proyectar la película?

Jupe afirmó.

—El altavoz del proyector nos facilitará todos los efectos de sonido. La lente de ampliación de ángulo resultará también muy eficaz. Y lo más importante, tu proyector funciona con batería.

—Estamos de suerte —dijo Pete—. La batería fue especialmente diseñada para que papá pudiera utilizarla incluso en movimiento.

Bob sugirió:

—Veamos el resto del carrete que tienes puesto ahora, Pete. Jupe y yo podemos volver otra noche y ver los otros.

Pete se encogió de hombros.

—Conforme, si no os disgusta ver una película en retroceso.

Bob apagó las luces, y Pete reanudó la proyección. Sólo de vez en cuando una exclamación de asombro y horror delataba la presencia de los muchachos. Cuando finalizó, éstos se recostaron en sus butacas entusiasmados.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¡Vaya película! Me siento impaciente por verla completa.

Pete presionó el botón para volver a enrollar el carrete y miró a Júpiter.

—¿Bastará con eso?

El Primer Investigador se sonrió.

—Resultará perfecto para nuestras necesidades.

—Fenómeno, pues —dijo Pete—. Pero aún no entiendo lo que pretendes. ¿Quién va a verlo en la cueva? ¿El fantasma del difunto o quienquiera que nos llamó?

—Quizá —admitió Jupe—. Pero mi principal intención es conocer la reacción de un bromista cuando se le gasta una broma.

—¿Un bromista? —preguntó Bob—. Entiendo que el señor Carter no bromeó cuando nos amenazó con su escopeta.

—No me refería al señor Carter.

—¿No? —arguyó Bob—. Quizá te olvidas de que podría ser el descendiente de Labron Carter, el que perdió su fortuna al construir el túnel de Seaside, y luego se suicidó. Tú mismo admitiste la posibilidad de que conozca el viejo túnel y la cueva, e incluso, que desee vengarse de los habitantes de Seaside por haber arruinado a su padre. Y con su carácter, sin duda resulta ser la clase dé individuo capaz de hacerlo.

Júpiter sacudió la cabeza.

—El señor Carter no es el hombre sospechoso de haber construido el dragón.

—¿Por qué no? —inquirió Pete—. ¿Qué te hace estar tan seguro?

—Una cosa —respondió Jupe—. Cuando conocimos al señor Carter, gritó muchísimo, empero no estaba resfriado. En cambio, hay un hombre muy hábil en fabricar artilugios para asustar a las personas, que, si os fijasteis, sí estaba resfriado. Y lo asocio con el dragón porque… ¡«tosía»!

Bob parpadeó.

—¿Crees que Arthur Shelby es el chistoso que fabricó el dragón? Quiero decir… si realmente no es verdadero.

Jupe asintió.

—Podría tratarse también del señor Allen. Sabe mucho de dragones. Pero yo me inclino por Shelby.

—¿Por qué Shelby? —insistió Bob—. ¿Sólo porque fabrica artefactos para asustar a la gente que lo fastidia? ¿Qué tiene eso que ver con la cueva? Dudo que sea él.

—Bien; ya lo averiguaremos esta noche, si podemos —dijo Jupe consultando su reloj—. Ahora sugiero que nos preparemos.

—Te olvidas de alguien —recordó Pete—. Hasta ahora sospecháis de Carter, Allen o Shelby, pero os olvidáis de los dos hombres que todos vimos.

—Eso es cierto —saltó Bob—. ¡Los buceadores! Y hablaron de continuar su trabajo antes de desaparecer. Pete cerró la caja donde se guardaba el proyector. Luego miró a Júpiter. —¿Me equivoco? ¿Qué piensas de aquellos dos duros? ¿Estarán relacionados con todo esto?

Júpiter asintió.

—Ciertamente. Y si aparecen esta noche, proyectaremos la película y que se diviertan.

Júpiter se sonrió.

—¿Y el dragón? —preguntó Pete—. ¿Y si también lo hallamos allí?

—Sería una experiencia muy interesante. Todos hemos leído el cuento del ratón que asustó a un elefante. Así comprobaríamos si una hormiga puede asustar a un dragón.

* * *

La oscuridad envolvía la escollera sobre la playa de Seaside. La estrecha y solitaria calle estaba silenciosa cuando Worthington frenó con suavidad el «Rolls-Royce» junto al bordillo.

Bob saltó el primero. Inspeccionó la calle.

—¿Por qué tan lejos de la escalera, Jupe? —preguntó—. Nos tocará caminar bastante.

—Simple cautela —replicó el jefe—. Incluso el «Rolls-Royce» puede levantar sospechas en este sitio. Si Hans hubiera estado disponible, su camión habría resultado más discreto.

Pete surgió del coche llevando el proyector en su funda. Observó la larga calle, y gimió:

—No os preocupéis de mí. Cuando llegue allí con esta carga, mis brazos tocarán el suelo.

—Eso carece de importancia —bromeó Bob, sonriendo nervioso —. Parecerás un hombre mono. Incluso asustarás al dragón.

Pete gruñó, malhumorado, y se colgó al hombro la máquina.

—Espera, te ayudaremos —se ofreció Jupe.

El Segundo Investigador se opuso.

—No, gracias; puedo solo. Es mi responsabilidad. Imagino que estaré pegado a ella toda la noche, puesto que soy el único que sabe cómo funciona.

Jupe se sonrió.

—Tu cooperación será un factor decisivo esta noche, Pete. ¡Esperemos que no falle!

Dejaron a Worthington en el coche y avanzaron de prisa por la desierta calle. Oscuras nubes quitaban resplandor a la luna. Abajo restallaba el chocar de las olas con la playa.

Pete miró nervioso el firmamento.

—¡Ojalá no estuviese tan oscuro!

—Todos estamos inquietos —admitió Jupe—. Pero la oscuridad es nuestra mejor protección hasta que alcancemos la cueva.

Se hallaban a veinte metros de la escalera cuando oyeron pasos.

—¡Rápido! ¡A tierra! —apremió Pete.

Los Tres Investigadores se precipitaron a un lado y rodaron por la fina capa de tierra que bordeaba la calle.

Los pasos se acercaron. Sonaban pesados, confiados y agresivos. Luego aminoraron, se hicieron más suaves y cautelosos. Los chicos se acurrucaron más juntos, abrazados a la tierra. ¡Alguien los buscaba!

Desde las sombras pudieron vislumbrar la silueta a medida que se les acercaba. Pronto estuvo casi a la altura de ellos. Se sintieron sobrecogidos y temerosos.

Conocieron aquella voluminosa figura. Ahora, al verla de nuevo, resiguieron su cuerpo hasta descubrir un objeto pegado a él.

¡La amenazadora escopeta! ¡La que siempre estaba dispuesta para disparar! ¡La de doble tiro del señor Carter, el hombre que odiaba a los perros, a los chiquillos y, aparentemente, a todo el mundo!

El desagradable y malhumorado personaje disminuyó la marcha cuando llegó a la altura de ellos. Entonces pudieron apreciar cómo su cabeza se inclinaba hacia un lado, en claro intento de horadar la oscuridad con sus negros y enfurecidos ojos. Sus labios apretados formaban una línea firme.

—Esto sí que es curioso —le oyeron decirse a sí mismo—. Hubiera jurado que vi algo que se movía.

Sacudió su gran cabeza, como sorprendido, y continuó su paseo. Los acurrucados amigos esperaron un rato antes de alzar las cabezas.

Cuando lo hicieron, había desaparecido.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob, respirando fuerte—. Celebro que no nos viera.

—Yo también —dijo Pete—. Sospecho que se acuesta con la escopeta en la mano. Me gustaría saber qué busca.

—Vamos —susurró Júpiter—. Ya está bastante lejos. Ahora es nuestra oportunidad para descender la escalera. No hagáis ruido.

Rápidos, corrieron la distancia restante hasta la escalera.

—¡Camino despejado! —anunció Pete.

Bajaron la larga hilera de peldaños tan en silencio como les fue posible. Camino de la playa, se relajaron. Las olas hacían mucho ruido.

Pete gruñó:

—Aquí estamos de nuevo. Preferiría no averiguar cómo el dragón de la cueva se parece a los de las películas de ciencia-ficción.

—Pronto lo sabremos —comentó Jupe—, si está en casa.

—No me importaría demasiado que no esté —arguyó Bob—. Sólo me interesa el túnel. Os dejo el dragón a vosotros.

Llegaron frente a la cueva. Ante la sorpresa de sus compañeros, Jupe caminó a pasos largos.

—¡En! ¡Que rebasaste la cueva! —susurró Bob.

Jupe asintió en silencio. Señaló un promontorio de arena.

—En la escollera hay una entrada que da a la cueva grande. Es mejor que nos cercioremos si está o no abierta.

Rodearon un saliente de la escollera y se detuvieron. Tres rocas de tamaño gigante junto a la pared, se alzaban por encima de sus cabezas.

—Probablemente sean las rocas de imitación que disimulan la entrada —susurró Jupe—. Bien, parece ser que está cerrada ahora.

Pete se acercó a la roca mayor. Pegó su oído, y golpeó con la mano.

Captó un sonido apagado.

Pete se sonrió.

—Tienes razón, Jupe. No es roca. Se parece a los decorados de un estudio de cine. Están hechas de madera o yeso con armazón de alambre fino.

Jupe retrocedió.

—Tú te instalas en la cueva, y Bob y yo haremos el resto.

—¿Cómo? —exclamó Pete—. ¡Dejarme solo mientras vosotros dos…!

—Estarás mucho más seguro que nosotros —replicó Jupe, conduciéndolos hacia la cueva pequeña—. Nosotros realizaremos averiguaciones peligrosas. Tú permanecerás sentado, dispuesto a proyectar el filme.

Pete no disimuló su disconformidad.

—¿A quién tengo que ofrecerlo? ¿Hay murciélagos por aquí, dispuestos a ser espectadores?

Jupe ya había apartado el tablón que ocultaba la entrada a la pequeña cueva. Se introdujo, y sus ayudantes lo siguieron. Luego, cuidadosamente, ambos volvieron a colocar el tablón.

Jupe silbó suavemente.

—¡El equipo que olvidamos sigue aquí! Intenta averiguar el punto que mueve la roca, Bob. Recogeremos nuestro equipo luego, cuando nos marchemos.

Bob se agachó sobre la pared.

—¡Lo hallé! —exclamó feliz.

Con ligero y sordo ruido la roca giró hacia un lado.

—Tú te quedarás aquí, Pete —dijo Jupe—. En el interior de esta cueva. Usa la abertura de la pared para proyectar la película. Ahora colocaremos la roca de modo que no se cierre. Cuando oigas la señal, proyecta la película sobre la enorme pared gris del interior.

Pete empezó a disponer la máquina. Cogió la lata que contenía la película, y encendió la linterna.

—Bien, ¿cuál será la señal?

Jupe pensó brevemente.

—¡«Socorro»! Ésa será.

Capítulo 17

El misterio del viejo túnel

Dejaron solo a Pete, y caminaron lentamente a través de la enorme caverna. El aire húmedo y frío les hizo temblar. No habían avanzado mucho cuando Bob susurró:

—¡No está como antes!

—¿Qué? —preguntó Jupe.

Bob movió su linterna de uno a otro lado.

—¡La pared… abierta en el centro!

Jupe siguió el arco de luz con manifiesto interés. Aquella abertura se extendía desde el suelo hasta el techo.

—Bob, creo que hemos encontrado tu túnel perdido —dijo exaltado.

Cautelosos, traspusieron la abertura de la pared.

El túnel gradualmente se hacía más ancho. Parecía extenderse más allá de cuanto alcanzaba la vista. Se detuvieron, sintiendo pellizcos en la piel. Sus corazones latieron desacompasadamente. Una enorme y tenebrosa figura estaba cara a cara a ellos, muy quieta y callada.

¡Era como si les aguardara!

Se tendieron sobre el suelo, intentando no moverse, y sin apenas atreverse a respirar.

Esperaron. Nada sucedió.

El dragón estaba allí, grande y temible. Su cabeza se hallaba inclinada hacia abajo.

Jupe denegó. Luego susurró:

—¡Quizá… duerme! —aventuró Bob.

—Recuerda que no es verdadero.

Bob respondió:
—Eso es lo que tú dices. ¡Que tengas razón!
Esperaron un largo momento. Al fin Jupe se decidió a encender su linterna. Su haz recorrió el suelo.
Sonrió aliviado.
—Mira los pies del dragón y dime qué ves.
Bob observó el amarillento piso. Parpadeó:
—¡Raíles! Exacto debajo del dragón. Parecen vías de tren.
Jupe emitió un suspiró de alivio.
—Ambos tenemos razón. El dragón es falso, y tú has encontrado el ferrocarril subterráneo que Labron Carter construyó hace más de cincuenta años. Pero te equivocaste en una cosa, Bob. Dijiste que nunca fue usado.
—No te comprendo.
—El dragón sí lo ha usado —aclaró Jupe.
—Y, ¿para qué? Sigo sin comprender.
Y en verdad era incomprensible que alguien construyera un dragón para tenerlo en un túnel solitario desde hacía cincuenta años. Un túnel que no conducía a ninguna parte, y que, probablemente, jamás sería usado. ¡Carecía de sentido!
—¿Por qué? —insistió Bob.
—Lo averiguaremos ahora mismo. —Jupe tiró de su manga—. Veámoslo antes de que regresen.
Bob siguió a Jupe.
—Antes de que regrese, ¿quién?
Jupe no contestó.
Llegaron hasta la monstruosa forma colocada en el centro del túnel.
Júpiter frunció el ceño, intrigado.
—¿Qué va mal? —susurró.
—No lo sé. Está de cara hacia la playa. La falsa pared interior se halla abierta, si bien la entrada exterior está cerrada. ¿Qué deduces de eso?
Bob se encogió de hombros. No era habitual que Jupe le preguntara su opinión de una situación confusa.
—Tal vez quien sea se encamina hacia… el mar. Pero no quiere que entre nadie —contestó.
Júpiter asintió. Le brillaban las pupilas.

—Ésa es una admirable deducción, Segundo. Observemos ahora este notable dragón, antes de que se aparte de nosotros. Quizá sea nuestra única oportunidad.

La cabeza caída del dragón seguía quieta mientras ellos lo rodeaban curiosos. Sus ojos estaban apagados, sin vida.

Jupe los enfocó brevemente.

—Vaya —musitó—. No son ojos, sino pequeños focos. ¿Recuerdas cómo se iluminó la cueva al entrar el dragón? ¿Y cómo tuvimos la falsa ilusión de que estos ojos resplandecían? —Jupe se rió entre dientes—. Es muy simple. Les bastó un par de faros como si fuera un barco, avión o tren.

Se hallaban junto al dragón, quieto ahora. Jupe extendió un brazo y sus dedos tocaron algo que brillaba de modo raro sobre la oscura y escamosa piel.

—Es el pomo de una puerta —murmuró—. Pero no veo ninguna puerta.

Bob miró por encima del hombro de Jupe. Señaló hacia arriba.

—Hay otro allí… ¡Y otro más allá!

Jupe se rió.

—De nuevo me engañó. No es un pomo de puerta. Son salientes de metal para colocar los pies. Voy a trepar.

Bob siguió a Jupe. Cuando éste alcanzó el lomo del dragón, alzó una tapa. Miró abajo, y sus labios se abrieron atónitos.

—Es una trampilla —susurró—. Estate de guardia. Bajaré a dar un vistazo.

El Tercer Investigador tragó saliva con dificultad y asintió.

El recio cuerpo del jefe desapareció por la abertura. La trampilla se cerró tras él.

Bob se sobresaltó al escuchar un ruido sordo en el interior.

«Es como si el dragón se hubiera tragado a Jupe», pensó nervioso.

Desde su puesto de observación, a la luz de la linterna, comprobó que el túnel se curvaba ligeramente lejos de allí. Los raíles desaparecían en la cueva. Las paredes se veían lisas. Sólo de tramo en tramo sobresalían armazones de hierro y cemento, hasta el techo.

Un ruido de roce lo sobresaltó.

La trampilla se alzó.

—Da un vistazo —invitó Jupe.

Bob siguió a su jefe hasta las profundas entrañas de la bestia ficticia. La linterna del Primer Investigador deshizo la oscuridad.

—¿Qué te parece nuestro dragón? Se mueve sobré la vía férrea. Mira esto. Es un periscopio. Y esta tronera. A menos que esté equivocado, el dragón es un submarino.

Bob rascó con la uña en un dedo la pared curva interior. Luego la golpeó con los nudillos.

—Ignoro de que está hecho; empero, se trata de un material duro.

Jupe asintió.

—Debiera ser de acero para facilitar su inmersión. Sin embargo, dudo que así sea. Veamos la sala de máquinas.

Avanzaron por un estrecho pasillo.

—¡Engranajes, tablero de mandos, frenos y pedales! —exclamó Bob—. ¿Qué clase de submarino es éste?

Jupe hizo chasquear sus dedos.

—Recuerdo la historia de uno de los primeros submarinos construidos. Corrían por el suelo del océano, como un coche. Su inventor puso ventanas a los lados para facilitar la visión de la gente. Cobraba a sus pasajeros por hacer un viaje. Compartimientos especiales de aire combatían la presión del agua.

»El constructor del dragón quizá se haya inspirado en las carrozas de la Cabalgata de la Rosa, montadas sobre chasis de coches. Éstas se mueven por un sistema de engranajes, manipulado por un conductor desde su interior.

Bob también chasqueó sus dedos.

—Ahora comprendo por qué este dragón caminaba por la arena, sin mover sus patas como hace el de la película que el señor Hitchcock nos mostró.

—Es natural —contestó, Jupe—. El señor Allen utilizaba dragones de apariencia real para sus películas. Pero el constructor de éste, sólo necesitaba que se pareciera lo suficiente para conseguir su propósito.

»Ahora me gustaría saber por qué o a quién intenta asustar.

Repentinamente, un sonido que parecía venir del más allá resonó en el interior del dragón.

—¡«Aaaaa… ooooh… oooh»!

Los dos amigos saltaron sin proponérselo.
—¿Qué fue eso? —susurró Bob.
Júpiter vaciló.
—Procede de la sección posterior.
Bob lo miró intranquilo.
—¿Estás seguro? No quiero hallarme aquí si decide sumergirse en el océano.
El gemido volvió a oírse, prolongado y escalofriante.
—«¡Aaaaaaaaaa! ¡Oooooooooo!… ¡Oooooooooh!».
Bob se estremeció.
—No me gusta.
Jupe corrió por el estrecho pasillo hacia popa. Se detuvo a medio camino y escuchó. El lamento volvió a oírse.
—¿Qué… qué es? —preguntó nervioso Bob, acercándosele.
El recio jefe no contestó. El foco de su linterna se paseó por las paredes interiores del dragón. Ante la sorpresa de su compañero, se sonrió.
—Al fin hemos resuelto el misterio —se rió.
—¿De veras?
—Escucha. —Alzó la mano y golpeteó la pared.
El sonido fantasmal rebotó en el pasillo.
—«¡Aaaaaah! ¡Ooooooh!».
Bob, inclinada la cabeza, prestó atención.
—Bueno pero aun así no me agrada.
—El miedo al dragón embota tus sentidos —contestó sonriente Jupe.
Éste abrió una estrecha puerta y enfocó su linterna.
Los gemidos se incrementaron.
Bob parpadeó incrédulo.
—¡Eh! ¡Aguarda un momento! Se parece a…
Alargó el cuello y miró.
—¡Perros! —gritó—. ¡Repámpanos! ¡Un cuarto lleno de perros!
—Aquí tienes solucionado el misterio de los perros desaparecidos.
—¿Qué les pasa? —preguntó Bob—. Parecen demasiado soñolientos para moverse, o están enfermos.
Júpiter negó con la cabeza.
—Nada de enfermos. Sospecho que les han suministrado algún

tranquilizante.

—¿Tranquilizante? —repitió Bob—. ¿Para qué?

Jupe se encogió de hombros.

—Quizá fueron un obstáculo para alguien. Y ese alguien no quiso hacerles daño. Los científicos suelen paralizar a los animales con dardos tranquilizantes o agujas para volverles inofensivos y examinarlos.

Uno de los perros gimió de nuevo.

—«¡Aaaaaah! ¡Ooooooh!».

—Es un «setter» irlandés —dijo Bob, excitado—. Quizá sea el perro del señor Allen.

—«Red Rover» —llamó Júpiter.

El can de rojo pelambre se distendió y bostezó. Luego se puso sobre sus patas y sacudió la cabeza, balanceándole sus largas orejas.

—«Red Rover» —repitió Júpiter—. Vamos, ven aquí.

Extendió la mano, con la palma hacia arriba. El perro la miró, la olió y empezó a agitar su larga cola. Avanzó tambaleante, aturdido. No tardó en mantener el equilibrio y salir del cuarto. Luego frotó su hocico en la rodilla de Jupe, y aulló suavemente.

—Buen chico —dijo el Primer Investigador, acariciándole la cabeza—. ¡Buen perro!

Bob sonrió.

—El señor Allen tenía razón. Se trata de un animal amistoso.

Extendió su mano y se arrodilló. El «setter» dejó a Júpiter para ir hasta él, moviendo lentamente su cola.

—Bueno, bueno —le habló Bob, frotándole las orejas. Miró a Jupe—. Bien, ya lo hallamos. ¿Qué hacemos ahora?

El jefe se sacó una cuartilla de papel de un bolsillo, la dobló varias veces, y la sujetó en el collar del «setter» irlandés. Luego se inclinó hasta que su cabeza tocó la del perro.

—Vete a casa, «Rover» —le ordenó—. ¡A casa!

El «setter» alargó el cuello y movió la cola.

—¡A casa! —repitió Jupe, extendiendo el brazo.

El perro emitió un ladrido feliz. Otros gemidos y aullidos llegaron del cuarto abierto. Uno tras otro, varios perros salieron moviendo sus colas.

Bob se sonrió.

—¡Repámpanos! ¡He contado… seis! ¡Los hallamos!

Jupe asintió. A todos los perros les sujetó un papel en el collar.

—¿Qué te propones? —inquirió su amigo.

—Preparé un breve mensaje para el amo de cada perro, por si los hallábamos. Así, como hacen con los filmes de éxito, nuestra organización debe anunciarse y conseguir el favor del público.

El «setter» aulló. Jupe se arrodilló junto a él.

—Bien, «Red Rover». Serás el primero en irte a casa.

Cogió al gran perro y lo subió por la escalerilla.

Éste ladró feliz cuando Jupe lo soltó fuera del dragón.



—Está despierto ahora. Pásame los otros, Bob. Quizás el aire fresco los reanime.

Uno tras otro fueron soltados y no tardaron en correr tras el «setter».

Bob se sacudió las manos.

—Pete les ayudará a salir de la cueva. Bien, se ha cumplido nuestra misión. Estoy a punto para saltar a…

Su boca quedó abierta. Jupe había cerrado la trampilla y bajaba de nuevo.

—Nos quedamos —decidió Jupe.

—¿Por qué? —quiso saber Bob.

—Acabo de ver sombras que se mueven en la pared del túnel. Alguien se acerca.

—¡Oh, no! —exclamó Bob—. ¡Estamos cogidos! ¿Dónde podemos ocultarnos?

Jupe caminó por el estrecho pasillo y abrió la puerta del reducido cuarto de los perros.

* * *

Pete se frotó los brazos. Sentía fresco. Luego de colocar una piedra para impedir que se cerrase la entrada, procedió a montar el proyector. Nervioso, se acuclilló a la espera de oír la señal convenida. Entonces pulsaría, un botón y la película sería proyectada.

Oyó un sonido detrás de él, y su carne se encogió como si se hubiese congelado. Escuchó atento. Volvió a oírlo. Alguien, o algo, se hallaba en la cueva exterior por la que entraron. Tras larga espera, el sonido pareció regresar.

Sí, escarbaban arena. De repente, su cuerpo fue sacudido por temblores. ¡Un gran tablón que ocultaba la cueva más pequeña se movía!

Se mordió el labio inferior. Luego hizo retroceder el proyector. De rodillas, dudó qué hacer. Le quedaba tiempo para retirarse y reunirse con sus amigos en la cueva grande.

Pero ellos confiaban en que permanecería allí. Las instrucciones de Jupe fueron ésas.

La tabla grande volvió a moverse. Se abrió lentamente.

Pete retrocedió hasta que su espalda tocó la pared. Esperó quieto a ver como las tablas de la cueva dejaban paso al intruso.

Desesperado, buscó por el suelo alguna clase de arma. Recordó su linterna, y su mano se cerró con fuerza sobre ella. La oscuridad quizá no fuera suficiente protección.

Al fin la tabla quedó apartada. Una forma confusa se silueteó en la mortecina claridad de la abertura. Era tan grande que hubo de entrar de lado en la cueva.

Pete inspiró profundo.

¡Era el señor Carter y su escopeta!

El bajo techo obligó al visitante a caminar agachado. Dio unos pasos y se detuvo. Parecía escuchar.

Pete captó un nuevo sonido. Su corazón latió desenfrenado.

—«¡Aaaaaaah… ooooooh… oooh!».

Se aplastó contra la pared. Apuntaló las piernas y sujetó más fuerte su improvisada arma.

Luego captó el sonido de pies que corrían, y después, jadeos.

El tropel de carreras aumentó. Y otra vez el lamento:

—«¡Aaaaaaah… ooooooh… oooh!».

Serían Jupe y Bob, que huían perseguidos.

Tragó saliva con dificultad. Imposible cerrar la roca moviente. Era su única salida de la enorme cueva. ¡Su única posibilidad de salvación!

Pero ¿qué seguridad ofrecía en verdad esta salida?, se preguntó Pete. El señor Carter se hallaba muy cerca oculto en la oscuridad, con su escopeta a punto.

Su atención fue captada de nuevo por el precipitado correr. Quien fuese, resbalaba al girar en un recodo. ¡De repente unos ojos amarillos brillaron delante de él!

Aquel ser gemía y saltaba.

Un bulto oscuro y gruñón lo seguía… y otro… ¡y otro!

Pete, atónito en su puesto junto a la roca, se hallaba preparado para ver un dragón, empero no una jauría de animales salvajes.

El señor Carter maldijo al ser tocado por aquellos animales, que lo derribaron. Pete tragó saliva, nervioso. La jauría no tardaría en caer sobre él.

Capítulo 18

¡Atrapados!

Bob y Júpiter, refugiados en el interior del estrecho cuarto, esforzaban sus oídos para escuchar.

—Demasiadas huellas para ser identificadas —se lamentó una voz de hombre—: ¡Como si no tuviésemos bastante con barrenar! En fin, por ahora hemos acabado.

—Valdrá la pena, Harry —dijo otra voz—. Traslademóslo.

—Sí —replicó el primero—. Es un individuo resbaladizo. ¿Crees que podemos confiar en él?

El otro se rió.

—Está solo, hermano. Nosotros somos dos. Además, la embarcación es nuestra. En todo caso corresponde a él preocuparse de si puede o no confiar en nosotros.

Abrieron la trampilla y ambos descendieron la escalera. Bob y Jupe mantenían los oídos contra la delgada puerta.

Rugió un motor. Los dos amigos notaron una sacudida y un ligero salto. Luego el submarino se deslizó por los raíles.

Bob tocó la rodilla de Jupe.

—Sospecho que son los buceadores. ¿Vamos a sumergirnos en el océano? —preguntó.

—No lo creo —respondió Jupe—. El dragón carece de suficiente lastre para mantenerse sumergido.

—¡Repámpanos! —suspiró Bob—. Eso me alivia.

El dragón seguía avanzando con ligero balanceo.

Júpiter comentó:

—Retrocedemos hacia el interior del túnel.

—Lo sé —dijo Bob—. ¿Qué se proponen?

Júpiter se encogió de hombros.

—Me gustaría saberlo. Sea lo que fuera, parece importante.

El dragón se detuvo con una sacudida y ambos jóvenes se cayeron hacia atrás, golpeándose contra la pared.

Uno de los hombres dijo:

—Bien, Harry. Ha llegado el momento de cargar. Vigila tú.

—Será mejor que no juegue sucio con nosotros —gruñó el otro —. O lo coronaré con una de estas barras.

—Por supuesto —contestó el primero—. De todos modos hay que arriesgarse. ¡Un millón de dólares vale la pena!

Bob y Jupe se miraron en la oscuridad. ¡Un millón de dólares! ¿Habían oído bien?

Los hombres subieron por la escalerilla. Se abrió la trampa y luego cayó con seco golpe.

Jupe tocó el hombro de Bob.

—Veamos qué se proponen.

Cautelosos, abrieron la puerta del cuartito.

Avanzaron unos pasos y se detuvieron. Un hombre de voz ordinaria y que sufría espasmos de tos, dijo:

—¡De prisa! He reducido al vigilante nocturno con unas gotas de somníferos. Le durará unas tres horas. Tenemos que sacar de allí las trescientas barras antes de que se despierte.

Bob tocó a Jupe.

—¡Acertaste! Es Arthur Shelby. Reconozco su voz y su tos.

—Segundo misterio resuelto —susurró Júpiter—. La tos del dragón. Ya sólo queda otro misterio.

—¿Te refieres a lo que están haciendo aquí?

—Sí, al misterio de las trescientas barras. Trescientas barras, ¿de qué?

Seguido de Bob, avanzó por el pasillo débilmente iluminado. Cauteloso, ascendió los estrechos peldaños, alzó la tapa y miró al exterior.

Quedóse con la boca abierta. Se hallaba ante una pared de cemento junto al dragón. En ella habían practicado un agujero que permitía el paso de un hombre. Y uno de ellos apareció con algo en sus brazos. Caminaba echado hacia atrás para guardar el equilibrio.

—¡Uf! ¡Pesa una tonelada! —se lamentó.

—Sí —dijo Shelby—. ¿Para qué pensáis que contraté a los dos

Morgan? Este trabajo requería fuerza muscular para barrenar hasta la bóveda. Tú y tu hermano fuisteis contratados para eso y también para trasladar la carga hasta la embarcación.

—Lo sé —gruñó el hombre—. Y no me quejo. ¿Cuánto pesa cada una?

—Unos cincuenta y seis kilos —replicó Shelby—. Alineadlas junto a la pared. Cuando hayamos sacado las trescientas, las cargaremos en el dragón y nos dirigiremos hacia el mar.

El hombre soltó la barra y se fue en busca de otra. Su hermano salió entonces cargado y respirando con gran dificultad.

—Adelante, Jack —gruñó—. Ya quedan tres menos.

Júpiter bajó la trampilla.

—Según el señor Shelby, cada barra pesa unos cincuenta y seis kilos —susurró—. Los hermanos Morgan hablaban de un millón de dólares. Creo que ya sé de qué son estas barras. ¡Oro!

—¿Oro? —exclamó Bob—. ¿De dónde procede?

—Las barras de oro que guarda el gobierno tienen ese peso. Las de uso corriente pesan dieciséis kilos y valen nueve mil seiscientos dólares. Shelby y los hermanos Morgan parece ser que desvalijan el Banco de Reservas Federal.

—¡Patillas! —exclamó suavemente Bob—. ¿Cuánto vale, pues, una barra de cincuenta y seis kilos?

Jupe frunció el ceño y calculó veloz.

—Aproximadamente cuatrocientos ochenta dólares los ochocientos gramos… cincuenta y cinco kilos… —Jupe silbó—. Más de treinta mil dólares.

—¡Cáspita! —volvió a exclamar Bob—. Y Shelby habló de trasladar trescientas barras.

—Eso sube a más de diez millones de dólares —calculó Jupe.

—Bien, somos testigos de un importante robo de banco —susurró Bob—. Será mejor que salgamos de aquí si queremos conservar la vida.

Jupe estuvo de acuerdo.

—¿Cómo? El señor Shelby está demasiado cerca del dragón.

Se quedó pensativo. Luego caminó decidido, hacia la proa del dragón.

Bob lo siguió, preguntándose si habría hallado un nuevo escondite.

Jupe se detuvo y Bob tropezó con él.

—Lo siento —murmuró—. No esperaba que…

Su compañero alzó un dedo en demanda de silencio. Se inclinó hacia delante y sus ojos brillaron de emoción.

—Sujétate fuerte —susurró—. Dejaron puesta la llave de contacto.

La mandíbula de Bob se contrajo.

—¿Piensas conducirlo hacia fuera? ¿Sabes hacerlo? ¿Cómo te guiarás? ¡No hay ventanas!

Jupe se encogió de hombros.

—Vale la pena. Sin duda esto funciona como cualquier coche, y sé cómo funciona un coche. Hay embrague de pie, freno y acelerador. Y estará sobre los raíles hasta el final del túnel.

Se acomodó en el pequeño asiento.

—¡Allá vamos! —gritó, y giró la llave de contacto.

El motor gimió escalofriantemente. Al segundo intento produjo un ruido de tos y se paró.

—¡Tosió, Jupe! —exclamó Bob—. Luego no era el señor Shelby.

Jupe movió la cabeza mordiéndose el labio.

—¡Se ha parado!

Volvió a girar la llave, manteniéndola sujeta.

El motor gimió de nuevo. De repente produjo un sonoro ruido. Jupe suspiró aliviado. Puso la primera marcha, y, lentamente, soltó el embrague. El dragón avanzó, dio un salto convulso, tosió y se paró.

El motor dejó de funcionar.

—¡Otra vez! —gritó desesperado Jupe—. Es el embrague…

Ambos chicos se giraron. Algo pesado golpeaba la pared del dragón. Después el ruido les dejó helados. ¡Se abría la trampilla!

—Debimos cerrarla —susurró Bob.

Jupe asintió asustado.

—No pensé en ello.

Capítulo 19

Una situación desesperada

Pete, aplastado contra la roca, mantenía en alto su pesada linterna. Podía golpear a los furiosos animales, empero había demasiados para luchar contra todos.

El señor Carter era otro inconveniente, incluso sin su mortífera arma.

Por suerte yacía bajo los animales. Pete, horrorizado, contemplaba el espectáculo. De repente, parpadeó sorprendido.

Aquello no era un ataque. Los animales saltaban por encima del señor Carter en busca de la abertura entre los grandes maderos.

El Segundo Investigador, intrigado, se giró al escuchar un nuevo gemido fantasmal. Otra bestia pequeña entró en la cueva brillándole los ojos. Antes de que pudiera moverse, saltó por encima de sus piernas extendidas, esquivó al señor Carter y corrió tras los otros animales.

El señor Carter no parecía herido, aunque sí inconsciente. Sin duda crecería su malhadado genio al reponerse.

Jupe había ordenado a Pete que permaneciese allí con el proyector dispuesto. Pero no que afrontase el peligro de ser tiroteado.

Se arrastró hacia la abertura, donde se detuvo a escuchar. El señor Carter gemía.

Pete se puso en pie de un salto, cogió su máquina y corrió cuanto pudo.

Su linterna iluminó la salida en la pared gris.

Al salir oyó un extraño ruido de arrastre detrás suyo. Se giró y un escalofrío estremeció su espina dorsal. El muro se cerraba tras él.

Su desesperado salto de retirada falló. Las paredes quedaron encajadas.

Otro ruido le hizo saltar. Miró en derredor con ojos agrandados. Delante suyo se extendía un largo y ancho túnel.

Lejos, vio una grotesca figura que reconoció. Sus ojos amarillos relucían salvajemente. Su boca se abrió.

«¡El dragón rugía!».

Pete apagó la linterna y, espantado, retrocedió un paso. Palpó la pared. Imposible retroceder más.

Caminó lentamente hacia el rincón más oscuro, manteniendo el proyector a modo de escudo.

Su temblor aumentó al ver que el dragón avanzaba a pequeños saltos, moviendo la cabeza y boca abierta. No había señal de sus amigos. Pete se mordió el labio y gimió.

Bob y Jupe estarían en la enorme barriga del monstruo. Ya no podía rescatarlos. A medida que el dragón se acercaba, temió por su propio destino.

* * *

La voz de Arthur Shelby resonó en las entrañas del dragón. Aquélla no era la voz de un bromista. Parecía ser más bien un gruñido amenazador.

—¡Salga de aquí, quienquiera que sea!

Bob miró a Jupe. Éste sacudió la cabeza, prietos los labios, por, su firme resolución.

Sus dedos manipulaban desesperadamente los botones de control.

—Nuestra única oportunidad reside en que este malhadado dragón camine.

El motor volvió a rugir. El dragón, tras una sacudida, saltó hacia delante. Su enorme cuello se balanceó.

Bob comentó:

—Jupe, uno de esos botones que has tocado, hace subir la cabeza del dragón. Y cuando esto sucede, queda al descubierto una especie de ventana para ver.

Jupe asintió y piso fuerte un pedal. El dragón se detuvo en seco y tosió. Entonces oyeron los gritos del señor Shelby.

Percibieron el ruido de algo que se rompía y luego un golpe seco.

—Acabamos de perder al señor Shelby, Jupe. Sigue —apremió Bob.

—Lo intento, pero algún mecanismo falla. Se sigue parando.

Volvió a girar la llave y presionó el botón de arranque. Por encima del bramido del motor, oyeron al señor Shelby que gritaba a los hermanos Morgan.

Bob corrió hacia popa y presionó su cara al pequeño portón lateral.

—¡Ahí vienen, Jupe! Parecen locos. ¡Haz algo!

Pulsó una vez más el botón y el motor zumbó. Entonces pisó el embrague, puso una marcha y hundió el acelerador. El dragón dio un tremendo salto hacia delante.

¡Y volvió a pararse!

Jupe repitió la maniobra. Y también el dragón.

—¡Sigue! ¡Sigue! —apremió Bob—. Cada vez que lo mueves se quedan atrás.

Jupe lo hizo y preguntó:

—¿A qué distancia se halla el señor Shelby y sus guardaespaldas?

Bob giró la cabeza.

—¡Caramba! —exclamó—. Exactamente detrás de nosotros. ¡Sigue, no te pares!

Pero el dragón dio otro salto, se deslizó varios metros, y, de nuevo bruscamente, tosió y se detuvo.

Bob miró atrás. Los hermanos Morgan corrían. Sus rostros aparecían contraídos de furia. Arthur Shelby los seguía, agitando furiosamente los brazos.

—¡Paradlo, imbéciles! ¡Sin el dragón, nada lograremos!

Los hermanos Morgan aumentaron su velocidad.

Bob palideció. Casi tocaban la larga cola del dragón. Se acordó de cuan fácilmente habían transportado el oro en barras. Si alcanzaban la cola les sería un juego de niños arrastrar hacia atrás aquel armatoste.

Jupe, espoleado por el grito de advertencia de Bob, consiguió moverlo. Pero después de otra serie de largos y convulsos saltos, el dragón tosió y se detuvo.

El motor se negó a obedecer de nuevo.

—Es inútil —se quejó Jupe, mordiéndose el labio—. Ya ni siquiera puedo ponerlo en marcha.

—Ahora todo será inútil —respondió su camarada—. ¡Nos han alcanzado!

Los Morgan habían hecho presa en la cola del dragón, y lo mantenían quieto.

Uno de ellos se adelantó.

—¡Desaloja a quien sea de aquí dentro, Harry! —gritó el otro Morgan.

Harry subió por las agarraderas de metal que conducían al lomo del dragón con su tapa abierta.

—¡Nos atraparon, Jupe! —gritó Bob—. ¿Qué hacemos?

Nada quedaba por hacer. El Primer Investigador caminó por el estrecho pasillo.

—Si nos rendimos no nos harán nada —dijo, dudando de sus palabras.

Seguido de Bob en la estrecha escalera, alzó los brazos.

—¡Nos rendimos, señor Shelby! —gritó—. ¡Salimos ahora!



Oyeron el grito enfadado del señor Shelby, seguido de otro que llenó la cueva. Era un rugido que resonó y retumbó en las gruesas paredes del túnel.

—«¡Raa… aaaaag!».

Jupe sacudió la cabeza sorprendido. ¡La pared delante de ellos se había cerrado!

Uno de los Morgan gritó:

—¡Cuidado, Jack!

Entonces, incrédulo, vio los duros rostros de los dos hombres que acusaban sorpresa y, luego, pánico. Otro rugido infernal llenó la cueva.

Bob cogió el brazo de Jupe.

—¡Mira!

Jupe asintió. Una enorme hormiga había aparecido de repente en el muro de la cueva.

Harry Morgan chilló desde lo alto del dragón.

—¡Monstruos!

Casi al mismo tiempo se llevó la mano al bolsillo, y un arma relució en su temblorosa mano.

Disparó dos veces.

La hormiga pareció chillar y se acercó más. Otra hormiga avanzó por el túnel hasta adquirir un tamaño gigantesco.

—¡Le di y sigue igual! —gritó Harry.

De nuevo disparó una y otra vez.

Las hormigas rugían y avanzaban. Su número se multiplicaba llenando la cueva, cubriendo las paredes.

Arthur Shelby miraba las paredes con curiosa expresión en su rostro pulido y pecoso.

Ahora disparaban ambos Morgan.

—¡Hormigas gigantes que surgen de los muros! —chillaba el mayor de los hermanos—. Las balas no les hacen nada. ¡Salgamos de aquí, Shelby!

Éste se encogió de hombros. El segundo Morgan lo amenazó con su pistola.

—¡Abra la puerta o disparo! ¡Queremos salir de aquí!

Shelby se sacó del bolsillo un objeto delgado parecido a un tubo. Se lo puso en la boca.

Bob y Jupe esperaron oír el agudo sonido de un silbido. Éste no

llegó. Pero la pared se abrió lentamente.

—¡Vamos, Jack!

Los dos hermanos corrieron hacia la entrada disparando locamente contra las hormigas, que chillaban. No tardaron en desaparecer por las enormes paredes.

—¡Corred, locos, corred! —dijo burlón el señor Shelby.

Luego alzó la cabeza hacia Bob y Jupe.

—Muy inteligente. Quizá demasiado, mis juveniles amigos. Me habéis costado una fortuna, y no sé cómo, sin peligro, puedo dejaros salir con vida de aquí.

Buscó en el otro bolsillo de su americana. Esta vez esgrimió un objeto más temible. Sus ojos relucían.

—¡No dispare! —consiguió chillar Bob.

Shelby les hizo seña con la cabeza.

—Haced el favor de bajar.

Tan pronto obedecieron, añadió:

—La próxima vez que intentéis apropiaros de un vehículo parecido a un autobús, os sugiero que empleéis el doble embrague para evitar los paros.

Shelby se volvió hacia el lugar de donde procedía el cono de luz.

—Y tú, el de la máquina de cine. Deja de proyectar esa película y acércate, en seguida. Tengo una pistola en la mano, ¡te lo advierto!

Los chillidos de la cueva se callaron. Las hormigas se fundieron en la pared, desapareciendo.

—¡No… no dispare! —gritó Pete—. ¡Ya voy!

Llegó lentamente, mirando extrañado a sus amigos junto al inmóvil dragón.

—¿De veras no es real? —preguntó.

Jupe negó con la cabeza.

—No más real que las hormigas gigantes —saltó Shelby, que miró a los chicos y luego la pistola en su mano—. Lo siento, muchachos, de veras que lo siento. Pero a vosotros no os importaba en absoluto…

Se paró repentinamente, con el brazo extendido. Un lamentó fantasmal flotó en el túnel.

—«¡Aaaaah! ¡Oooooooh! ¡Aaaaah!».

—¡Oh, no! —gritó Shelby—. ¡Otra vez, no!

Rápidamente se sacó del bolsillo el objeto redondeado que había usado antes. Tampoco produjo sonido alguno al ponérselo en sus labios.

Las enormes puertas gimieron y se cerraron.

Júpiter se sonrió y encendió su linterna. En el brillante destello vieron saltarinas sombras que se acercaban con ojos relucientes, mandíbulas abiertas y agudos y amenazadores dientes.

—¡Mirad! Son los animales… salvajes… —se sonrió avergonzado—. Quiero decir perros. ¡Cáspita! ¡Vaya engaño!

Arthur Shelby gruñó también.

—Demasiado tarde —suspiró.

El primer animal saltó hacia ellos, ladrando feliz. Su larga cola parecida a una escoba barría atrás y adelante. Su piel rojiza brillaba.

—¡«Red Rover»! —exclamó Jupe—. ¡Ha vuelto!

El enorme «setter» hizo caso omiso del brazo extendido de Jupe y saltó sobre Shelby. Éste retrocedió, manteniendo extendida el arma.

—¡Vete, «Red Rover»! —gritó—. ¡Te lo advierto, por última vez, vete a tu casa!

El perro sacudió la cabeza y se quedó ante el hombre. Los otro le rodearon junto a la pared.

Saltaban dichosos, gruñían y ladraban entre agitar de colas. Shelby los amenazó con la pistola. Su rostro pálido, brillaba de sudor.

—Es inútil, señor Shelby —dijo Jupe—. No puede disparar contra ellos. Le gustan demasiado los perros. Y seguro que lo adoran a usted.

El hombre contempló los saltarines animales y bajó su arma.

—Sí —afirmó vencido—. Están locos por mí. Eso es verdad.

Miró el ligero objeto de metal en su mano, se encogió de hombros y lo volvió a su bolsillo. Luego, casi inconscientemente, acarició las cabezas de los canes.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

—Tengo una idea, señor, si quiere escucharme —ofreció Júpiter.

—¿De veras?

Los ojos pálidos miraban al recio muchacho. Éste asintió.

—Sí, señor. Me baso en la creencia general de que usted es un

bromista práctico, y no un delincuente profesional. ¿Quiere escucharme?

El señor Shelby asintió.

—Devuélvalo todo. Le ayudaremos si nos lo permite —aconsejó Júpiter Jones—. El boquete de la pared se quedará tal cual está. En eso consistirá su broma. Ellos comprenderán que usted pudo quedarse con el oro y no lo hizo. Nosotros no lo diremos y jamás sabrán quién es el autor.

Capítulo 20

Alfred Hitchcock escucha

Los Tres Investigadores hallaron al señor Alfred Hitchcock en su oficina dos días después. El famoso director, sentado frente a su escritorio, leía un periódico. Les indicó unas enormes y cómodas butacas.

—Sentaos, muchachos. Os atenderé en cuanto termine la lectura de este artículo.

Esperaron pacientes. Al fin el director plegó el periódico y lo apartó a un lado.

—Bien —saludó con voz acogedora—. Os ofrezco un caso relacionado con el perro desaparecido de un viejo amigo, y ¿qué sucede? Que aparecen otros canes igualmente desaparecidos. También leo en el periódico de Seaside un extraordinario plan para robar un importante banco. Los titulares dicen: *LA DIRECCIÓN DEL BANCO ASUSTADA POR BRIBONES ARREPENTIDOS*.

—¿Fue ésa vuestra hazaña? Debo admitir que estoy asombrado. Jupe se aclaró la garganta.

—Lo admitimos, señor. Eran… quiero decir, señor… sí, en cierto modo fuimos responsables de todo.

—Tu modestia, muchacho, es laudable. Sin embargo, prefiero reservarme mi propia alabanza hasta comprender cómo vosotros tres resolvisteis el misterio de los perros desaparecidos.

—Bien, señor —contestó Jupe—. En realidad, usted nos ayudó muchísimo al mostrarnos aquella vieja película hecha por el señor Allen.

—¡Ah, sí! Recuerdo que me hablasteis de vuestro encuentro con una de esas fantásticas criaturas.

—Y así sucedió, señor —intervino Pete—. Admito que tuvimos suerte de seguir vivos y poderlo contar; aun cuando no fuese real.

—¡Increíble! —murmuró el señor Hitchcock—. ¿Sólo por la amenaza de un dragón falso? Me gustaría oír una explicación.

Bob Andrews sacó su bloc de notas. Procedió a leer cómo se habían desorientado en un principio para luego conseguir pistas que los condujeron a la solución del misterio. El señor Hitchcock escuchaba atento.

—Según advierto, el señor Shelby es un hombre ingenioso e interesante —dijo—. ¿Resulta correcto entender que renunció voluntariamente a su loco plan de llevarse varios millones de dólares en oro y a perjudicaros a vosotros y a los perros?

—Así es, señor —afirmó Júpiter—. Mantuvo los perros con vida y los alimentó. Claro que usó tranquilizantes para mantenerlos callados y que no le estorbasen. Pensaba en soltarlos cuando abandonase la cueva por última vez con el dragón y el oro.

»En cuanto a nosotros, pudo forzarnos a punta de pistola a trasladar el oro, después que huyeran los hermanos Morgan. Al menos pudo llevarse lo suficiente para ser rico.

El señor Hitchcock tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—¿Consistía su plan en hacer desaparecer el dragón debajo del agua durante la noche, con la ayuda de los Morgan?

Jupe asintió.

—El dragón era demasiado ligero, pero él había calculado el lastre necesario, que sería de oro en barras. Antes lo probó con rocas. Y fue entonces cuando nuestro amigo el señor Allen vio el dragón.

—¿Y vuestra sospecha en cuanto a Shelby se basó en su resfriado?

Jupe se sonrió.

—Estaba muy resfriado cuando lo conocimos, y por eso lo asocié con la «tos» del dragón.

—¿La misteriosa llamada telefónica, la voz fantasmal y rasposa… era en realidad de Shelby?

Jupe asintió.

El señor Hitchcock sacudió la cabeza.

—Arthur Shelby no parece ser un bribón corriente y vulgar. Pero ¿cómo pudo ligar con individuos tan mezquinos como los Morgan?

—Eran dueños de una tienda de trastos viejos y los conocía como hombres corpulentos dispuestos a cualquier cosa. Los necesitaba para abrir el boquete hasta la cámara del banco, a través de la pared de cemento del túnel y luego sacar el oro. Les ofreció un millón de dólares y ellos aceptaron.

—Y, ¿cómo se proponían trasladar el oro desde el submarino a la embarcación?

—Los Morgan, provistos de equipos de buceo, debían unir con un cable el submarino a la embarcación, que lo arrastraría hasta alta mar. Una vez lo suficiente lejos, harían emerger el submarino para descargar el oro. Pensaban huir a México.

El señor Hitchcock asintió.

—¿Y por qué un dragón?

—Fue el resultado de conocer a nuestro amigo el señor Allen y sus películas de dragones que asustaban al público. De hecho, al principio, el señor Shelby sólo se propuso gastar una broma a su vecino. Pero al enterarse de la llegada de un gran cargamento de oro al banco, decidióse por el robo.

Advirtió que el dragón podía fácilmente convertirse en submarino, y lo hizo. La idea es propia de su temperamento. Sin embargo, lo estrafalario o inusitado del caso fue su perdición. El dragón atrajo nuestra curiosidad y empeño en resolver su misterio.

—Pero el señor Shelby no denotaba ser lo suficiente rico para construir algo tan costoso como un dragón —dijo el señor Hitchcock.

Bob consultó sus notas.

—Me salté una página —explicó—. Según él, tenía amigos en los estudios cinematográficos, aficionados a esa clase de trucos. Le hablaron de un dragón que iba a ser destruido para dejar espacio libre en el almacén. Así que les ahorró trabajo, al llevárselo el mismo. Lo desmontó y volvió a reconstruirlo en su casa.

El señor Hitchcock frunció el ceño.

—¿Poseía ruedas?

—Ésa fue otra ganga. Halló un viejo chasis abandonado de la Cabalgata de la Rosa. Se lo dieron a cambio de que se lo llevase.

—Muy inteligente —afirmó el señor Hitchcock—. Y, ¿cómo supo de la enorme cueva y el túnel cuando mi amigo Allen, que vivía casi encima, los ignoraba?

—El señor Shelby conocía la existencia del túnel por haber sido ingeniero de la oficina de Proyectos de la Ciudad. Pero halló el camino del túnel por accidente.

—Un alud había cubierto la enorme cueva muchos años antes de que él o el señor Allen fueran a vivir allí —continuó Jupe—. Shelby paseaba un día por la playa y vio una fisura en la pared de la roca. Cavó y descubrió la cueva y el túnel. Lo dijo a los Morgan. Ellos le ayudaron a construir la pared falsa del interior. Así engañaban a la gente que accidentalmente encontrase la cueva impidiéndoles que se aventurasen por el túnel.

—Supongo que le ayudarían también a construir las rocas de la entrada, ¿no?

—Desde luego. Eso fue acertado y tan buena ocurrencia como trabajar por la parte interior para no llamar la atención. Sólo cuando lo tuvieron todo construido despejaron el exterior, y una noche, trabajando intensamente, pusieron la roca falsa.

El señor Hitchcock asintió.

—¿Fueron los Morgan responsables del accidente en la escalera que se vino abajo cuando hicisteis vuestra primera visita?

Esta vez contestó Pete.

—Quisieron evitar que alguien estropease su plan, y por eso debilitaron la escalera. Así, la gente se alejaba de la playa. Nos localizaron desde su barca cuando nos caímos. Al comprobar que nos quedábamos allí, desembarcaron y nos apuntaron con sus fusiles submarinos. Pensaron que nos asustarían y no volveríamos más.

—Ahora que recuerdo —comentó el señor Hitchcock—. Antes mencionasteis que desaparecieron en la cueva. ¿Resolvisteis ese misterio?

Bob consultó sus notas.

—Descendieron por el mismo pozo que yo. No había arenas movedizas; sólo barro y agua. Su equipo de buceadores les permitía introducirse por allí hasta el pasillo subterráneo que salía a la otra cueva cerca del túnel. Eso se practica en espeleología. Así podían entrar en la cueva durante el día sin mover las grandes rocas de imitación que hubiera podido atraer la atención de otros.

»Sabemos que después de huir la otra noche, no han vuelto más a la cueva. Se sienten avergonzados de haber sido presa de pánico,

sin causa real.

—El señor Shelby usó un buen truco —dijo el señor Hitchcock —. Me refiero al pequeño objeto que soplaba sin ruido y que abría o cerraba las puertas de la cueva. ¿Era un ingenio sónico?

Jupe asintió.

—Abría y cerraba la roca falsa. Disponía de dos variantes de alta frecuencia. Pero eso fue cosa del señor Shelby.

—Ciertamente, joven Júpiter —exclamó el señor Hitchcock—. ¿Cómo se le ocurrió?

—Sus experimentos con el silbato silencioso atrajeron a todos los perros. Usted sabe, señor, que los canes oyen la alta frecuencia a más larga distancia que los seres humanos.

»El "setter" del señor Allen corrió hasta él la primera noche que estuvo fuera de la guardería. Y eso le sorprendió, pues creía al señor Allen en Europa. Así, pues, debía darse prisa. Los otros perros habían ya desaparecido de la vecindad en seguimiento de su silbato. Pero fue incapaz de deshacerse de ellos como deseaban los Morgan. Prefirió suministrarles tranquilizantes en sus alimentos.

El señor Hitchcock reflexionó unos momentos.

—El dragón rugía, según vosotros. ¿No sería un exceso de imaginación, muchachos?

Bob sacudió la cabeza.

—No, señor. El rugido y otras cosas, como la ventana, se controlaban directamente desde el tablero de mandos del dragón.

—¿Y qué sucedió al señor Carter? —preguntó Hitchcock—. ¿Se marchó de |a cueva después de ser derribado por los perros que huían?

—Sí —contestó Pete—. Había desaparecido cuando regresamos allí para recoger el equipo.

El señor Hitchcock asintió.

—¿Y es en realidad descendiente del Carter que inició el túnel y perdió su fortuna en Seaside?

Jupe se sonrió.

—Lo es. Conocía la historia del túnel, pero jamás supo dónde estaba. No obstante, debido a su oscuridad, descubrió la primera cueva y las tablas que ocultaban la otra. De ahí que fuese un problema para el señor Shelby y los hermanos Morgan.

»Quizá por eso iba siempre armado, al sospechar que se tramaba

algo. El derrumbe de la escalera próxima a su casa, aumentó su desconfianza y decidió investigar. Entonces, casi tropezó con Pete.

»El señor Shelby nos aseguró que las tablas de la primera cueva debieron ser colocadas hace mucho tiempo, por contrabandistas o piratas, que tal vez construyeran la roca giratoria. Él la descubrió accidentalmente, igual que nosotros. Por su parte se limitó a reponer los tablones podridos para evitar que otros descubrieran la roca movediza, la cueva y el túnel. Además, la piedra giratoria le servía de salida de emergencia. Ni siquiera habló de ella a los hermanos Morgan.

—¿Ayudasteis a Shelby a devolver el oro a la cámara del banco?

—No —respondió Bob—. Nos agradeció la oferta, pero decidió hacerlo solo para evitar que nos viésemos mezclados en un asunto delictivo. Consiguió introducir las barras y las dejó de cualquier manera, acentuando así su broma. Luego tapó el boquete. Suponemos que los del banco descubrirían el túnel bajo sus cámaras acorazadas. Nosotros no hemos dicho nada a nadie, ni siquiera al señor Allen.

El señor Hitchcock estuvo de acuerdo.

—Sin duda un ingeniero del talento del señor Shelby sabía la historia completa del ferrocarril subterráneo de Seaside.

—Lo sabía —confirmó Jupe—. Y también que el banco era accesible desde el túnel.

—Una cosa me preocupa. Según vosotros, mi viejo amigo os mintió deliberadamente al decir que vio entrar un dragón en la cueva.

—Lo siento, señor —se disculpó Jupe—. Supimos después que había cometido por olvido una omisión. En realidad descendió un trecho de la escalera. ¿Algo más, señor?

—Nada, muchachos. Espero conocer un día a Arthur Shelby. Un hombre capaz de asustaros puede serme útil. Ya sabéis que las escenas de misterio y horror es mi negocio.

—Gracias, señor —dijo Júpiter. Luego se puso en pie—. Será mejor que nos vayamos. Ya hemos abusado bastante de su tiempo, señor Hitchcock.

Los tres abandonaron el despacho.

—Bueno —murmuró el señor Hitchcock—. Tal vez me convenga pedir prestado ese ingenioso dragón del señor Shelby, y acoplarlo al

remolque parecido a un autobús que he comprado para irme de vacaciones. En todo caso me practicaría con su embrague en la cueva, antes de aventurarme por los caminos libres de Los Ángeles.

Fin



NICK WEST. (Seudónimo de Kin Platt) nació en Nueva York en 1911 y falleció en la misma ciudad en 2003. Conocido caricaturista, periodista y escritor, famoso también por sus libros para niños y jóvenes. Trabajó además para la radio y la televisión.